
el corazón
SALVAJE
de
GIOVANNI
RUTHLESS MAFIA KINGS 1
SARAH STERLING

EL CORAZÓN SALVAJE DE GIOVANNI

Amor prohibido
Diferencia de edad
Embarazo sorpresa
Romance mafioso

Ruthless Mafia Kings 1

Sarah Sterling

Copyright © 2024 por Sarah Sterling.
Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado exclusivamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

Contenido

Contenido

CAPÍTULO UNO - Luna
CAPÍTULO DOS - Giovanni
CAPÍTULO TRES - Luna
CAPÍTULO CUATRO - Giovanni
CAPÍTULO CINCO - Luna
CAPÍTULO SEIS - Giovanni
CAPÍTULO SIETE - Luna
CAPÍTULO OCHO - Giovanni
CAPÍTULO NUEVE - Luna
CAPÍTULO DIEZ - Giovanni
CAPÍTULO ONCE - Luna
CAPÍTULO DOCE - Luna
CAPÍTULO TRECE - Giovanni
CAPÍTULO CATORCE - Luna
CAPÍTULO QUINCE - Giovanni
CAPÍTULO DIECISÉIS - Luna
CAPÍTULO DIESCISIETE - Giovanni
CAPÍTULO DIECIOCHO - Luna
CAPÍTULO DIECINUEVE - Giovanni
CAPÍTULO VEINTE - Luna
EPÍLOGO

CAPÍTULO UNO - Luna

Las luces de neón se reflejan en las ventanillas del coche cuando el taxi se detiene frente a la puerta trasera. El aparcamiento está lleno de borrachos y fiesteros. La imagen me produce escalofríos.

No soy vaga, pero han pasado muchos años desde la última vez que visité un club, y ahora, me siento como un pez fuera del agua.

"Relájate, Lu, es un club, no una sentencia".

Ashley desliza su palma sobre la mía, entrelazando nuestros dedos.

"Algo sobre venir aquí me pone nerviosa".

Se encoge de hombros. "No te preocupes, es porque es una ciudad nueva. Ya se te pasará".

"Razón de más para estar en casa deshaciendo las maletas", murmuro.

Ella chasquea su lengua. "¡No voy a dejar que te encierres aburrida en tu apartamento cuando estamos en la puta ciudad de Nueva York!"

Pongo los ojos en blanco. "Seguro que en Nueva York también hay restaurantes increíbles que podemos probar".

Se burla. "¡Aburrido!"

Se inclina sobre el asiento y entrega unos billetes al conductor.

"Vámonos". Me guiña un ojo mientras sale.

Cierro los ojos e intento contener mi nerviosismo.

Un club es un lugar donde cualquiera puede estar, lo último que quiero es que me encuentren antes de instalarme.

Sólo de pensarlo se me ponen los nervios de punta.

"¿Señora?", me llama el taxista, instándome a deslizarme fuera del coche.

Ashley está literalmente rebotando sobre sus talones de la emoción. Normalmente, su energía es contagiosa, pero esta noche no.

Me coge de la mano mientras miramos el logo del club en silencio.

"¿Sabes a qué me recuerda esto?" Suspira.

"La universidad", respondo.

Una carcajada sale de sus labios.

"Cuando nos colamos por la puerta de atrás y no sabíamos que nos seguían los porteros hasta que ya estábamos tan borrachas".

"Y luego el portero arrastró nuestros culos borrachos fuera del club."

El recuerdo hace que una sonora carcajada brote de mis labios. El recuerdo de nosotras saliendo del aparcamiento tambaleándonos, pero aún así, riéndonos la una de la otra.

Todavía resollo cuando se me saltan las lágrimas de tanto reír y Ashley se agarra el estómago.

"Bueno, al menos nos tomamos un par de copas".

"Bebidas gratis", le recuerdo, lo que desencadena más carcajadas.

"Sienta bien no tener que colarse".

"En cierto modo lo echo de menos", hago un mohín. "Hacía la noche más interesante".

"¿Sabes lo que hará esta noche aún más interesante?"

Me tapo la boca con la mano mientras se me escapa la risa.

"¿Qué?"

"¡Tomando copas y de fiesta con tu mejor amiga en todo el puto mundo!", grita, provocando que la gente se quede mirando.

"Tienes razón", admito, y ella me abraza.

Siento que los nervios dejan mi cuerpo al estar entre sus brazos, pero también siento algo de emoción entrar en mi.

¿Y qué si me ven? Esta noche se trata de divertirme y disfrutar de mi primera noche aquí.

"Esa es mi chica."

Mostramos nuestros carnés y entramos en el club.

La música a todo volumen y las brillantes luces moradas me asaltan al instante al entrar. Caminamos por el pasillo enmoquetado hasta la planta principal del club.

Es una sala amplia con techos altos y mobiliario opulento. De los techos cuelgan lámparas de araña y las paredes están adornadas con obras de arte de mujeres semidesnudas y similares. A la derecha hay una extravagante zona de bar con una amplia bodega y una serie de sofás de terciopelo con algunos hombres sentados en ellos. Sus ojos se deleitan con las bailarinas en el escenario mientras les lanzan comentarios y billetes de un dólar. El aire huele a puros finos y perfumes caros.

Es tan lujoso que me siento fuera de lugar con mi falda de cuero, crop top y zapatillas. De repente me arrepiento de no haberme puesto el vestido de seda que Ashley había elegido.

"Vaya", respiro.

"Lo sé, ¿verdad?" Ashley dice con lo más alto de su voz.

No es que la culpe; la música está lo bastante alta como para ahogar nuestras voces.

"¿No es demasiado?" Le grito mientras se abre paso entre los bailarines y yo la sigo.

"¿Qué? ¿El club o la gente?"

"Ambos".

Joder, parece que nos gastaremos no menos de doscientos dólares por una botella de vino.

"Aprende a vivir la vida por una vez, Lu". Me agarra la mano con más fuerza.

"No viviremos cuando nos echen de aquí", le grito al oído.

"Vamos a pedir bebidas".

Nos dirige hacia la zona de la barra mientras mis ojos recorren la brillante encimera y los taburetes.

Ashley actúa como si estuviera en casa y apoya el culo en uno de los taburetes de la barra.

Mientras que yo soy alta y delgada, con un culo de burbuja y unas tetas turgentes, Ashley es bajita y gruesa, con un culo redondo y unas tetas que casi se le salen de la blusa.

Tengo una larga melena oscura que me cae por la espalda en ondas naturales, mientras que Ashley lleva un corte bob que se tiñe tan a menudo que ya no recuerdo su color original.

Lo que tenemos en común, sin embargo, es la gracia y la confianza. Pero ahora mismo, mis ojos revolotean por el club a intervalos, asustada de ser reconocida.

Estoy disfrutando de la noche y no quiero que termine todavía.

Ashley silba seductoramente, y el camarero se desliza hacia ella, con una sonrisa deslumbrante estirándole la cara.

Es un hombre alto y moreno con tatuajes en cada centímetro de su piel expuesta. Tiene dos piercings en la nariz y uno en la ceja. A juzgar por cómo Ashley recorre su mirada, puedo decir que está impresionada. Es eso, o está tratando de conseguirnos bebidas gratis.

Más vale que sea lo segundo.

"Hola, guapura", ronronea.

Casi me dan arcadas sus palabras.

¿De verdad? ¿Guapura?

¿No podría haber dicho "guapo" o algo no tan cursi?

"Hola, Ariel", responde.

Oh, Señor, llévame. No me enojaría si la tierra se abriera y me tragara entero, salvándome de este intercambio.

Ella se ríe como una colegiala, y no se me escapa cómo sus ojos se fijan en las tetas de mi amiga.

Ugh.

"Sabía que había venido al club adecuado". Sus ojos entrecerrados recorren su cuerpo.

Se apoya en el mostrador y mantiene el contacto visual con ella.

Un buen día para ser una mosca en la pared.

Finjo estar ocupada con mi teléfono, jugando al nivel mil de Candy Crush. Cualquier cosa es mejor que ver a estos dos flirtear.

"¿Por qué lo dices?" Se relame los labios y yo me encojo interiormente.

"Porque pude encontrarme con un vaso alto de vino", dice guiñando un ojo.

"Entonces no debe ser una coincidencia que esté cubriendo a mi amigo esta noche."

"Hablando del destino".

Oh, Señor. Sólo pide la maldita bebida.

"¿Qué tal un vaso alto de vino para Ariel?" Guiña un ojo.

Joder, por fin.

"Candy Crush nunca ayudó a nadie, Luna".

Me arrebata el teléfono y lo deja caer en su bolso.

"¡Eh!"

"¿Puedes al menos actuar interesada?"

"¿En qué exactamente?"

Justo cuando está a punto de hablar, "el camarero guapura" se desliza de regreso con dos copas de vino entre los dedos.

"Dos copas de vino para Ariel y su amiga", declara. "Invita la casa".

Desliza las copas hacia nosotras con un guiño.

"Gracias". Sonrío.

El vino es rojo rubí, y un solo sorbo del suave líquido hace estallar los sabores en mi boca.

Casi gimo por el sabor, pero me contengo.

"¿A qué hora sales del trabajo?" Ashley bate sus pestañas.

Supongo que está interesada.

"Depende de a qué hora termines la juerga". Sonríe.

"¿Qué tal si me voy de juerga contigo?"

Vale, ya está.

Cojo mi bolso y engullo los restos de mi vino.

"Pasadlo bien, los dos", grito, bajando del taburete.

"¿A dónde vas?" Ashley me grita, cogiéndome de la mano.

"A bailar. Vosotros dos a lo vuestro". Hago un gesto entre los dos. Respiro hondo y me dirijo a la abarrotada pista de baile. La gente baila como loca al ritmo de la música, y ya noto el ligero cosquilleo del alcohol.

"¿Pensaste que podrías librarte de mí?"

Me sobresalto antes de girarme hacia una Ashley sonriente.

"¿Qué haces aquí?"

Me lanza una mirada tonta. "Oh, estoy a punto de difundir el evangelio."

Pongo los ojos en blanco. "¿Qué pasó con tu cachas?"

"Putas antes que agujeros, cariño", grita, dándome una palmada en el culo.

"¿Eso existe?" Me río mientras me arrastra más lejos.

La música sube aún más de volumen desde nuestra posición, y los ruidosos bajos vibran en mis oídos, provocando un ritmo inestable a mi alrededor. La electricidad vibra en mis venas tanto por el alcohol como por la música a todo volumen. Al instante, Ashley empieza a cantar a voz en grito, y no tardamos en cantar las dos al ritmo de "I'm That Girl".

Mis pulmones se contraen mientras bramo las palabras de la canción y el sudor me resbala por los brazos mientras los agito.

Ashley me coge de la mano y la energía en la pista de baile es contagiosa.

Siento que empiezo a relajarme poco a poco. Pasa un camarero con una bandeja y Ashley y yo nos tomamos dos chupitos.

"Por una nueva vida", grito, levantando el vaso de chupito.

"¡Por la mejor puta vida!"

Chocamos nuestros vasos de chupito y engullimos el contenido.

"Joder, ya me está pegando".

Lo irónico de Ashley es que sigue siendo un peso ligero a pesar de ser una fiestera, y eso me desconcierta. Siento un hormigueo, pero no estoy colocada; quiero seguir bailando.

"¿Cuántas copas has bebido esta noche?" Grito con todas mis fuerzas.

Definitivamente tendré la voz quebrada después de esta noche.

"No sé. ¿Cuatro?"

Estoy a punto de decirle que no llevamos aquí ni dos horas cuando suena una canción de rap.

"¿Pero quién lleva la cuenta?" Ashley murmura. "Chica, vamos a bailar."

Y así, sin más, vuelvo a bailar.

Me da la vuelta y me dobla hasta que me toco los dedos de los pies. Entonces, al estilo típico de Ashley, empieza a machacarme el trasero. Sacudo el culo al ritmo de la canción sin dejar de cantar en voz alta.

Es tan estimulante estar en este lado de la vida. En ese segundo, no pienso en mis deudas, en el peligro que corro o en el lío en que me dejó mi padre cuando falleció.

Solo pienso en mi próximo movimiento de baile cuando siento un fuerte azote en el culo. Chillo y me giro de nuevo hacia Ashley. Esta vez, le doy la vuelta y choco contra ella. Se ríe como una loca y mueve el culo con tanta habilidad que me da envidia.

"¿Les importa un tercero?" Un pecho me aprieta la espalda de repente, y el hombre me grita al oído.

Antes de que pueda negarme, sus palmas rozan mis tetas y tiran de mí hacia él mientras me machacan.

Su erección, dura como una roca, es evidente y me inquieta.

"¿Puedes parar?" Pregunto suavemente.

Se ríe entre dientes y empieza a besarme descuidadamente por el cuello mientras sus dos manos me agarran las tetas.

"Joder, para", repito.

Ashley todavía está bailando, y aunque no lo estuviera, está demasiado borracha para ser de mucha ayuda ahora mismo.

"Sabes que no lo dices en serio".

Una alerta roja salta en mi oído cuando su mano roza por debajo de mi blusa.

Me doy la vuelta bruscamente, ignorando la sorpresa de Ashley, y le miro directamente.

"¿Qué crees que estás haciendo?"

Sonríe satisfecho. "¿Lo mismo que hacías con tu amiga?"

De cerca, es simplemente repugnante. Se le ven los dientes amarillos y su aliento apesta a alcohol. No del tipo caro, sino del que podrías ponerte en una herida para detener la hemorragia como licor barato.

"Pues yo nunca he pedido lo mismo", replico.

Sonríe y me aprieta más.

Vuelvo a sentir los nervios a flor de piel. Desde lejos se diría que son dos personas normales bailando, pero por lo fuerte que me agarra de las caderas me doy cuenta de que bailar es lo último que le apetece.

Nadie presta atención; todos están demasiado ocupados en su propio mundo, y yo estoy atascada intentando apartar de mí a un psicópata.

"Es una oferta".

"Métete tu oferta por la raja del culo, idiota", disparo, y por alguna razón, eso le hace reír.

"Atrevidas", tararea. "Justo como me gustan en la cama".

"Vete a la mierda."

Cojo un vaso de chupito de la bandeja de un camarero, le tiro el contenido a la cara y me doy la vuelta para marcharme.

No parece inmutarse y me alcanza enseguida, apretando su entrepierna contra mi culo.

"¿Qué, no te gustan las pollas negras?", me susurra al oído. "¿O eres una niña de papá a la que le gusta follarse a los amigos de papi?".

No podría estar más equivocado.

Mis latidos empiezan a acelerarse y noto que mi instinto de lucha se pone en marcha.

Cuando estoy a punto de replicar, siento que lo apartan bruscamente de mí. A pesar de la música, percibo los jadeos de los demás asistentes. Me doy la vuelta y me encuentro de espaldas con un hombre alto. Es tan alto que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás. Tiene la espalda cubierta con una cazadora de cuero, se agacha y mira

fijamente al asqueroso que hay en el suelo.

"¿Qué parte de parar no entiendes?", pregunta secamente mi salvador, poniéndose en cuclillas para mirar fijamente al asqueroso.

"¿Quién te ha dicho que no lo estaba disfrutando?", dice el hombre, con la voz entrecortada por el miedo.

Mi salvador le asesta un fuerte puñetazo en la garganta mientras tira de él por el cuello.

"¿Estás sordo?", pregunta mi salvador. "¿Qué parte de parar no entiendes?".

Ya no puedo ver al asqueroso porque su cuerpo es tan grande que me protege, pero me fijo en los rasgos traseros de mi salvador. Lleva el pelo engominado y unos vaqueros que le abrazan el culo.

Mal momento, Luna.

"Joder, tío. Es sólo una broma. Lo siento." El asqueroso jadea, luchando por su vida.

"El chiste será que pases la noche en la cárcel por agresión".

Los ojos del asqueroso se abren de par en par al oír sus palabras, y casi me río cuando se le llenan los ojos de lágrimas.

"Ahora, cuando te suelte, corre tan rápido como puedas. No quiero volver a ver tu cara nunca más", ordena mi salvador, a lo que su presa asiente con impaciencia.

Con un ruido sordo, suelta a su presa mientras el canalla se escabulle fuera del club.

Mi salvador no se da la vuelta, ni siquiera cuando el asqueroso se va.

Parece que sigue jadeando y yo hago lo mismo. Me siento aliviada de que haya intervenido cuando lo hizo, porque si no, no sé lo que hubiera pasado después. Sin embargo, la curiosidad anida en una pequeña parte de mi corazón, junto con el alivio.

¿Quién es y por qué se lo tomó tan a pecho? Tal vez sea seguridad del club, pero no lleva el uniforme.

Quiero acercarme a él para verle la cara, pero no tengo por qué.

Inhala por última vez y se vuelve hacia mí, y sólo puedo preguntarme por qué no me he metido en problemas mucho antes.

CAPÍTULO DOS - Giovanni

Tuerzo el cuello hacia un lado y suspiro cuando oigo el satisfactorio crujido. Es lo único que puede calmarme ahora. Todavía me hierve la sangre de rabia mientras miro fijamente el lugar en el que estaba tirado el cabrón antes de huir.

Llamó mi atención desde el momento en que entró por la puerta, riéndose con su amiga. Incluso me senté en la plataforma para verla mejor. Era una mezcla de alborozo e inquietud. Pero lo que más me llamó la atención fue su aura.

Hay algo en ella. Esta chica es perfecta, con un cuerpo pecaminoso y pasos elegantes. Sé que no era el único que la miraba. Y la mejor parte es que ella era totalmente ajena a la atención.

Cuando tropezó hacia la pista, estuve tentado de ofrecerle un baile, pero me detuve en seco al tener una llamada de negocios.

A los diez minutos de la llamada, volví a ver un tipo cualquiera metiéndole mano.

Ahora, puedo sentir sus ojos sobre mí. Sé que tiene curiosidad por saber por qué hice eso, que me jodan si lo sé.

Enderezo los hombros y me doy la vuelta para mirarla. Es una cabeza más baja que yo, así que tiene que inclinarse para mirarme. En cuanto nuestras miradas se cruzan, una chispa parpadea durante un segundo.

Sus ojos son de un marrón intenso y sus largas pestañas se abren en abanico cuando parpadea. Su piel es impecable y sus labios se entreabren ligeramente al mirarme. Sus cálidos ojos recorren mi cuerpo y puedo sentir el calor de su mirada mientras me observa.

Ninguno de los dos habla durante lo que parece ser una eternidad, y aunque sigo desconcertado por mi mutismo, agradezco el suyo porque ahora mis ojos recorren sus curvas.

La canción cambia a un hip-hop de los 90 y no pienso antes de hablar.

"¿Me concedes este baile?"

Una frase cursi para un club, pero no voy a asustarla otra vez.

Parece aturdida durante un segundo, pero parpadea y se acerca, y su aroma a fresa me inunda.

"Sí, claro", grita.

Algunos de los bailarines se retiran a sus asientos debido al cambio en el género de la canción.

Sólo hay seis parejas en la pista de baile, así que hay espacio suficiente.

Se ríe nerviosamente. "No soy muy buena en esto".

Rodeo su delgada cintura con la mano y la atraigo suavemente hacia mí, bebiendo egoístamente más de su aroma.

"Entonces, ¿por qué aceptaste?" Pregunto, entrelazando nuestras manos.

Se encoge de hombros mientras su otra mano encuentra mi hombro.

"Porque sentí que estaba en deuda contigo. Y no quiero estar en deuda".

Mis labios forman una mueca.

"Entonces, ¿un baile saldaría las deudas?"

Doy un paso atrás, provocando que ella haga lo mismo antes de hacerla girar.

"Es un comienzo".

"¿Qué tal un par de copas?" Le ofrezco, mis dedos dibujando círculos en su espalda baja.

"¿Te estás aprovechando de mi endeudamiento?", pregunta con ligereza, sonriendo.

Me encojo de hombros. "Las bebidas podrían saldarlo por completo".

Nos quedamos un rato en silencio, simplemente siguiendo el ritmo de la música. Miro fijamente sus ojos marrones y conmovedores, y ella me devuelve la mirada. Siento como si me estuviera arrancando cada centímetro de mi alma, y nunca me he sentido más desnudo en mi vida.

“Podemos tomar esas copas.”

Sonrío. "Sí".

Su mano encuentra el pliegue de mi codo. Me sujeta con fuerza mientras la hago serpentear por el gran club. Siento que se detiene en seco cuando pasamos por la zona

del bar, pero no me detiene ni me dice nada; sólo me sujeta el brazo con más fuerza. Pasamos junto a una serie de borrachos y subimos unas escaleras con luces en el suelo.

La música disminuye cuando subimos las escaleras y entramos en un espacio abierto. Este es similar al de abajo; la única diferencia es que es el espacio "Solo para socios".

Esta parte del club es mucho más lujosa que la de abajo, y sólo hay unas pocas personas dispersas por los alrededores, tomando sus copas y tarareando las suaves melodías.

"Esto es agradable", comenta, deslizándose sobre un taburete de la barra.

"Gracias. Esto es como un pequeño escondite del caos de abajo".

Me giro y veo que me mira, pero se aclara la garganta y desvía la mirada.

"¿Vienes aquí a menudo?", pregunta en su lugar.

"¿Por qué lo preguntas?"

Mira a su alrededor. "Empecemos con tu acceso a la sala exclusiva para socios".

Me río entre dientes. "Eso no cuenta".

"Creo que sí", responde ella, todavía mirando a su alrededor con asombro.

"¿Y si nos colamos aquí?"

Sus ojos detienen su admiración antes de ensancharse brevemente.

"Entonces prepárate para que te cojan solo". Ella sonríe.

Hago el pedido de las bebidas.

"Entonces, ¿no te importa?"

"Quiero decir, por quedarse aquí vale la pena si somos atrapados."

"Tienes razón, lo vale", estoy de acuerdo.

Nos sirven las bebidas, doy un largo sorbo a la mía y veo cómo su boca cubre la pajita mientras ella da un sorbo a la suya. Cierra los ojos felizmente y sus pestañas abanican sus mejillas.

Me aclaro la garganta para librarme de mis pensamientos pecaminosos sobre ella y me acomodo en mi asiento.

"¿Y tú?" pregunto.

Me mira y suelta un zumbido.

"¿Vienes aquí a menudo?"

Pone su bebida delante de ella.

"En realidad, es la primera vez que vengo aquí".

"Eso es chocante".

Arruga las cejas.

"Vivir en NYC de adulto y no haber visitado nunca este bar es inaudito".

Se ríe. "También es mi primera vez en la ciudad".

"¿Te acabas de mudar aquí?"

Ella asiente. "Esta noche, en realidad".

"Bonita manera de empezar tu vida en NYC".

Se le escapa una risita.

"La discoteca no es exactamente como me imaginaba mi primera noche aquí, pero bueno".

Cada vez que se encoge de hombros, mis ojos bajan hasta la zona de su pecho. Si se da cuenta, no se inmuta. Pero la tensión sexual que hay entre nosotros es demasiado densa como para cortarla.

"Tus pasos de baile decían lo contrario".

Me mira con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa.

"Suenas acosador." Sonríe.

Y, Dios, su sonrisa. Me gustaría verla sonreír por una razón completamente diferente.

"Es una pista de baile. Cualquiera podría haberte estado mirando", me defiendo débilmente.

"Sí, claro". Ella suspira. "Pero de alguna manera tu me viste bailar".

"Digamos que estabas en mi campo de visión".

"Lo tomaré". Hace una pausa. "¿Vas a menudo a clubs? Porque parece que sabes

moverte por aquí."

Sonrío. "Saber moverse por aquí no está sujeto a ir de discotecas a menudo. Podrías saber moverte por aquí si vinieras mañana".

"Vale, permíteme que lo diga de otro modo: viendo que eres socio...", se burla.

Se me escapa una ligera risa. Sus ojos parecen fijos en mis labios durante un segundo antes de parpadear de nuevo hacia mí. No se me escapa cómo traga saliva.

"Ser socio aquí es por asociación, y no, no voy mucho de fiesta", admito. "Estoy aquí por el bar".

"Así que bebes a menudo", se burla.

"Hoy es mi día de trampa".

Inhala bruscamente ante mi guiño, y yo la recompenso acercando mi taburete al suyo.

Estoy tan cerca de ella que no sólo respiro su aroma, sino también su pelo con olor a coco. Todo junto es mágico.

"¿Por qué?"

Su insistencia en saber por qué estoy aquí hace que algo se agite dentro de mí. Como si supiera que no decidiría salir a beber porque sí, o como si supiera que no estoy aquí por las chicas.

Ese aleteo me abre la bocaza y empiezo a soltarle la verdad a esta desconocida.

"Perdí a mi padre a principios de esta semana."

Mi voz ha bajado un tono y espero que sus ojos desprendan la lástima o simpatía que suelo ver, pero no es así.

Ella exhala. "Eres fuerte."

Me sorprende su respuesta, pero me callo por curiosidad. Es la primera persona que ha dicho eso cuando le he dado la noticia a alguien. Las primeras palabras que suelo oír son "lo siento", como si eso fuera a cambiar algo.

"¿Por qué lo dices?" pregunto, inclinándome más hacia ella.

Se encoge de hombros y parpadea. "En mi opinión, ser capaz de levantarse de la cama después de perder a un ser querido es una victoria. Así que creo que eres fuerte".

¿Quién es esta mujer y dónde ha estado toda mi vida?

"Gracias", susurro sinceramente.

Me dedica una sonrisa tensa y da otro sorbo a su bebida.

"Gracias a ti también. Llegaste justo a tiempo".

Sonrío genuinamente a pesar de mi mal humor y me tomo un tiempo para admirar a la mujer sentada ante mí.

Es curioso que me dé las gracias por llegar justo a tiempo; poco sabe ella que también llegó justo a tiempo.

CAPÍTULO TRES - Luna

Salgo del club en medio de la brisa otoñal. Sin embargo, no hace tanto frío como para romper la amplia sonrisa de mi cara.

Esta noche ha resultado mejor de lo que esperaba. Después de tomar unas copas con el buen samaritano, hablamos un rato antes de que mencionara que tenía que ir a ocuparse de unos asuntos. Sé que podría haber esperado a que volviera, pero una parte de mí no se siente cómoda con los aleteos que provoca en mi vientre.

Es una sensación nueva que no quiero indagar más. Así que, cuando se fue, cogí mi bolso y salí del salón.

Le envío un mensaje a Ashley rápidamente, diciéndole que me he ido, pero no recibo respuesta.

Me meto las manos en el bolsillo del abrigo y suspiro aliviada mientras reflexiono sobre la velada.

Empecé sintiéndome muy nerviosa y ahora, unas cuatro horas después, estoy mareada como una colegiala.

Al girar hacia mi barrio, empiezo a caminar más deprisa. Es más de la una de la madrugada y la calle parece desierta, salvo por algunas luces de los porches que se han quedado encendidas. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras acelero el paso.

Algunas hojas crujen en la distancia antes de que oiga pasos que se acercan detrás de mí.

Estoy segura de que son pasos porque la persona no intenta hacer silencio. El calor me punza la nuca y noto cómo se me eriza el vello del cuello como si confirmara mi miedo.

Alguien me está siguiendo.

De repente, el aire parece más frío y tardo horas en llegar a mi apartamento, que suele estar a cinco minutos a pie de la parada de taxis.

Me duelen los pies y, en contra de mi buen juicio, corro tan rápido que parece que lo hago sobre carbón caliente. Dejo de correr cuando estoy a dos manzanas de mi casa y

empiezo a jadear pesadamente.

Respiro hondo, ignoro los ojos que se clavan en mi espalda y saco apresuradamente las llaves de casa del bolso.

"¡Joder!" exclamo cuando caen al suelo.

Los pasos suenan aún más cerca cuanto más me acerco a mi apartamento. Estoy medio tentada de seguir caminando para que quienquiera que sea no sepa dónde vivo. Sin embargo, estoy desesperada por el calor y la seguridad que me dará mi apartamento cuando esté dentro.

Introduzco la llave en el agujero y giro el pomo de la puerta, entro e inmediatamente me giro para cerrar la puerta tras de mí y hacer clic en la cerradura.

"Oh, Dios."

Un largo suspiro sale de mis labios una vez dentro, apoyo la espalda en la puerta y acuno la cabeza entre las manos.

La cabeza me da tantas vueltas que apenas puedo respirar; la hermosa noche ha quedado enterrada bajo la experiencia con un acosador.

No tengo ni idea de quién era, pero cuando abro la cortina para asomarme, veo una figura de pie fuera de mi casa. La persona no está escondida, pero sin la luz de mi porche encendida, no puedo distinguir la cara. Sin embargo, es un hombre corpulento que vigila mi casa.

Un escalofrío me recorre al apartarme de la cortina, y un grito sale de mis labios al distinguir una figura sentada en mi isla.

Enciendo la luz y casi me meo encima.

"¿Qué coño, Ashley?" Grito.

Ashley me lanza una mirada aburrida y bebe un sorbo de su copa de vino.

"Hey, bestie." Sonríe ampliamente.

Al menos no está borracha.

"Me has dado un susto de muerte".

Mis manos abandonan mi pecho mientras camino hacia la isla donde ella está sentada.

"¿Qué tiene de aterrador beber vino a sorbos?", pregunta.

Pongo los ojos en blanco y dejo el bolso sobre la encimera.

"Bueno, para empezar, no me dijiste que ibas a estar aquí".

"¿No se me permite entrar en casa de mi mejor amiga?", pregunta con ligereza.

Me encojo de hombros y me quito el abrigo.

"Me di cuenta de que mi casa estaba demasiado lejos del club, así que decidí quedarme aquí esta noche". Se encoge de hombros.

Se está aprovechando de tener una llave de mi apartamento como mi mejor amiga.

Pongo los ojos en blanco, cojo la botella de vino y bebo un trago. Necesito algo para calmarme después de la maratón.

"Hablando de advertencias". Me mira con el ceño fruncido. "¿Me avisaste de que pasarías la noche con el héroe?"

Hago una pausa con la botella en los labios y la dejo, sin dejar de mirarla.

"Te aseguro que no pasé la noche con él", respondo secamente.

"Sí, ¿y por qué pareces recién follada?" Ella asiente a mi pelo despeinado.

¿Quizás porque estaba corriendo por mi vida?

"No tuvimos sexo, créeme."

Mi respuesta hace que mi pecho se agite y, contra mi voluntad, mi cabeza empieza a evocar imágenes de pasar la noche con él. No tiene pinta de tomárselo con calma. Desde su mirada oscura hasta su paso seguro.

Sí, necesito más vino.

"Tranquila, chica", me advierte Ashley y me quita la botella. "¿Tan malo ha sido lo que intentas olvidar?".

"Por enésima vez, Ashley", gimo. "No tuvimos sexo. Por el amor de Dios, ni siquiera sé su nombre".

Se queda boquiabierta. "¿Hablas en serio?"

"Por fin te enteras", murmuro con sarcasmo.

Se acomoda en su taburete.

"Espera, ¿por qué has vuelto tan tarde? ¿Qué habéis hecho al subir?".

Le lanzo una mirada. "¿Me estabas vigilando?"

"Creo que la mejor frase es, cuidando a mi amiga". Guiña un ojo.

Sacudo la cabeza y me dirijo al lavabo para lavarme las manos.

El silencio se prolonga durante un rato. Ashley bebe de su vaso y yo me quedo mirando al vacío.

"¿Por qué estás tan callada? Pareces asustada".

Siempre intuitiva.

Aunque quiero contarle exactamente lo que ha pasado, no quiero asustar a mi mejor amiga y quiero intentar olvidar yo misma el calvario.

El sonido de los pasos sigue resonando en mi cabeza; incluso ahora siento como si alguien me observara, aunque sé que todo está en mi cabeza.

"¿Yo?" Me aclaro la garganta.

"Uhm, ¿duh?", contesta. "Parece como si hubieras visto un fantasma".

Tal vez un fantasma habría sido mejor porque al menos estaría segura de que no me seguían.

Me río ligeramente y agito las manos, quitándomelo de encima.

"Estás siendo dramática, Ash. No ha pasado nada. Sólo estoy cansada".

Me siento fatal por mentir, pero no quiero arrastrar a nadie al lío que creó mi padre.

"Pero..."

Evito que vuelva a sacar el tema cortándola en seco.

"¿Qué tal tu noche?" Enfatizo el "tu", haciéndole un guiño socarrón.

Me lanza una mirada de fastidio, pero afortunadamente la deja pasar y esboza una sonrisa.

"¿Cómo crees que fue mi noche?" Sus labios forman una sonrisa sugerente.

Finjo una arcada y sacudo la cabeza.

"Sí, creo que ya no quiero saberlo", bromeo.

Chilla.

"Es mucho mejor de lo que parece". Se desmaya. "Una experiencia que nunca olvidaré".

Suspira dramáticamente.

Pongo los ojos en blanco. "Bueno, al menos alguien echó un polvo".

Hace un mohín. "Yo también esperaba que lo hicieras".

Me río. "Qué manera de hacerme parecer miserable".

"Pero parecía que tenía ganas", sonríe.

"No sé nada de eso porque ni siquiera nos besamos, Ash".

"Es extraño", reflexiona.

"¿Qué tiene de extraño que no me follen la primera noche que me mudo a una ciudad nueva?".

"¡Estabas vestida para que te follaran, Luna!", exclama. "¡Y por casualidad te encontraste con un buen pedazo de filete que haría precisamente eso!"

Pongo los ojos en blanco. "Como digas, Ash. Ni siquiera me parecía sexy".

Mentiras.

Ella ve a través de mí. "Entonces, ¿por qué estás de repente rojo remolacha?"

Suspiro exasperada. Ashley nunca dejará pasar esto.

Aunque me gustaría sentarme a charlar, tengo que ver cómo está mi hermano. Decido tirarle un hueso antes de irme.

"Es un buen tipo", murmuro, y ella presta absorta atención. Cualquiera diría que se trata de la previsión meteorológica. "Hablamos de las mismas cosas. También es muy atento".

"Todavía estoy tratando de entender cómo esto no condujo al sexo," ella dice sin expresión.

Pongo los ojos en blanco. "No todo lleva al sexo, Ash. A veces, algunas cosas es mejor dejarlas al empezar".

Especialmente con el desconocido del club. Aunque me intrigaban las extrañas emociones que despertaba en mí, me asustaban.

No soy más que una chica a la fuga, una relación romántica sólo aumentará mi desorden.

No se lo digo a Ashley porque no quiero molestarla otra vez.

"Me gusta esta faceta tuya", sonríe.

"Sí, claro", pongo los ojos en blanco. "Lo dice la chica que me preguntaba por qué no echaba un polvo".

"Eh", hace un mohín. "Eso es parte de mí cuidando de ti".

"Da igual", suspiro, cojo mi bolso y me alejo de ella. "Realmente necesito dormir ahora mismo. Mañana tengo que madrugar".

"Buenas noches, Lu."

Le doy las buenas noches y me dirijo a mi habitación cuando su voz me detiene de nuevo.

"Oh, ¿Luna?", llama.

Me giro y la veo sosteniendo un sobre blanco. Mi pecho no me avisa antes de que el corazón empiece a bombear con fuerza.

Tranquila, Luna, podrían ser las facturas.

"Sí", respondo, caminando hacia ella.

"Tenías esto en la puerta cuando llegué". Me desliza el sobre y vuelve a su teléfono.

No se da cuenta de mi cara de susto ni de que me tiemblan las manos. Como ella no se da cuenta, me tomo un momento para calmarme antes de coger el sobre, asegurándome a mí misma que podrían ser solo facturas.

Aunque en el fondo sé que esto es cualquier cosa menos facturas.

Aprieto el sobre con fuerza en el puño hasta que estoy detrás de la puerta cerrada de mi habitación.

Todavía estoy muy nerviosa por abrirlo, pero nunca sabré lo que hay dentro si no lo hago.

Lo primero que veo en la parte delantera es un sello demasiado familiar que me hace soltar un jadeo audible.

Ignoro el sudor que me corre por la espalda, quito el sello y abro el sobre.

Respiro hondo y me armo de valor para leer las letras cursivas esparcidas por el papel.

Atrevido de tu parte pensar que puedes escapar. Sólo te estás hundiendo más.

Un sutil recordatorio de que estamos donde crees que no estamos.

Como si mi corazón no latiera lo suficientemente rápido, aumenta su ritmo, y mis ojos se abren de par en par cuando veo el sello de huellas dactilares en la parte inferior.

Excepto que no es lo que creo que es; está en sangre.

Esto es un testimonio de que alguien, de hecho, me sigue.

Es la prueba de que quieren mi sangre.

CAPÍTULO CUATRO - Giovanni

Mi coche chirría con fuerza cuando paso derrapando la bandera roja y mantengo la velocidad sobre el asfalto. Mi adrenalina está al máximo y el casco hace que me duelan las sienes, pero agradezco la distracción. No le doy ningún aviso al Chevrolet que me precede antes de esquivarlo por el lateral.

Agarro con fuerza el volante y miro por el retrovisor lateral para ver que el Chevrolet me vuelve a ganar terreno.

Hay una curva cerrada que viene en unos ocho segundos, y mi coche es demasiado malditamente rápido para reducir la velocidad ahora, y si lo hago, Joe disfrutará ganarme en una carrera por primera vez.

Decisión tonta, pero piso el acelerador aún más fuerte y me preparo para la curva que viene en dos segundos. Decido sacar un truco de mi corazón y reduzco la velocidad un segundo, lo justo para convencer a Joe de que me aterra la curva, y cuando lo hace, doy un brusco volantazo con mi coche en la curva. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mis labios al ver cómo su coche se detiene de repente tras chocar contra el asfalto.

Buen chico.

Doy golpecitos con el volante en señal de agradecimiento y suspiro cuando por fin veo acercarse la línea de meta. De repente, mi teléfono empieza a sonar violentamente en mi asiento, y lo ignoro las dos primeras veces. Cuando vuelve a sonar con fuerza, lo miro y rechazo la llamada de Iván. Él sabe dónde estoy y también sabe que no debe molestarme cuando estoy corriendo. Es lo único que puede sacarme la cabeza del atolladero.

Bueno, esto y pensar en cierto ángel de pelo oscuro.

Su voz es como una banda sonora que se repite en mi cabeza. No he dejado de pensar en nuestra distendida conversación. Sigo intentando averiguar qué la hizo marcharse.

El hecho de que no me dejara al menos un nombre me da ganas de pellizcarme. Demasiada mierda de misterio. Estoy tentado de pedirle a mi investigador privado que la busque, pero eso sería demasiado, incluso para mí.

Los pocos segundos que quedo en blanco son suficientes para que Joe se recomponga y me pase derrapando.

"¡Joder!"

Pego un puñetazo al volante y me reagrupo justo cuando su astuto dedo me despista a través de su ventanilla.

Estamos a unos kilómetros de la meta y lo único que quiero es partirle la cabeza. Carrera amistosa o no.

Mi mirada baja a mi límite de velocidad, peligrosamente alto pero no tanto como lo estará el ego de Joe si me vence en este combate. Con este conocimiento aprieto aún más el acelerador. He ido más rápido que esto antes. El día que perdí a mi padre, corrí durante más de cinco horas. La prisa y el peligro me sacan de mi cabeza y me llevan a un lugar al que sólo yo puedo acceder. Ha sido un mecanismo de supervivencia y la razón por la que pude no hablar de la pérdida con nadie. Me choca aún más haber hablado de esto con ella.

Su calma y la gracia que desprendía extrajeron algo de una parte de mí que nadie había visto antes.

Y ahí van mis pensamientos, desviándose hacia una desconocida.

Si es una desconocida, ¿por qué siento como si la conociera de toda la vida?

"¡Concéntrate, cabrón!" Murmuro para mis adentros y aumento la velocidad.

Mis manos se dirigen al freno y preparo mi coche para deslizarme colina arriba. En mi descenso de la colina, mis ojos se entrecierran cuando veo el coche de Joe a centímetros de la línea de meta.

Algo me dice que es demasiado tarde, pero no me impide aumentar la velocidad y, sin más, estoy justo detrás de él.

Tres segundos.

Eso es todo lo que hace falta para que el coche de Joe cruce la línea de meta tres segundos antes que yo.

Nuestros coches se detienen y la multitud en la acera estalla en aplausos.

"Joder", gimo, agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

¿He perdido tanta concentración que no puedo vencer a Joe en una carrera?

Te culparé de esto a ti, mi pequeña bailarina.

Sin más, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios al pensar en ella.

Joe sale de su coche y empieza a dirigirse al mío con una sonrisa de suficiencia en los labios y un brinco en los pasos.

Por supuesto, está emocionado; gana a su profesor.

No espero a que llame a la ventanilla para salir y sonreírle con los labios apretados.

"¡Qué pasa, tío!", grita, dándome un abrazo de hermanos.

Me quito el casco y me sacudo el pelo con dureza en su cara; ayuda que sea unos centímetros más bajo que yo.

"Lo hiciste bien, Joe."

El brillo de sus ojos me dice que eso es todo lo que quería oír.

"Por los pelos, no voy a mentir". Se ríe nerviosamente. "Casi haces que me cague en los pantalones".

Sonrío. "Sólo me distraje un segundo".

Hace una semana que no voy.

"Sí, me di cuenta".

"Y entonces, el alumno venció al profesor".

Ambos levantamos la vista y vemos a Ty caminando hacia nosotros mientras aplaude.

Ty es un compañero de carreras, pero desde su vasectomía, ha estado atesorando más su vida. Me hace pensar en cuando voy a empezar a hacer eso.

Dejar de vivir al límite, arriesgarme y empezar a vivir.

"No me lo esperaba", flota Joe.

"Bueno, yo tampoco", respondo. "En mi defensa, el alquitrán estaba un poco resbaladizo".

Ty me lanza una mirada cómplice.

"Lo resbaladizo hace al corredor más veloz".

"Y la carrera aún mejor", concluyo por él.

"Entonces", respiro.

Le tiro las llaves de mi flamante Audi a Joe, que sonríe como un gato de Cheshire.

"Según el trato, es todo tuyo".

"¡Claro que sí!", exclama, cogiéndolo con una mano. "Qué alivio no tener que darte el mío", añade.

Me encojo de hombros. "Ni que quisiera un Chevrolet de 2017".

Ty estalla en carcajadas mientras Joe se frota el cuello.

Justo entonces, mi teléfono suena en el bolsillo. Lo saco y suspiro al ver el identificador de llamadas.

Iván de nuevo.

"Tengo que contestar".

Me alejo de Ty y Joe mientras revisan mi coche.

"Más vale que sea bueno, Iván", respondo, acercándome el teléfono a la oreja.

"He estado intentando localizarle, jefe", respira Iván.

Entrecierro los ojos y me sitúo en un lugar más alejado.

"¿Qué pasa?" Toco la pistola en mi bolsillo.

Este campo de carreras está a kilómetros de la civilización, y todos somos un puñado de hombres peligrosos que salimos a experimentar la euforia cuando no estamos torturando gente y moviendo dinero. Dicho esto, nunca se es demasiado precavido.

"Tenemos a alguien, jefe", responde.

"Necesito que seas más específico", gruño, relamiéndome los labios.

"Kai seguía investigando a los guardias que estaban de turno la noche que atacaron a Don".

Mis ojos se cierran brevemente mientras los recuerdos de la redada que mató a mi padre se filtran en mi cabeza. No era un padre perfecto, pero era el mío, y eso es suficiente.

"Nos pusimos en contacto con los guardias de servicio, pero entonces, descubrimos que uno debía estar allí esa noche, pero de alguna manera, había desaparecido. Justo cuando un grupo de enmascarados comenzó la redada".

Qué interesante.

Sigo callado mientras intento procesar todo lo que acaba de decir. En una investigación para descubrir a los asesinos de mi padre, nadie se salva, ni siquiera mis hombres.

"Entonces, ¿a quién tienes ahora?" Pregunto.

Ya puedo sentir cómo me hierve la sangre en las venas, y cuando me muerdo la lengua para contener mi ira, lo único que puedo saborear es la venganza, no la sangre. Solo el dulce sabor de la venganza.

"Tenemos al maldito ausente".

Sus palabras me ponen en acción y empiezo a salir de la pista.

"¿Le has interrogado?" Pregunto, sacando las llaves de mi segundo coche.

Si has apostado por tu coche, es normal que tengas un respaldo por si los aficionados como Joe te sorprenden.

"Durante horas, jefe", suspira Iván. "Pero no le hemos sacado nada. Tiene los labios sellados".

Una sonrisa sádica se forma en mi cara. Mi presa favorita.

"Está en el almacén, ¿verdad?"

Saludo con la cabeza a un grupo de chicos y sigo hacia mi coche.

"Sí, los chicos lo trajeron aquí. Aún respira pero apenas vive".

"Bien", murmuro. "Déjame el resto a mí".

"Sí, jefe", responde Iván.

"Estaré allí en treinta minutos."

O incluso menos, porque no pienso tener en cuenta el límite de velocidad cuando estoy tan cerca de poner a mi presa donde debe estar.

******

Mi coche se detiene frente al almacén. Los hombres están ocupados apilando cajas

de bebidas y transportándolas dentro y fuera del edificio. Por supuesto, eso es sólo una tapadera para las cosas salvajes que ocurren aquí.

Miro el reloj y me doy cuenta de que he llegado en veinte minutos. Cuando pienso en por qué estoy aquí, mi cabeza late de ira.

Salgo del coche y atravieso las puertas del almacén. El lugar no tiene nada que haga sospechar, así que siempre que pasa algo, estoy seguro de que es un trabajo desde dentro.

Algo como el asesinato de mi padre.

Abro la maltrecha puerta de madera que conduce a un tramo de escaleras chirriantes y lleva al sótano. Bajo las escaleras con una sola cosa en mente.

Las escaleras conducen a una gran puerta de madera contrachapada. Introduzco el código y la puerta se abre lentamente. En este punto, me he metido en el territorio.

El olor a sangre es muy penetrante mientras respiro, pero ya me he acostumbrado a él, así que no me aprieto la nariz como debería. En lugar de eso, apresuro mis pasos cuando me acerco a donde está el cabrón.

Abro la puerta de una patada y descubro otra habitación en el sótano. Está desgastada; faltan tablas del suelo y sobre la mesa hay un montón de armas que me pican las manos por usar.

En cuanto entro, Iván camina hacia mí.

"Bienvenido, Jefe."

Asiento con la cabeza y me acerco al hombre. Otros cinco de mis hombres están de pie junto a la pared de la habitación, todos en guardia y alerta.

Hay alguien atado a una silla en medio de la habitación. He tenido diferentes presas, y siempre tengo una imagen mental de su aspecto antes de verlas. Pero, por alguna razón, no me imaginaba que mi presa fuera un hombre calvo y canoso que parece que apenas puede andar. Hago una rápida evaluación de su aspecto físico. Parece maltrecho y tiene los pies descalzos.

Su cuerpo es un caos sanguinolento. Hay cortes profundos y visibles que cubren casi cada centímetro de su piel enrojecida, y desprende un olor que me indica que ya se ha meado encima. Va a seguir haciéndolo. Tiene los ojos cerrados y la cabeza inclinada, pero tiene una herida sangrienta en la boca.

"Acaba de desplomarse, jefe", anuncia Kai, uno de mis hombres, mientras se acerca para abrir mi caja de herramientas.

Sin dejar de mirarme, cojo una de mis herramientas y la enciendo. No voy a ensuciarme rociándole con agua, así que esto servirá.

Le coloco el dispositivo en el cuello y pulso un botón. Zumba ruidosamente mientras le envía corrientes eléctricas al cuello, despertándole al instante.

"¡Joder!" Balbucea sangre por la boca y sacude la cabeza mientras lo despiertan.

Veo una sonrisa sádica en su cara cuando levanta la vista hacia mí, y entonces es cuando lo veo. El peligro que acecha bajo su mirada lastimera. Convenientemente, lo usarán para ejecutar su plan.

Sus ojos se abren de par en par cuando se encuentran con los míos, y el miedo sustituye a la obstinación.

"¡Por favor, no me mates!", gime y hace un intento fallido de alejarse de mí.

Me encojo de hombros. "Eso depende de ti".

"Les he dicho todo lo que sé, por favor", grita.

Sonrío. "Si lo hubieras hecho, no estaríamos aquí".

Giro una silla y me sitúo frente a él.

"Voy a ser muy directo", le digo, mirándole a sus vacíos ojos grises. "Y todo lo que quiero son respuestas directas".

Asiente mientras contiene las lágrimas.

"Podemos hacer esto fácil, o difícil", advierto de nuevo. "Tú eliges".

"¡Te juro que te diré lo que sé!", grita de nuevo.

"¿Dónde estabas la noche de la redada?"

Mi voz es peligrosamente baja y la punta de mi cuchillo se acerca cada vez más a su muslo.

"Estaba enfermo, yo..."

No le permito completar su mentira antes de que el cuchillo le atraviese el muslo.

"¡Dios, jódete!", grita.

La primera señal de su incumplimiento.

"Ahora, la verdad".

"¡No estoy mintiendo!"

Clavo el cuchillo más profundamente, arrancándole gritos. La sangre brota de su última puñalada mientras saco el cuchillo.

"¿No es un poco inquietante, que estabas de guardia esa noche, pero de alguna manera, no apareciste?"

Estoy teniendo una conversación normal como si no acabara de sacarle sangre del muslo.

Todavía se está recuperando del dolor antes de contestar.

"Ya te lo he dicho. Estaba enfermo. Juro que lo estaba".

Hago un gesto con la cabeza a uno de mis hombres e Iván apoya la mano en el reposabrazos.

"Por cada mentira que digas, perderás un dedo. ¿Qué te parece?" tarareo, acercándome a él.

Parece aterrorizado como para desmayarse en cualquier momento, pero sé que es más fuerte que eso. Es un asesino entrenado, después de todo. Todos lo somos; sólo que matamos con diferentes motivos.

"Según los registros, estás muy comprometido y no has faltado ni un solo día a tu trabajo. Entonces, ¿qué hizo que esa noche fuera tan diferente?". le pregunto.

"Me desperté esa mañana con una gripe terrible ..."

"Bien". Sonrío antes de cortarle el dedo meñique.

Se lamenta mientras se agita violentamente en su asiento y cierra los ojos.

"La Verita", susurro mientras le limpio la sangre del muslo.

"¡Joder! Vale, bien. ¡Te diré lo que sé!"

Permanezco en silencio y espero a que hable.

"No fui el único que no estaba de servicio esa noche", murmura.

"No es lo que te pregunté".

Le corto el siguiente dedo con una mueca.

Sus ojos inyectados en sangre se ensanchan mientras tiembla de dolor.

Esa información se ha almacenado en una parte de mi cerebro para más adelante. Por ahora, sólo quiero su lado.

"No hice nada para lastimar al jefe. Lo juro".

Me salto su dedo y le clavo el cuchillo en el muslo, luego lo uso para ponerme en pie.

"¿Quién es tu coartada?" le pregunto, agachándome delante de él.

Sus ojos se crispan, y es su señal de que está a punto de decir otra mentira.

"Harvey".

Ésas son sus últimas palabras antes de que le meta una bala entre ceja y ceja, y muera en un instante, con los ojos muy abiertos y el miedo como última emoción que aún se arremolina en sus iris.

"Es un inútil". Le tiro la pistola a Iván y me quito los guantes, tirándolos a un lado.

Cojo una botella de whisky y me la bebo de un trago.

"¿Mientras tanto, Ivan?" Yo llamo. "Investiga a ese tal Harvey".

Podría ser mi próxima presa.

CAPÍTULO CINCO - Luna

"¡Luna!"

Juro que si oigo mi nombre una vez más, podría implosionar. Han sido seis largas horas tratando de tolerar a mi jefe, y cada segundo me quita unas cuantas neuronas.

Respiro hondo, esbozo una sonrisa falsa y salgo de la cocina para encontrarme a Fiona echando humo; no me extrañaría que le salieran gases de las orejas demasiado perforadas.

No tengo ningun problema con los piercings, excepto cuando es en la persona equivocada. Sin embargo, son perfectos cuando están en la persona adecuada, como lo eran en mi salvador. Sólo vi dos de sus piercings, eso y su cara perfecta se me han quedado grabados en la cabeza, por mucho que intente olvidarlo.

La mayoría de las veces me arrepiento de no haberme presentado, pero luego me recuerdo que es por una buena causa. Mi única misión es salvarme a mí y a mi hermano, por lo que el rostro de un desconocido sin nombre no debería acechar en mi memoria.

Después de mi pequeña charla de ánimo, me dirijo a mi jefe mientras me aprieto el cinturón del delantal. Una costumbre nerviosa, pero con lo a menudo que lo hago durante mis turnos, algún día podría morir asfixiada.

"¿Dónde has estado, señorita?", me pregunta, midiéndome. Me niego a pensar en el hecho de que podría partirla por la mitad si tuviera la oportunidad y dada nuestra diferencia de tamaño. Es menuda, yo mido unos centímetros más que ella.

Sin embargo, me recuerdo a mí misma que ella es más grande que yo en este momento, al menos mientras aún no haya cobrado mi sueldo.

"Estaba en la cocina, ayudando a Gwen."

Como instruiste hace cinco minutos. ¿Qué tienes? ¿Demencia?

"¿Y dejaste la estación desatendida?" Señala con la cabeza la caja registradora vacía y vuelve a mirarme.

"Lo siento", me disculpo. "Voy a ponerme a trabajar".

Justo cuando estoy a punto de apartarme de ella, suelta más gilipolleces.

"Espero que sepas, Luna, que tu trabajo pende de un puto hilo". Hace un agujero entre dos de sus escuálidos dedos. "Y lo próximo que hagas podría ser la razón por la que te despidan".

Inhalo profundamente y destierro el desafío de mis ojos.

"Voy a ponerme manos a la obra", repito lentamente.

Me parpadea, y su reacción significa que no sabe si la he insultado o no.

No lo hice, pero alguien tan insegura como ella pensaría que sí.

Le doy la espalda y me coloco detrás de la caja registradora.

"Pensándolo mejor", vuelve a gritar.

La miro con cara de aburrimiento. "Sirve", termina, empujando una bandeja llena hacia mi mano.

No puede dejarme ganar.

"Mesa siete". Sonríe antes de alejarse hacia su próxima víctima de tortura.

Una vez más, aprieto los cordones de mi delantal, luego los aflojo como una ocurrencia tardía porque si muero aquí, ella probablemente escondería mi cuerpo en alguna parte.

Miro la etiqueta y veo que en realidad es la mesa diecisiete, y no la siete.

La cabrona incluso me dijo la mesa equivocada.

Otra estratagema suya para volver a gritar mi nombre.

Odio servir. Cualquiera lo odiaría, sobre todo cuando las personas a las que sirves son en su mayoría gilipollas ricos y misóginos que dejan propinas tan pequeñas como sus pollas.

El café está a unas manzanas de lo que se llama Industry Street. Ahí es donde están la mayoría de las grandes empresas, y muchos directores generales frecuentan el café después del trabajo. Lo que hace aún más difícil trabajar aquí.

Respiro hondo y comienzo el trabajo en la mesa diecisiete. Juzgo a cada uno de los hombres de la mesa, desde sus trajes caros hasta sus sonoras carcajadas. Nunca sale nada bueno de eso.

"Hola, caballeros". Me acerco a ellos con paso seguro y sonrisa educada. "Pedido

para la mesa diecisiete".

Me inclino ligeramente y empiezo a bajar sus pedidos, y agradezco que me ignoren mientras estoy en la tarea. Ignorarme es mucho mejor que mirarme fijamente.

Después de servir, me pongo en pie y les dirijo una sonrisa cortés. Justo cuando les he dado un punto por demostrarme que me equivocaba y ser responsables, uno de ellos abre la boca.

"¿A qué hora sales del trabajo?"

Domino mi cara de zorra y me giro para mirar al interlocutor. Casi gimo cuando capto sus rasgos. Es un tipo calvo con mechones de pelo blanco en su brillante cuero cabelludo. Tiene una sonrisa en la cara que me gustaría borrar.

"Lo siento, pero todavía estoy en horas de trabajo."

Lo rechazo amablemente, lo contrario de lo que quisiera.

"Lo sé". Su mano se acerca a mí y doy un paso atrás. "Por eso te he preguntado a qué hora sales del trabajo".

"No hasta dentro de cinco horas."

Más bien diez minutos. Pero de ninguna manera voy a decirle eso. Parece el tipo de asqueroso que se quedará hasta que termine mi turno.

"Qué fastidio", hace un mohín y casi me dan arcadas. "No te había visto antes por aquí".

Otra sonrisa falsa y educada. "Empecé a trabajar aquí hace unos meses".

Una respuesta abierta.

"¿Cómo te llamas?", me pregunta, aunque estoy seguro de que ha visto la etiqueta con mi nombre que llevo en la camisa.

Al instante tengo una extraña sensación sobre él. Entonces me doy cuenta de que tampoco le he visto por aquí. Es inusual con el tiempo que llevo trabajando aquí y conociendo a la mayoría de los clientes.

Decido mirar a los demás en la mesa. Uno no ha dejado de hablar por teléfono desde que llegué, y los otros dos cuchichean entre sí. El otro lleva gafas oscuras, así que no sé si me está mirando.

Por lo que he deducido, estos hombres no son sólo comensales. Mientras tanto, el

calvo sigue esperando una respuesta.

Mentiría si mi etiqueta no me traicionara tan fácilmente.

"Luna", respondo después de aclararme la garganta.

Estoy luchando por mantener una fachada valiente, pero no puedo cuando es obvio que algo va mal, y el incidente de la carta de amenaza fue hace sólo una semana.

No pueden hacerme nada a plena luz del día, ¿verdad?

"Luna", tararea, y gotas de sudor se deslizan por mi espalda. "¿Qué tal si escribes tu número en la servilleta?".

Me tiende una servilleta y apenas puedo contener el grito ahogado cuando veo una gota de sangre en ella.

"No importa, me sangra la nariz". Me ofrece una débil excusa y me da un bolígrafo.

Si salgo de aquí sin hacer lo que me dice, podría hacer una mala crítica de mí, y una cosa de los hombres así es que siempre tienen razón.

"¡Luna!"

Me giro al oír mi nombre y veo a mi jefe haciéndome señas para que me acerque.

Nunca en mi vida me había alegrado tanto de que me llamara.

Una fuerte exhalación sale de mis labios y le dedico otra sonrisa.

"Lo siento, el deber me llama". Asiento con la cabeza en su dirección.

Su cara cae como si estuviera decepcionado, pero la ira acecha bajo la falsa decepción de sus ojos. No se me escapa cómo su puño se curva sobre la mesa.

"Claro, no queremos que te despidan, ¿verdad?".

Se tranquiliza y se mete la servilleta en el bolsillo. "Nos vemos en otra ocasión".

Asiento y me alejo, sintiendo al menos tres pares de ojos a mi espalda.

Mi jefa debió de ser enviada del cielo porque no estaba por ninguna parte cuando me dirigí hacia donde se encontraba.

Aprovecho para colarme en la sala de descanso.

Cuando cierro la puerta, me vienen a la mente los pasos que había oído aquella noche. En cuanto lo hago, se me humedecen los ojos y resurgen las emociones que he

intentado contener. Me agarro el pecho como si eso me ayudara a contener la respiración agitada y noto que las piernas me fallan.

No he vuelto a recibir otra carta desde la última, y tampoco he tenido la sensación de que me siguieran desde entonces, aunque he estado alerta.

Entonces, ¿por qué ahora?

¿Por qué vienen ahora que por fin parece que todo se ha arreglado? Pero ese es su motivo: atacan cuando bajo la guardia. Aún me pesa el pecho y me tiemblan las manos.

¿Quiénes eran esos hombres y cuál era su plan? Intento no asustarme y, por suerte, pronto terminaré de trabajar.

Los hombres parecían muy sospechosos, aunque no a primera vista, y soy consciente de que darme la servilleta para poner mi número era una advertencia.

"Dios", susurro mientras me tiembla la boca y me agarro la cabeza. Siento que me duele la cabeza, y ahora mismo no tengo mis pastillas para lidiar con eso.

"¡Joder, joder, joder!" Grito mientras me agito.

¿Por qué coño tengo que ser yo?

Pregunta tonta. Pero una que mi padre podría responder, excepto que está a dos metros de profundidad.

Mi teléfono suena en el bolsillo, recordándome que deje de sentir lástima por mí misma, y miro el identificador de llamadas para ver que es mi hermano.

Justo cuando una sonrisa está a punto de dibujarse en mi cara al recibir una llamada de mi hermano, el pavor sustituye a la felicidad que suelo sentir.

Estoy demasiado nerviosa para coger la llamada; me sudan las manos al deslizar la pantalla.

Me aclaro la garganta y hago acopio de toda la normalidad que puedo reunir antes de hablar.

"Hola, Lucas", saludo alegremente, sabiendo que igual se da cuenta de que algo va mal.

Permanece un rato en silencio. Creo que la llamada ha terminado antes de oír una fuerte respiración por los altavoces. Al instante, la bilis me sube a la garganta, pero aun así intento mantener la calma.

"¿Lucas?" Llamo.

"Luna", respira con voz entrecortada. "Por favor, ven y..."

¡Que me jodan!

"Lucas, ¿qué pasa? Di algo". Grito, sintiendo mucho pánico.

"Lu... por favor ven, por favor."

Apenas le oigo por su respiración agitada, pero sigo tan perdida que me frustra.

"Lucas", le llamo con la mayor calma posible, esperando calmarle a él también. "¿Dónde estás?"

Sus gritos aún resuenan en mis oídos, me arranco el delantal, lo tiro sobre una mesa y cojo mi bolso. No pienso en mi sueldo cuando me deslizo por la salida de emergencia hacia el oscuro callejón.

"¿Dónde estás, Lucas?" Grito, caminando a ciegas.

El frío me roza las manos desnudas, pero no es nada comparado con la sensación de vacío que siento en el pecho.

"En West ... Avenue. Un callejón", tartamudea.

No muy lejos de aquí.

"Estaré allí. Quédate conmigo, Lucas, y respira hondo, ¿vale?". Ordeno, aumentando mi ritmo.

"Joder, tengo... Duele". Gruñe.

Las lágrimas corren por mi cara y mi corazón late violentamente.

"Lo sé, cariño. Pero, por favor, quédate conmigo", te suplico. "Ya casi estoy".

Giro hacia la calle de West Avenue y cruzo precipitadamente la calzada.

"¡Mira por dónde vas, zorra!", grita un conductor mientras asoma la cabeza.

Le doy la espalda y me subo a la acera, ignorándole.

Probablemente algún gilipollas privilegiado medio borracho pero demasiado testarudo para no conducir.

Giro apresuradamente hacia el callejón y mi corazón late aún más rápido.

"¿Lucas?" Llamo tanto al teléfono como al callejón oscuro.

No hay nadie en la estrecha carretera, lo que me asusta aún más. No hay ninguna tienda abierta y no se oye nada, salvo algún ladrido de perro a lo lejos.

Ni rastro de Lucas.

"¡Lucas!" Grito, ahora caminando más rápido.

Aparto una bolsa de tierra con la tonta esperanza de que esté acurrucado tras ella, pero no está.

"Dios". Termino la llamada y me concentro en encontrarlo físicamente.

Si al menos hubiera alguien a quien preguntar.

Giro a la derecha en otra parte del callejón y me llama la atención una figura en el suelo. Corro hacia ella y rezo una breve oración, rogando a Dios que se apiade de mi jodida vida por esta vez.

Un suspiro sale de mis labios cuando me acerco y me doy cuenta de que es Lucas, pero el pánico sustituye al alivio cuando veo su estado.

Sólo en la cara tiene muchos cortes y aún tiene un cuchillo clavado en el muslo. Hay sangre en cada centímetro de su cuerpo, y apenas puedo encontrar piel clara.

Me agacho a su lado y me siento aliviado al notar el pulso. Justo cuando estoy a punto de marcar un número de emergencia, entra una contrallamada. Es un número desconocido, pero contesto porque quiero acabar de una vez.

No puedo decir ni una palabra antes de que hable la otra persona.

"Pague, Majors, o volveremos."

Un mensaje corto y claro, pero cuando termina la llamada, se me pone la carne de gallina y se me acelera la respiración. Entonces recuerdo que tengo que llevar a Lucas al hospital. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me concentro en la cantidad de sangre que ha perdido.

De repente recuerdo a los hombres del café de hoy y la sangre en la servilleta.

Han salido a por mí, y están usando mi punto débil. Mi única familia.

CAPÍTULO SEIS - Giovanni

La llamada a mi puerta aparta mis cansados ojos del portátil y los dirige a las grandes puertas de mi despacho. Mis ojos empiezan a bizquear de lo mucho que llevo mirando la pantalla, ojeando información sobre Harvey mientras espero expectante a mi asistente permanente temporal. ¡Qué ironía!

Un suspiro sale de mis labios cuando Eric, mi amigo, entra en su lugar.

"¡Eh, tío!", exclama con una sonrisa y una bandeja de papel en la mano.

Miro con nostalgia las dos tazas de café que hay en ella. Eric siempre está aquí para echarse unas risas y, francamente, estoy demasiado cansado para participar en sus conversaciones juguetonas, pero necesito un descanso del trabajo y él ha traído una ofrenda.

"¿Qué tal estás?" le pregunto mientras deja las tazas sobre mi mesa y se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio.

"Como nuevo". Sonríe.

Sorbo el café y noto al instante el efecto del líquido.

"¿Qué?" pregunto, enarcando una ceja cuando noto que me observa como un halcón.

"No puedo decir lo mismo de ti", murmura, acercando su silla.

"¿Qué quieres decir?"

Actúo como si no tuviera ni idea. Por supuesto, sé lo que quiere decir, pero sólo quiero oír lo que él cree que sabe. Eric siempre tiene una teoría para todo.

"No tienes tan buen aspecto como siempre", comenta.

"Vaya, gracias".

El sarcasmo tiñe mi tono y él se echa atrás.

"No quería decir eso, pero ya sabes lo que quiero decir, tío."

"¿Qué quieres decir?"

"Tienes unas bolsas en los ojos que hacen que parezca que no has dormido en días, tu corbata está torcida, lo que significa que estás estresado, y no me estás insultando como de costumbre, y eso sólo puede significar una cosa; no tienes ganas de verme ni de hablar".

Sus teorías.

Por primera vez, todas son correctas salvo la primera pequeña exageración, pero decido cerrarle el pico.

"Estoy bien", añado en tono más ligero. "No creí que te gustara que te insultara. Es raro que te guste".

Frunce el ceño ante mi sonrisa, y sé que no le he engañado.

"De verdad, tío, ¿qué pasa?"

Sacudo la cabeza y dejo la taza en el suelo.

"No te esperaba, Eric."

Se encoge de hombros. "Estaba por la zona, así que vine a ver cómo estabas".

Se rasca la nuca, mi señal de que está inquieto. Es evidente que está mintiendo. Le miro fijamente el tiempo suficiente para que sepa que me estoy tirando un farol.

"De acuerdo, bien". Levanta las manos. "Se dice que Joe te ganó por primera vez en diez años. Y fue entonces cuando supe que algo andaba mal, así que vine a ver cómo estabas. Lo que significa que no es del todo mentira".

Maldito Joe.

Por supuesto, omitiría la parte de que fue sólo por tres malditos segundos. Probablemente le haya dicho a la gente que ni siquiera pude encontrar el camino de vuelta por lo lejos que estaba. La mafia es como una comunidad; se corre la voz más rápido que un virus, y Joe es un bocazas. No me sorprende.

"Un golpe de suerte", añado despreocupadamente.

"A mí no me lo parece". Sonríe como el gato de Cheshire, y mi rostro sigue estoico cuando le devuelvo la mirada.

"¿Por eso has venido?" le pregunto.

"Eso y para ver cómo estás".

"De acuerdo, no estoy muerto. Sólo me ganó en una carrera un hombre-niño; por eso, la rabia".

Por el amor de Dios.

"Pero esa no puede ser la razón por la que estás perdiendo el sueño, ¿verdad?"

Me burlo.

Sus ojos se entrecierran.

"¿Entonces qué?"

Dejo caer mi bolígrafo. "¿Quién te envió aquí, Eric?"

"¿Es tan raro que quiera ver cómo está mi mejor amigo?"

"Un lunes por la tarde cualquiera, sí. Especialmente cuando no estás diciendo nada importante".

"¿Qué tal el viernes por la noche?", pregunta.

En otras palabras, ¿cuándo nos vamos de fiesta?

"Ocupado", ofrezco, en tono cortante.

No he ido a discotecas desde que conocí a la chica de pelo negro. Por alguna extraña razón, siento que es algo nuestro, y si voy a una discoteca, puede que me sorprenda a mí mismo buscándola.

"Sabes que necesitas tomarte un descanso, ¿verdad?", advierte.

Tiene una mirada seria.

"Sé que estás investigando la... muerte de tu padre. Lo siento, pero necesitas recuperar el aliento".

"Descansaré cuando el cabrón esté muerto", digo apretando los dientes.

"Ha pasado más de un mes, Gio. ¿No crees que es tiempo suficiente para que los asesinos cubran sus huellas?"

Sonrío. "Nadie me podría esconder algo, Eric. Parece que lo has olvidado".

"Esto te está agotando, tío."

"Entonces deja que me drene".

Mi paciencia se está agotando, pero no me gustaría pedirle que se fuera cuando

sólo ha venido por una buena causa. Aunque preferiría volver al trabajo.

"¿Algo hasta ahora?", pregunta tras unos minutos de silencio.

"Hasta ahora, callejones sin salida". Respiro. "Quizá si hubiera empezado antes, ya habría encontrado algo".

"No, tío, no es culpa tuya". Pero lo es. "No olvides que también te afectó la redada. Hospitalizado incluso después. Así que no es culpa tuya".

"Sólo deseo que salga ileso".

Eric es la única persona con la que hablo, por eso siempre sale por mi puerta libremente después de decir todas estas cosas. Nos hicimos amigos hace años en un evento al que asistimos con nuestros padres. Nos unimos por ser dos adultos lanzados a la mafia y desde entonces hemos estado muy unidos.

"Más que nada, yo también lo deseo, tío. Pero tienes que seguir adelante".

Si hay alguien que puede decirme que siga adelante, ese es Eric. Él perdió a sus padres de una manera brutal similar, y todavía me pregunto cómo es capaz de mantener su personalidad burbujeante con todo lo que ha pasado.

Cada uno tiene sus demonios y su forma de afrontarlos.

"Lo haré". Parpadeo. "Cuando encuentre al asesino".

Eric gime con fuerza ante su intento fallido.

"¿Puedes al menos asignar algún trabajo a tu ayudante?", sugiere antes de dar un sorbo a su café.

Mientras tanto, mi vaso ya se ha vaciado.

"¿Y tener a un empollón descuidado haciendo excavaciones sucias para mí?" Pregunto. "No, gracias."

"¿Pensé que tu asistente era una mujer?"

"La he despedido", le digo sin rodeos.

"¿Qué?", exclama. "Estuvo aquí la última vez que la visité, y eso fue hace sólo dos semanas".

Me encojo de hombros. "Era una incompetente y no podía quedarse".

Suspira. "Joder, tío, debes disfrutar de la soledad".

Un suave golpe me impide responder y alguien entra en mi despacho.

"¡Hablando de asistentes incompetentes!" exclamo sádicamente, frotándome las palmas de las manos. "¿Dónde has estado, Omar?"

Omar, mi ayudante, que apenas tiene una semana, llega con un aspecto descuidado. Lleva más de diez carpetas manila pegadas al pecho, los cordones de los zapatos desatados y las gafas colgando del puente de la nariz.

Por su aspecto, será difícil creer que se graduó con honores. Pero supongo que un título no lo es todo.

"Buenos días, señor", saluda, pero ignoro su saludo mientras Eric responde. Sigo demasiado ocupado mirando a mi lamentable excusa de asistente.

¿Cómo superó siquiera las tres fases de las entrevistas?

"Lo siento, señor", murmura, moviéndose sobre sus pies.

Levanto una ceja y espero su excusa.

"Tuve que atender una urgencia familiar y la impresora de mi despacho se estropeó, así que tuve que ir a la tercera planta a imprimirlos".

Permanezco en silencio porque me estoy alimentando del miedo en sus ojos. El miedo a lo desconocido. Él no puede saber lo que estoy pensando debido a mis facciones relajadas. Quiero darle un puñetazo en el estómago a Eric por asentir con simpatía.

"¿Qué relación tiene esto con los expedientes que debían presentarse hace dos horas?". Hago ademán de mirar mi Rolex.

"Lo siento. Si hubiera sabido que la impresora no funcionaba, habría sido más rápido".

"Si hubieras sabido que perderías tu trabajo hoy, al menos podrías haberte puesto ropa planchada para tu último día", disparo, ganándome una risita ahogada de Eric.

"¿Qué?" Omar jadea, con los ojos muy abiertos. "Por favor. Mi mujer es una ama de casa. Por favor".

"Entonces me pregunto por qué no entendiste la importancia de este trabajo", respondo, echándole en cara sus palabras.

Puedo decir que mintió sobre eso, pero ese no es mi problema. Voy a guardar la rabia hacia Harvey cuando me ponga en contacto con él.

"Por favor", suplica de nuevo, acercándose a mí.

Le lanzo una mirada severa y se detiene. Parece que se va a mear en los pantalones en cualquier momento, y lo único que me preocupa es la alfombra persa de mil dólares que pisa. Me estremece el barro de sus zapatos.

Razón de más para despedirle.

"Haz que Kylie revise los documentos de nuevo. Sólo porque sé que son erróneos". Su cabeza cuelga. "Y luego, limpia tu mesa antes de mañana."

"Por favor, señor, yo..."

Levanto el bolígrafo, todavía lanzando dagas a sus zapatos sucios sobre mi alfombra crema.

"Vete mientras puedas, Omar."

Antes de que te rompa la cabeza por arruinar mi oficina perfecta.

"Señor". Suspiro, y él se escabulle antes de que exhale completamente.

"Joder", gimo y me levanto de mi asiento para comprobar los daños en la alfombra.

De verdad, tiene una mancha marrón. Ojalá lo hubiera despedido antes.

"¿En serio?" Eric pregunta durante mi revisión del daño de la alfombra. "¿Acabas de despedir a alguien y te preocupa una alfombra?".

"Una nueva edición, alfombra de dos mil, sí", defiendo.

"Sí, pero acaban de despedir a un padre y marido".

Maldito hipócrita. "Yo no era el que se reía de su difícil situación, ¿verdad?"

Se calla ante eso y vuelve a hablar.

"No seré yo quien se quede sin ayudante, ¿verdad?". Resopla.

"Dame una semana y Omar será reemplazado".

"Un día pondrás vacantes y no recibirás ninguna solicitud", bromea.

"Eso es imposible, y lo sabes". Sonrío. "A menos que tengas algo que ver con ello".

"Creo que tienes mucho que hacer en tu escritorio". Sus ojos se posan en la montaña de archivos que hay a un lado.

No lo demuestro, pero mierda, realmente necesito conseguir un nuevo asistente, o

eventualmente podría quemarme.

"¡Vete a la mierda!"

CAPÍTULO SIETE - Luna

Abro los ojos a regañadientes debido al incesante pitido de mi mesilla de noche. Estoy segura de que aún no ha amanecido, a juzgar por la luz de la luna que aún se cuela por mis cortinas abiertas. Lo que significa que no es una alarma. Entonces, podría ser una llamada telefónica.

El pitido se detiene justo cuando me estiro para coger mi teléfono.

"Oh, bueno", murmuro, dándome la vuelta e inmediatamente cerrando los ojos y volviéndome a dormir.

Ni siquiera un minuto después, el pitido se reinicia y, por alguna razón, suena molestamente más fuerte que antes.

¿Puedo tomarme un respiro?

Después de un turno de ocho horas por trabajar horas extra para ganar más dinero, me vendrían bien seis horas de sueño antes de tener que arrastrarme a la boca del lobo mañana. Además, en mi cabeza suena una banda en directo y busco la aspirina que me tomé antes de dormirme.

Me meto dos pastillas en la boca, las trago en seco y me agarro la cabeza por el dolor Mientras me fuerzo a tragar la pastilla, el pitido se detiene.

"¡Por el amor de Dios!" Gimo cuando se reanuda el pitido.

Más vale que sea importante.

Cojo el móvil de la mesilla y mi dolor de cabeza empeora cuando veo el identificador de llamadas. Al instante, todo rastro de sueño desaparece y me pongo alerta cuando veo a Lucas en la pantalla. Sin embargo, la llamada termina justo cuando estoy a punto de cogerla.

Hablamos sin parar desde el ataque. Recuerdo el alivio que sentí cuando vi que su pecho subía y bajaba, aunque lentamente. Sin embargo, tenía que volver a su piso de la universidad porque era la semana de los exámenes.

Su repentina llamada hace que me arrepienta de no haber insistido en que se quedara en mi casa a pesar de su terquedad. No hay mucho que puedas hacer cuando un

veinteañero insiste en que quiere hacer algo.

"Joder. ¿Qué pasa ahora?" Pregunto más a Dios que a mí mismo.

Me vendría bien un descanso de los juegos ahora mismo.

Justo cuando estoy a punto de devolver la llamada, aparece una notificación de texto en mi pantalla y la pulso inmediatamente. Veo que es de Lucas.

"¿Puedes venir? Es urgente, por favor".

Gimo contra la almohada, preparándome mentalmente para salir a las dos de la mañana.

El texto no parece urgente y el médico me aseguró que Lucas estaba bien, pero no puedo evitar la sensación de inquietud.

En un instante, salgo de la cama. Me visto con el piloto automático y salgo corriendo por la puerta, apretando el bolso y el teléfono contra la oreja mientras sigo intentando localizar a Lucas. Las llamadas van directas al buzón de voz, lo que me irrita aún más.

Con él, conmigo misma, con todo el puto mundo por no darme un respiro.

Hago señas frenéticamente al primer taxi, pero siento un golpecito en el hombro justo antes de subir.

Estoy tan cansada que me giro para regañar a la persona, pero lo que me recibe es una bofetada aguda y dolorosa en la sien.

Un grito agudo sale de mis labios por el dolor del impacto y caigo al suelo con un fuerte golpe. El dolor es suficiente para partirme la cabeza en dos, y noto que me sale sangre. Mis ojos se cierran lentamente y, justo antes de que lo hagan, me empujan al asiento trasero del coche antes de que todo se quede en blanco.

Las voces de fondo se desvanecen. Lo único que huelo es la muerte.

******

Jadeo fuerte cuando siento que el líquido helado me empapa generosamente. Chisporroteo y escupo el agua, y justo cuando intento apartarme el pelo de la cara, me doy cuenta de que no puedo mover las manos porque las tengo sujetas.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que tengo las manos atadas a los brazos de una silla y las piernas fuertemente atadas a los tobillos. Justo cuando vuelvo a levantar

la cabeza, recuerdo el dolor de cabeza que nunca me había dejado.

"¡Joder!" Gimo.

Intento emitir un sonido, pero me han cerrado la boca y sólo puedo gemir.

¿Dónde estoy?

Mis ojos borrosos escrutan mi entorno y me estremezco ante la mera visión. Estoy en lo que parece una especie de sótano de mierda. Está lleno de sangre. Hay sangre por todas partes, en las paredes sucias y en el suelo. Mi silla es el único mueble de la pequeña habitación; la única fuente de luz es un agujero redondo del tamaño de un puño en la pared. También soy la única persona dentro.

¿Qué ha pasado?

Me quedo en blanco cuando intento recordar por qué estoy aquí. Con un poco más de esfuerzo, recuerdo despertarme con el pitido de mi teléfono y luego el mensaje de...

Lucas. Joder, espero que esté bien.

No recuerdo haber llegado a su apartamento porque, desde luego, no es éste. Finalmente, atribuyo el origen de mi dolor de cabeza al golpe que me ha dado en la cabeza un intruso sin rostro.

Entonces, me doy cuenta. Me han secuestrado.

¡Oh, mierda!

Ese es el mantra en mi cabeza mientras sigo mirando frenéticamente alrededor de la habitación en busca de cualquier fuente de vida.

Mi estómago elige ese instante para gruñir hambriento, recordándome que no he comido nada en lo que parecen días. Por lo que veo, no tengo más magulladuras en el cuerpo, así que solo puede haber una razón para que me hayan secuestrado.

La maltrecha puerta chirría al abrirse y noto cómo se me suben las compuertas al oír pasos que entran con fuerza. Está demasiado oscuro para saber quién está ahí, y además soy jodidamente muda, así que ni siquiera puedo comunicarme con la persona.

Espero con la respiración contenida a que el desconocido se acerque a mí. Siento cómo se acerca incómodamente a mí antes de que un horrible hedor me abanique la cara.

"Estás despierta", apunta y zumba una voz grave y entrecortada.

Me gustaría poder ver algo, al menos, o hablar.

Siento un dedo sobre la cinta adhesiva de mi boca antes de que la arranque de un tirón.

"¡Dios!" exclamo mortificada de dolor y me relamo los labios para tranquilizarme. "No has podido ser más suave, ¿verdad?".

La última parte es un murmullo, pero debe de haberme oído porque me castiga con una fuerte bofetada en la mejilla izquierda.

"Cuida tu boca, o la pondré en uso", grazna antes de escupirme a la cara.

Ew.

Tengo tantas ganas de limpiarlo, porque noto que me gotea hasta la comisura de los labios, pero, de nuevo, no hay mucho que pueda hacer cuando tengo las manos inmovilizadas, y el escozor que siento en la mejilla hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

Sólo puedo pensar en Lucas.

"¿Dónde está Lucas?" Pregunto en voz baja.

El hombre se ríe antes de que le oiga encender un mechero.

"Te engañamos con eso, ¿no?", pregunta, y mi respuesta es una mirada de desconcierto. "No podría importarme menos dónde está tu hermano".

"Entonces, ¿cómo ..."

Su sonora carcajada interrumpe mi pregunta. "Los textos, ¿eh?"

Se pone en cuclillas a mi altura y casi me dan arcadas por el penetrante olor a cigarrillos con colonia.

"Sabes que mi mamá siempre decía que no hay que tener un punto débil, porque los malos sólo lo explotarán".

Sus dedos recorren mi muslo, pero espero pacientemente a oír que mi hermano está bien.

"Quizá si tu madre te hubiera enseñado eso, no estarías aquí".

"Por favor", suplico abatida. "¿Dónde está mi hermano?"

Se levanta de nuevo y yo exhalo. "Sabíamos que era la única forma de sacar tu

bonito culo de tu casa, así que hicimos lo que teníamos que hacer. Muy fácil".

Suelta una risa sádica.

Por fin empiezo a encajar las piezas.

"¿Me has engañado?" Me doy cuenta.

"Explotado", corrige.

¿Cómo pude ser tan estúpida? Por supuesto, Lucas está a salvo; los cabrones hackearon su teléfono y me enviaron esos mensajes. No me extraña que no dijeran nada cuando cogí la llamada.

"Dios", gimo y echo la cabeza hacia atrás.

Por mucho que me preocupe por mi vida, me siento aliviada de que Lucas esté a salvo. Una cosa menos de la que preocuparse.

Ahora sólo necesito saber una cosa más.

"¿Por qué estoy aquí?" pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

Su risa burlona me lo dice todo. Se acerca a la puerta, toca un interruptor y se enciende una luz mortecina. No hay suficiente luz para distinguir sus rasgos, pero sí para ver el tatuaje de su antebrazo.

El mismo del sello.

"Adivina", se burla, mostrándome el tatuaje para que lo vea mejor.

La mafia americana.

"Por favor", suplico.

"Por favor", imita y estalla en carcajadas. "Llega cinco años tarde, señorita".

Tenía razón sobre los chicos del café después de todo.

Pero no es como si yo hubiera llamado a la policía cuando mi padre me utilizó como garantía de sus deudas.

"Tu viejo se habría ocupado de esto hace mucho tiempo", tararea. "Pero era demasiado orgulloso para ver más allá de su ego y codicia".

"Pero sólo soy su hija".

"Lo que lo hace aún más perfecto", concluye. "Ni siquiera intentó salvarte, Luna".

"Dios, por favor. No gano lo suficiente para pagar sus deudas", suplico.

Entre tener tres trabajos, cuidar de los gastos de mi hermano y mi vida personal, hacer hueco a la deuda de ochenta mil dólares de mi padre no está precisamente en mi lista de cosas que hacer antes de morir.

"Pero papá querido sí". Se ríe entre dientes. "Sin embargo, se negó".

¡Dios, vete a la mierda, papá! Donde quiera que estés, rezo para que te revuelvas en tu tumba.

"Tengo dinero ahorrado", suelto.

"¿En serio?" Sus orejas se agudizan. "¿Cuánto?"

Gimo antes de decir la cantidad. "Cinco de los grandes".

Deja escapar otra risa sádica. "Eso no alcanza ni para un cuarto de las deudas".

"Pagaré el resto. Por favor, dame tiempo", le suplico desesperadamente.

"Tiempo". Me echa nubes de humo a la cara. "¿Y cuántos años tendrías que trabajar para reunir los setenta y cinco mil restantes?".

Golpe bajo. ¿Qué tal veinte?

"Sí. Eso pensaba", murmura cuando no respondo.

Permanece un momento en silencio mientras yo sigo murmurándole súplicas. El sudor corre rápidamente por mi espalda mientras las lágrimas resbalan por mi cara. Me siento tan pegajosa, pero un baño es lo último que tengo en mente.

"Y por eso he venido con una nueva oferta". Sonríe maníacamente.

Mi corazón da un salto de esperanza y miro hacia él. No sé si lo dice en serio o si está jugando con mi mente.

"¿Cuál es la oferta?" pregunto sin rodeos.

"Tu audacia es admirable". Se ríe entre dientes. "La vas a necesitar".

¿Qué quiere decir?

"Escucha, Luna." Se agacha a mi nivel una vez más, bañándome con su mal aliento. "Si quieres ayudar a papá a pagar sus deudas, vas a tener que ayudarme ya que no tienes el dinero precisamente".

Como si no lo supiera.

"Ayuda es una palabra muy fuerte", murmuro. "Sólo hago esto por la vida de mi hermano y la mía".

Espero otra bofetada suya, pero me sorprende con una palmada.

"Aún mejor". Sus ojos brillan de orgullo como si acabara de terminar una interpretación. "Mejor, significa que será más personal".

¿De qué habla este hombre?

"Seguramente te preguntarás a qué me refiero".

¿Ah, sí?

Chasquea los dedos y otro tipo entra en la habitación. Le da al tipo maloliente un trozo de papel y lo deja caer sobre mi regazo.

"Giovanni Matthieson", leí.

"¿Has oído hablar de él?" Apaga el cigarrillo mientras me mira.

"No", respondo con sinceridad.

"Es un fastidio". Hace un mohín. "Podría haber hecho tu trabajo más fácil."

¿Qué pasa con los chicos malos y los pucheros?

"Pero no te preocupes, no es un problema", me asegura.

"¿Qué quieres de mí?"

"Buena chica", elogia. "Este hombre aquí es un tipo malo, terrible. Y tiene mucho poder. Poder que me sería útil".

¿Cómo se paga la deuda?

"Seguramente te preguntarás cómo entras tú en esto". Sonríe satisfecho. "Para conseguir ese poder, necesitamos toda la información sucia que podamos sacarle. Es la única forma de acabar con él".

Levanto una ceja.

"Tu trabajo es conseguir esa información", me dice, y yo me quedo en blanco.

¡Tienes que estar bromeando!

Sus palabras me dejan en silencio.

"¿Cómo voy a hacerlo?". Pregunto lo obvio.

Se ríe y se levanta. "Eso te toca a ti averiguarlo, señorita. Eres un genio, debería ser fácil".

"Yo no..."

"Cinco meses", ladra y se vuelve hacia mí. "Es todo el tiempo que tienes para conseguirnos esa información".

"¿Qué? ¿Cómo? Ni siquiera sé qué se supone que tengo que conseguir".

"Shhh", me arrulla. "Ya te darás cuenta".

Señor, llévame ahora. Espera; Lucas.

"Si no puedes cumplir esto al cabo de cinco meses, tu hermano morirá".

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero lucho por contenerlas porque sé que eso es lo que quiere ver.

"¿Y si lo hago?" Me atrevo a preguntar.

"Si", subraya, "lo haces, entonces considera la deuda saldada".

Chasquea los dedos.

Lo hace parecer fácil, pero no soy estúpida. Debe ser serio o peligroso si está usando la deuda de mi padre para aclarar esto.

Pero vale la pena intentarlo. Para vivir por fin una vida normal y que esta deuda deje de rondar mi cabeza. También para dejar de mirar siempre hacia atrás y proteger a Lucas. Todo valdrá la pena.

Sólo tengo que averiguar cómo conseguir lo que quiere.

"Trato hecho".

CAPÍTULO OCHO - Giovanni

Mi interfono emite un pitido y lo pulso, esperando a que hable mi secretaria.

"Señor, el candidato para la entrevista está aquí".

Sonrío ante sus palabras. Ha pasado más de una semana desde que Eric hizo una apuesta conmigo, y desde que me di cuenta de que si no consigo un ayudante, me quemaré.

Hay que reconocer que fue un poco difícil encontrar un ayudante. Pero no porque no fueran lo suficientemente buenos, sino porque su currículum no parecía atractivo. Hasta hace dos días, cuando me enviaron un correo electrónico de última hora a mi cuenta. Normalmente, desecharía el correo y cancelaría la entrevista, pero el candidato tenía un currículum casi perfecto.

"Que pase", respondo antes de pulsar el botón de fin.

Normalmente tengo una vaga idea de qué esperar de los nombres de las personas, pero no puedo decir lo mismo de éste.

Luna Majors.

Bastante desconocido, pero, de nuevo, no tengo mis oídos en el suelo todo el tiempo.

Suena un suave golpe y miro la pantalla sin mirar a la puerta.

Finalmente lo hago, y entonces, pierdo todo atisbo de compostura cuando mi respiración se detiene en mi garganta.

Un aura familiar la rodea desde el momento en que entra. Siento una extraña calma en el pecho y me doy cuenta de por qué en cuanto levanto la vista.

Sus ondas negras caen en cascada sobre sus hombros, sus ojos marrones brillan. Tal y como estaban la noche que nos conocimos.

Se da la vuelta para cerrar la puerta y, con vergüenza, dejo que mis ojos recorran su cuerpo.

Perfecto.

Lleva un vestido negro ajustado que la ciñe en los sitios adecuados y unos tacones de aguja hechos para sus pies perfectos y sus largas piernas.

Su desodorante llega hasta mis fosas nasales y lo inhalo con avidez.

Todo esto ocurre en un momento, y cuando se vuelve para mirarme, su sonrisa vacila un segundo, pero sigue manteniendo una leve mueca en el rostro.

"Buenos días, señor", saluda y baja brevemente la mirada.

Me reconoce.

Eso es obvio, pero también me doy cuenta de que finge no hacerlo.

Sus pasos seguros hacia mi escritorio son mi perdición cuando pienso en acercarla a mí para terminar lo que habíamos empezado esa noche, lo que habría sido inevitable si no hubiera huido.

Camina con la elegancia y el aplomo de una supermodelo, lo que me hace mirarla dos veces.

"Buenos días".

"Me llamo Luna Majors. Estoy aquí para la entrevista", se presenta.

Su voz aterciopelada se desliza en mis oídos como olas que llegan tímidamente a la orilla y se retiran.

"Luna", repito.

La sorprendo respirando hondo. Definitivamente me reconoce. Sonrío ante su reacción. Dos pueden jugar a esto.

"Siéntese", le ofrezco. Ella se sienta frente a mí y deja las carpetas en mi escritorio.

Su olor es aún más penetrante por su proximidad, y para resistir el impulso de acercarme a ella, subo la guardia.

"Llegas tarde", observo.

Parece sorprendida y me mira bruscamente. En sus ojos se arremolinan emociones que no logro descifrar.

"Dos minutos tarde. Y no volverá a ocurrir. Lo siento", me asegura.

Asiento con la cabeza y vuelvo a examinar su expediente.

"Bien", respondo.

Contengo una sonrisa cuando veo que me mira con los ojos entrecerrados.

"Te graduaste en dirección de empresas". tarareo.

"Con honores", añade mientras sus labios se estiran en una amplia sonrisa.

"¿En qué te va a ayudar este título como asistente mía?".

Ella inhala y yo mantengo los ojos pegados a su cara para evitar que se desvíen hacia su pecho.

Concéntrate, maldita sea.

"El grado en gestión empresarial me permite tener adecuadamente una amplia comprensión de las organizaciones empresariales y me proporciona conocimientos en finanzas, planificación y estrategia empresarial."

Su voz fluida es cautivadora, y no la interrumpo hasta que termina.

"Tu cualificación es impresionante", la felicito. Ella sonríe. "Demasiado impresionante para este trabajo".

Se ríe por lo bajo.

"Los trabajos ya no favorecen las cualificaciones. Esta es mi mejor oportunidad en el mundo empresarial".

Asiento con la cabeza y golpeo ligeramente la mesa con el bolígrafo.

"Hay muchas cosas que engloban ser asistente personal", le recuerdo. "Mi asistente personal".

Se queda callada, esperando a que continúe.

"Soy un hombre ocupado. Dirigir una de las mayores empresas tecnológicas me convierte en tal". Mi voz no es jactanciosa, sólo objetiva.

"Dicho esto, tengo muchos compromisos y tendrás que estar presente. Desde viajes a reuniones, y se espera que estés siempre conmigo".

"No tengo ningún problema con eso".

"¿Cuánta confianza tienes a la hora de resolver problemas?".

"Mucho. También asistí a un curso de resolución de problemas durante seis meses, así que diré que estoy bien versada en ese aspecto."

"¿Te duermes tarde?" Pregunto.

"¿Disculpe?", vuelve ella.

"Sólo quiero estar seguro de tu puntualidad. Llegar tarde equivale a incompetencia, y no lo toleraré".

Me mira con complicidad.

"No me quedo hasta tarde, señor."

En mi cara se dibuja una sonrisa de suficiencia. "¿Nada de trasnochar, ir a discotecas o bailar?"

Se aclara la garganta y tose, con las mejillas sonrosadas por la vergüenza.

"No, señor", miente con los dientes apretados. "Nada de salir por la noche".

Mi pecho vibra en un zumbido.

"De acuerdo entonces."

Mi lengua me roza el labio inferior, y sus ojos se quedan enganchados ahí un segundo antes de arrastrarlos de nuevo a mi cara.

Al menos el sentimiento es mutuo.

"¿Dónde más has tenido experiencia laboral antes de esto?".

Se pasa el pelo brillante por detrás de las orejas antes de responder.

"No he trabajado antes en ninguna empresa".

Parece nerviosa, como avergonzada.

"Está bien."

Sus hombros se relajan al instante ante mis palabras.

"Tras repasar tu currículum, ya sabía que eras la persona adecuada para el puesto, pero antes necesitábamos tener una entrevista formal".

Eric se daría la vuelta riéndose de lo simpático que soy cuando sabe que nunca lo soy. Parece que Luna saca una parte de mí que no sabía que existía.

Luna.

Su nombre es como una melodía para mis oídos. Calmante y tranquilizador. Casi como si quisiera seguir diciéndolo; nunca lo olvidaré.

"Se lo agradezco", responde ella.

"Dicho esto, te daré una oportunidad". Exhala aliviada. "Una oportunidad significa que trabajarás aquí los tres primeros meses a modo de prueba, y durante ese tiempo, trabajarás sobre hielo fino. Si no nos impresionas durante esos meses, tendremos que despedirte".

Cómo dejé ir a los otros siete.

Aunque una parte de mí espera que no llegue a eso con Luna. Porque esa parte de mí quiere que se quede aquí mucho tiempo.

CAPÍTULO NUEVE - Luna

Exhalo aliviada, habiendo terminado todo lo que tenía que hacer por hoy. Juro que es como si este hombre dejara tareas a la espera de su próximo ayudante, porque díganme por qué llevo seis horas trabajando sin parar. Sin embargo, eso no hace que eche de menos la cafetería. Sobre todo porque tengo una vista clara de él mientras trabajo.

Me resisto a levantar la cabeza, pero al final lo hago. Le miro fijamente a través del cristal transparente que separa nuestros despachos. Hay una cortina para eso, pero probablemente quiere comprobar mi ética laboral o sabe que quiero mirarle a él. Su sonrisa cómplice durante toda la entrevista me dice todo lo que necesito saber.

¿Qué probabilidades hay de que mi salvador sea ahora mi nuevo jefe y, para colmo, la persona a la que se supone que estoy espiando?

Dispárame, por favor.

Sólo han pasado unos días desde que empecé a trabajar aquí; no he recibido ningún mensaje de seguimiento de la mafia, lo que me da tiempo para fingir que soy una persona normal que ha conseguido el puesto de ayudante del hombre más sexy del mundo.

Ojalá la vida fuera así de fácil.

Al menos mi despacho me lo pone más fácil. Es más grande que mi dormitorio, con un gran escritorio de contrachapado para mí y una silla giratoria. También hay una bonita alfombra que me tienta a trabajar descalza. La luz natural se filtra por las ventanas del suelo al techo y me permite ver la ciudad. Para colmo, mi jefe no es tan problemático.

Su rutina es prácticamente la misma todos los días. Entra en la oficina exactamente a las siete de la mañana. Lo sé porque llego una hora antes que él. Pasa los primeros minutos del día contestando correos y hablando por teléfono. Está constantemente organizando reuniones de Zoom, al menos dos veces al día. Lo sé porque suelo sentarme frente a él cuando lo hace.

Sólo toma café cuando está completamente agotado, lo que significa que no es algo

cotidiano. No recibe clientes en su despacho, por eso tiene la sala de conferencias. Aparte de algunos trabajadores, las dos únicas personas a las que deja entrar en su despacho son Eric e Iván, de quienes he deducido que son sus amigos íntimos. No me he molestado en investigar su rutina, pero sé que si Giovanni tuviera que tener un punto débil, serían los dos.

Es un perfeccionista, y eso hace que me aterre más lo que tengo que hacer. Insiste en fuentes y esquemas específicos.

En este momento, está mirando la pantalla de su ordenador mientras revisa unos papeles que le entregué el día anterior. El trabajo habría sido fácil de no ser por la presión a la que me sometía para conseguir su información.

Sigo engañándome a mí misma diciéndome que mirarle me hace observarle más. Pero la verdad es que mirarle me da vértigo. Tiene las mangas arremangadas y la punta del bolígrafo en el labio. Un hábito que tiene cuando intenta concentrarse.

Se pasa la mano por el pelo y aprovecha para detenerse un segundo. Sus labios se curvan lentamente en una sonrisa burlona, y ondas de calor cubren mi cuerpo cuando sé que me han pillado.

Me aclaro la garganta y sigo trabajando, agradecida de que no me haya puesto más incómoda llamándome. Mi intercomunicador emite un pitido.

Hablé demasiado pronto.

"¿Tiene problemas para concentrarse, Majors?"

Su tono no es burlón, pero sé que eso es lo que está haciendo porque sigue teniendo esa sonrisilla bailándole en los labios.

Lo que haría por verle sonreír de nuevo.

"No, señor. Sólo estoy tratando de encontrar ideas para su próximo lanzamiento".

Mentiras.

Parece que sabe que miento porque la sonrisa de satisfacción no se le borra de la cara cuando suelta el interfono y vuelve al trabajo.

Mi primera semana ha sido más agitada de lo que esperaba.

Cuando termino la jornada, tengo el cuello agarrotado y siento que mis piernas necesitan ejercicio. Después de montar su discurso, con la ayuda de mis conocimientos de tecnología e investigación, he averiguado cuántas cámaras tiene en toda la

organización. Que son muchas. Francamente, eso es lo que más me ha agotado.

Tiene tres solo en su despacho, pero ninguno en el mío, lo que me hace dudar. Cuando vuelvo a mirarle por reflejo, no está en su silla como de costumbre. Pero me doy cuenta de que sigue ahí porque no ha metido el ratón ni ha girado el ordenador hacia la silla.

Cojo mi bolso y decido marcharme como debía haber hecho hace horas. Me cuesta recordarme a mí misma que no estoy aquí solo como ayudante; es hora de que sea la salvadora de mi hermano.

Hablando de mi hermano, saco el móvil y veo que ha contestado al mensaje que le envié hace una hora.

"¡Estoy bien! Sólo un poco estresado por la escuela".

Le envío una cadena de corazones y vuelvo a dejar caer el móvil en el bolso. No le he contado lo que ha pasado porque solo le asustaría, y no quiero que viva constantemente vigilando su espalda como yo.

Tardo menos de un minuto en recomponerme para salir, frente a la hora que tarda Giovanni en hacer lo mismo, simplemente porque todo debe estar exactamente como antes.

Salgo de la oficina y cierro la puerta tras de mí, sólo para girarme y chocar de frente con alguien.

"Lo siento", me disculpo.

Levanto la vista y veo a la quejica secretaria de planta, Elvira. Casi pongo los ojos en blanco. Su cara es una extraña combinación de mala leche y simpatía, pero sólo hay una parte que quiero explorar. Estar en malos términos con la secretaria de planta no ayudará a mi misión.

"Está bien". Pega una sonrisa falsa en su cara sin ningún signo de emoción, sin duda debido a los kilos de inyecciones bajo su piel.

Estoy a punto de darme la vuelta e irme, pero su voz me detiene en seco.

"¿Cómo va el trabajo hasta ahora?", pregunta en esa extraña combinación de "zorra-amable". No sé cómo lo hace.

"Va bastante bien", le respondo, volviendo a mirarla.

"No te veo mucho por aquí", comenta mientras me mira de pies a cabeza.

¿Y ahora qué?

"Suelo estar ocupada". Me río entre dientes, esperando ya el final de esta incómoda conversación.

Se burla. "No te gastes".

"Porque es innecesario", añade y se encoge de hombros.

"¿Qué quieres decir?" le pregunto.

Susurra como si estuviera a punto de darme la información por la que estoy aquí.

"Escucha, no hay nadie que haya durado aquí más de un mes. Así que, si te gastas demasiado, cuando te vayas de aquí con tu último sueldo, te arrepentirás de todo el esfuerzo que has hecho."

Naturalmente, temería perder mi trabajo, pero me limito a mirarla sin comprender.

"¿Y tú?" Le hago un gesto con la cabeza.

"Bueno, yo soy diferente". Ella guiña un ojo. "Creo que Giovanni tiene cierto cariño cuando se trata de mí".

Seguro que no le llamaría Giovanni si estuviera aquí.

"Si te tenía tanto cariño", sonrío. "¿No crees que estarías en esa oficina a su lado y no de pie detrás de un mostrador todo el día?".

Le dirijo una dulce sonrisa y ella jadea como si acabara de darse cuenta.

"No sabes lo que dices", se burla.

"Tú tampoco", disparo. "Ahora si me disculpas."

La esquivo y mis tacones tintinean ruidosamente mientras me dirijo al ascensor, sintiendo aún el calor de su mirada en mi espalda.

Al menos mi cuerpo le da algo que mirar.

Llevo usando ropa entallada desde que empecé a trabajar aquí e incluso he sacado dinero para comprarme ropa nueva.

Me digo que es para estar guapa, pero una pequeña parte de mí sabe que es por cómo la mirada acalorada de Giovanni me clava cada vez que me ve.

El pasillo está tranquilo porque en esta planta sólo hay dos oficinas, la sala de

conferencias y la sala de descanso. En esta planta solemos estar solo Elvira, Giovanni y yo.

Estoy agradecida por ello, porque lo último que quiero es hacer demasiados amigos durante una misión como esta. Sólo conseguiré amistades rancias cuando al final tenga que marcharme o quizá cuando me cojan y me lleve la policía.

Dios sabe que aún no he pensado tan lejos, pero sólo porque aún estoy en el nivel superficial.

Las puertas del ascensor suenan y se iluminan antes de que las puertas de acero fresno se abran a un vasto espacio. Subo, miro hacia las puertas y pulso un botón mientras éstas empiezan a cerrarse lentamente. A pocos centímetros de que se cierren del todo, una mano sale disparada entre ellas, haciendo que se abran de nuevo.

Mis ojos se fijan en la mano entre las puertas, y no necesito que un adivino me diga quién es. Sin embargo, tengo que alimentar mis ojos.

Recorro con la mirada su gran mano y su antebrazo antes de llegar a su cara. Lleva el pelo despeinado y habla por teléfono mientras espera a que se abran las puertas.

Es como si el tiempo se ralentizara cada vez que está a mi lado. Las puertas se abren por completo y él entra como un león a la caza de su presa. Sus ojos entrecerrados se clavan en los míos, pero sigue concentrado en la llamada. Casi me asusto cuando las puertas vuelven a cerrarse.

El ascensor comienza a descender desde el piso veintiuno, atrapándome en un abrazo de su aroma amaderado con un tono cítrico subyacente. El olor recorre mis fosas nasales como un antídoto y quiero acercarme para sentirlo más.

"Te espero mañana para repasarlo más a fondo".

Su voz suena más cercana que nunca, y la vibración me produce escalofríos y me recorre la espalda. Puedo oír cada eco de su voz de barítono, que me hace desear que esté dirigida a mí.

"Te enviaré un correo electrónico", concluye, quitándose el teléfono de la oreja.

El silencio ha aumentado la tensión; es tan densa que no se puede cortar. El corazón me late con fuerza en el pecho. Bajamos en silencio durante unos segundos antes de que él hable.

"Luna", respira.

Hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre que me pone rígida. Sólo le respondo con un movimiento de cabeza, y él me mira, imponente sobre mí, y se acerca un paso. Quiero retroceder, pero estoy atrapada entre su cuerpo y la pared.

"Luna", vuelve a llamar como si quisiera confirmar algo.

Me mira a la cara y se fija en mis rasgos.

Mis ojos se clavan en su rostro expectante. "Giovanni", le susurro.

No sé qué me ha dado el atrevimiento, pero algo me dice que, en este momento, él no es mi jefe. Él es Giovanni, y yo soy Luna. Sólo dos adultos.

Ojalá la vida fuera así de fácil.

Cierra los ojos cuando menciono su nombre, echa la cabeza hacia atrás y apoya las manos en la pared a mi lado.

"Eres tú", susurra como confirmación.

Inclino la cabeza hacia abajo para escapar de la intensidad de su mirada, pero él fija el dedo en mi barbilla y vuelve a levantarla.

"¿Por qué te fuiste?"

Sus dedos recorren mi barbilla y mi mejilla, dejando piel de gallina a su paso.

"No creía que fueras a volver", respondo con sinceridad.

"Lo hice", responde, sus ojos revoloteando hacia mis labios. "Y tú también".

Se acerca y mi pecho se levanta cuando sus ojos se quedan pegados a mis labios. Su cabeza baja unos centímetros hasta la mía y sus ojos entrecerrados miran hacia arriba y se clavan en los míos.

No sé qué ve ahí. Tal vez deseo, porque su cabeza reanuda su lento descenso hasta mi nivel. Mi mano libre se mueve por voluntad propia y se aferra a la suave tela de su camisa. El calor se apodera de mí y noto cómo el líquido ya se acumula en mi ropa interior.

Esto tiene que ser un superpoder. Eso, o he sido célibe durante demasiado tiempo.

Su lengua sale y se moja el labio inferior, y la pequeña cicatriz de su labio brilla, dándome ganas de pasarle la lengua por encima.

Levanto ligeramente la cabeza y cierro los ojos, esperando el suave roce de sus

labios sobre los míos. Exhala sobre mis labios, y su aliento mentolado con un ligero olor a café me hace sentir más necesitada, y separo los labios.

En este instante, no pienso en la mafia, ni en la información que se supone que debo obtener, ni en el peligro que corre mi vida. Lo único que pasa por mi cabeza es el deseo. Tanto deseo; todo lo que puedo sentir, oler y tocar es Giovanni.

Un fuerte ping me hace abrir los ojos de golpe. El ascensor se ilumina y sus ojos reflejan anhelo antes de dar un paso atrás, justo cuando se abren las puertas.

Me aclaro la garganta y me recompongo a su lado, sintiéndome confusa por la interrupción.

Por un lado, estoy decepcionada, pero por otro, es una llamada de atención. Un recordatorio de por qué estoy aquí y por qué debo mantener la concentración.

"Buenas noches, señor", asiento y me alejo a grandes zancadas del ascensor.

Siento sus ojos clavados en mí cuando entro en el vestíbulo, pero también siento el deseo que no se ha saciado y lo pretendo ignorar.

CAPÍTULO DIEZ - Giovanni

Me quedo mirando las fotos de mi escritorio hasta que se me cruzan los ojos mientras pienso en todos los escenarios que me gustaría que ocurrieran mientras veo cómo se le va la vida. Paso a la siguiente foto, le doy la vuelta y veo un sello en ella.

"Este sello", le murmuro a Iván, que acerca su silla para mirar la foto conmigo. "Lo he visto en alguna parte".

Golpeo la imagen mientras refresco la memoria para recordar dónde he visto el extraño logotipo de lo que parece ser un águila magullada alzando el vuelo.

"Ese es el sello de todas las fotos que encontramos en su casa, jefe", confirma Iván.

Vuelvo a mirar la foto y caigo en la cuenta de que la persona no me resulta familiar. Mi padre tenía mucho poder, poder que venía acompañado de muchos enemigos, lo que significaba que tenía mucha seguridad. A pesar de eso, tengo una vaga colección de todos los que trabajan como seguridad en la casa o en la organización.

Todos menos Harvey.

"¿Cuándo empezó a trabajar para nosotros?" Le pregunto a Iván.

"Unos meses antes de que perdiéramos el Don", responde Iván.

Admiro la dedicación de Iván. Desde que conseguimos una pista sobre Harvey como posible sospechoso del asesinato de mi padre, le encomendé la responsabilidad de investigar más a Harvey. Es una persona reservada, lo cual es de esperar. Pero no lo suficiente como para que Iván no pudiera conseguir viejas fotos suyas en papel, que tienen todas el mismo sello.

Nada que unos miles de dólares y contactos no puedan descubrir.

"Eso lo hace aún más sospechoso", murmuro, golpeándome los labios con la parte inferior del bolígrafo.

Llevo semanas con este caso, pero debo tener pruebas de su actuación antes de acabar con Harvey. Algo me dice que no está trabajando solo.

"Un momento". Levanto un dedo. "Vuelve a sacar los archivos de las mafias. Quiero confirmar algo".

No soy tan estúpido como para pensar que mi padre fue asesinado por una persona al azar. Era despiadado, pero no con la gente que no se lo merecía. Así que he estado investigando meticulosamente a las familias mafiosas que han hecho negocios con nosotros.

"La mafia británica tiene un sistema de seguridad bastante superficial", observa Iván y rápidamente desliza hacia abajo algunas fotos de los hombres de la mafia británica.

Todos parecen diferentes pero con el mismo motivo.

"Todo el mundo es sospechoso, Iván", le recuerdo.

"Sí, jefe", responde y pulsa otro enlace.

"¿Y la mafia rusa?". pregunto, sentándome más erguido y mirando la pantalla.

Noto los ojos clavados en mí a través del cristal y, sé que si me giro para mirarla, quitará el calor de su mirada, así que decido ignorarla.

Desde el incidente del ascensor, Luna y yo jugamos al escondite. Para ser alguien que solía atreverse a mirarme a los ojos, se ha vuelto más reservada, y no sé si lo prefiero o no.

Se marcha antes de que pueda decirle nada y, desde hace tres días, se comunica conmigo a través del interfono.

La llamaría para hablar con ella, pero tengo asuntos más urgentes de los que ocuparme, así que me olvido de sus labios con olor de arándanos.

"No hemos tenido tratos con la mafia rusa desde el incidente del tráfico", confirma Iván.

Cierto. Una cosa que no hago es el tráfico de mujeres. Si noto que mi inversión se canaliza hacia algo relacionado con ello, me obliga a retirarme. Así, hubo una caída con la mafia rusa.

"Aunque eran buenos aliados", admito. "¿Pero crees que cortar los tratos es suficiente para que vengan a por nosotros?".

Iván suspira y sacude la cabeza.

"La mafia rusa tiene sus enemigos. Y además, los lazos se cortaron hace una década. No veo por qué querrían atacar de repente ahora", razona, y yo asiento con la cabeza.

"Me parece justo, pero también pueden ser impredecibles".

"Los he investigado, jefe", me asegura. "El líder de la mafia acaba de formar una familia. No creo que la ponga en peligro empezando una guerra".

Una familia.

Es algo en lo que nunca he pensado desde que soy el Don. Me encantaría tener una algún día, pero en condiciones menos arriesgadas, así que no lo tengo en mente.

"¿La mafia caribeña?" pregunto cuando Iván se detiene en una foto con un grupo de hombres.

Iván sonríe. "Una mafia muy pequeña. Están tan metidos en política que no han descubierto el lado más oscuro de la mafia. Una pequeña parte de ellos huyó para unirse a la mafia americana que les prometió protección".

La mafia americana.

"Si tuviéramos que buscar a alguna mafia que pudiera estar implicada en esto, nuestra mejor apuesta serían ellos", señala a la pantalla. "Viendo que estamos en su territorio, y que hemos construido empresas donde antes estaban las suyas, puede que no se lo tomen a la ligera".

"Así es", estoy de acuerdo.

Me late la cabeza de tanto pensar, pero mis ojos siguen pegados al sello de las fotos.

"Se quedan sobre todo en Los Ángeles", empieza Iván mientras aparecen en la pantalla fotos clandestinas de los miembros de la mafia. "Es el estado que más cobertura les da. La gente lo describe como el estado de los poderosos".

Ha estado investigando. No lo admitiré, pero ha sido muy útil durante esta investigación.

Se desplaza rápidamente por las imágenes y algo me llama la atención justo cuando está a punto de pasar a la página siguiente.

"Para", ordeno y me siento bruscamente, manteniendo la vista fija en algo en particular.

Se detiene en una de las fotos, le quito el ratón y hago zoom sobre un tipo con gorra y un puro en la mano. Tiene una marca en la muñeca y ése es mi objetivo. Entrecierro los ojos y consigo distinguir la marca.

Un águila herida levantando el vuelo. Similar al sello de las fotos de Harvey.

"Es la misma marca", le digo a Iván.

Le doy la vuelta a la foto y escruto aún más a Harvey, y es entonces cuando veo la misma marca en su cuello. Casi como si intentara ocultarla porque una parte está escondida bajo el cuello, pero puedo distinguir que es lo mismo.

"¿Cómo coño me he perdido esto?" Gimo, sintiéndome tonto.

Mis ojos siguen comparando frenéticamente los dos tatuajes, buscando alguna diferencia. Aun así, son demasiado parecidos para ser una mera coincidencia.

"Harvey es parte de la mafia americana". Iván me saca las palabras de la cabeza.

"Aparentemente", susurro. "Lo que tiene sentido en cuanto a cuándo vino y cómo mi padre fue asesinado con fuertes medidas de seguridad."

"Fue enviado como agente encubierto".

Puedo tolerar cualquier cosa. Dolor, ira, arrepentimiento, que venga. Pero una cosa que me hace temblar de terror es la traición, y eso es exactamente lo que hizo Harvey.

"Quiero su sangre", siseo.

Iván saca un ordenador y empieza a teclear. Yo doy golpecitos más furiosos con el bolígrafo en los labios mientras miro fijamente a Harvey a los ojos como si de algún modo se materializara delante de mí.

"Hay una gala el domingo; la organiza Víctor Kincaid, el Don de la mafia americana", lee Iván en su pantalla. "Es una gala benéfica en la que reúne a empresarios".

Entonces dice las palabras que quiero oír. "Estás invitado".

"Bien". Sonrío sombríamente.

Ahora, tengo que asistir a una gala. Es la única manera de conseguir lo que quiero. Eso es si Harvey se presenta.

******

"Usted me mandó llamar, señor."

Las palabras de Luna me despiertan de la breve siesta en la que me había sumido tras ver a Iván. Siento su voz como plumas en la piel, una gran diferencia con mi estado

de ánimo de todo el día.

Abro los ojos y los dejo vagar descaradamente por su cuerpo. Me duele la boca de decirle que está preciosa, pero aún no. No estoy dispuesto a asustarla.

Es la primera vez que viene a mi despacho desde que casi nos besamos, pero parece que es la primera vez que viene. Nunca podría acostumbrarme a la calma que aporta a la tormenta.

Su atuendo tampoco ayuda. Antes del incidente del ascensor, solía llevar ropa entallada, pero ahora lleva un vestido amarillo.

"Sí, lo hice", respondo, y como soy tan directo, decido dar en el clavo. "¿Me has estado evitando, Luna?" Pregunto.

Por alguna razón, parece sorprendida. Le pregunto por qué, pero me responde con un parpadeo.

"No lo he hecho", miente. "Es que están pasando muchas cosas".

Me levanto de mi asiento y camino alrededor de la mesa, dando zancadas hacia ella. No se encoge cuando me acerco. En lugar de eso, se yergue, aunque sigue siendo una cabeza más baja que yo.

"¿Qué exactamente, Luna?"

"Uhm..." Es la única señal de que está nerviosa porque estoy a medio metro de ella. "Yo..."

"¿Hay algo que querías que pasara y no pasó?" pregunto, cortándola.

Me mira fijamente y sus ojos se oscurecen. No de ira, sino de intenso deseo. Un deseo que me llena de satisfacción por poder sacarlo de ella.

"No sé a qué se refiere, señor", dice ella.

Levanto la mano y le rozo los mechones de pelo que enmarcan su cara.

"¿Estás segura?" pregunto despacio, acomodándole el pelo detrás de la oreja.

Se estremece, pero noto que no retrocede; en cambio, respira hondo y sus pechos rozan mi pecho.

"Sí, estoy segura", responde ella.

"¿Y por qué te escapaste?" Pregunto. "¿Otra vez?"

"Tenía que irme".

Mis dedos abandonan su pelo y bajan por su brazo. Su piel es suave, pero noto cómo se le pone la carne de gallina al inspirar.

"Sigues huyendo, Luna".

Mi cabeza baja apenas un centímetro y ella inclina la suya hacia atrás para mantener el contacto visual. No la dejo hablar porque mi pulgar ha llegado a sus flexibles labios.

"¿Por qué?" Susurro, respirando en sus labios.

Un suave gemido se le escapa y sus ojos se abren de par en par como si hubiera salido sin su permiso.

"Respóndeme", le exijo en voz baja, humedeciéndome los labios y observando cómo sus ojos los miran hambrientos antes de cerrarse aleteando.

Una vez más, no le doy la oportunidad de hablar porque mi rostro se inclina hacia abajo y deposito un suave beso en sus labios. Se le escapa un gemido ahogado.

Abre los ojos de golpe, pero intenta disimular la decepción que se arremolina en sus iris. Parece molesta por la sonrisa que ve en mi rostro.

No aparto mi cara de la suya; mi pulgar permanece sobre sus labios entreabiertos. Casi puedo oler su excitación, y su deseo se aferra al aire.

"Tenemos una cita el domingo", le susurro al oído, lo que parece devolverla a la realidad. "Te recojo a las cinco de la tarde".

Regreso a toda mi estatura después de pasarle esa información, pero ella todavía parece estar recomponiéndose.

"De acuerdo, señor", responde finalmente.

Asiento con la cabeza, ella se da la vuelta y sale rápidamente de mi despacho. Mis ojos siguen sus movimientos y sus muslos.

Si a duras penas consigo concentrarme cuando va vestida de empresa, no sé cómo lo haré cuando vaya vestida para un evento.

De repente, capturar a Harvey no es lo único que espero con impaciencia el domingo por la noche.

CAPÍTULO ONCE - Luna

La definición que Giovanni da de una cita dista mucho de la definición genérica, que implicaría una cena privada en una mesa iluminada con velas y música suave de fondo.

El asombro en mi cara es evidente cuando la limusina gira hacia una verja de acero y los coches descienden lentamente por el camino de entrada bordeado de árboles. El largo camino de entrada se abre a un amplio aparcamiento con más de cien personas arremolinadas y coches caros aparcados ordenadamente.

Todo el mundo parece muy ocupado, y el recinto está iluminado con luces de hadas y focos que proyectan un cálido resplandor. También hay un grupo de hombres vestidos de uniforme, y me estremezco al ver que llevan pistolas bajo el cinturón.

Definitivamente no es una cita.

Mis ojos rebotan por el recinto en busca de alguna señal de que estoy en una cita. Hay una gran pancarta en lo alto que dice Kincaid Welfare.

No me importa el nombre hasta que lo miro dos veces y me doy cuenta de que me suena.

Mis ojos se abren de par en par y al instante noto que mi cara palidece. Kincaid. Ese es el apellido de Victor. Victor Kincaid es el Don de la mafia americana.

Siento que la bilis me sube a la garganta y, de repente, tengo más ganas que nunca de marcharme. Así no es exactamente como me había imaginado mi primera cita con Giovanni. Sé que es una tontería, pero ahora me siento mal por haberme esforzado tanto.

Llevo un vestido largo hasta los tobillos, con cola y un escote que deja ver mi amplio escote. Ni siquiera llevaba abrigo porque estaba decidida a no ocultar lo sexy que me veo, solo para darme cuenta de que me vestí solo para entrar en la boca del lobo.

Una sonrisa refleja se dibuja en mi cara cuando siento un golpecito en el muslo. Levanto la vista y veo a Giovanni mirándome con preocupación en los ojos.

"¿Estás bien?", me pregunta suavemente mientras su pulgar traza un dibujo en mi

muslo desnudo debido a la abertura del vestido que sube hasta mi muslo.

"Sí". Asiento e intento no parecer demasiado incómoda, pero sé que no dejará de mirarme así si no le doy una excusa. "Es que no estoy acostumbrada a todo esto".

Se ríe entre dientes.

"Nunca te acostumbras", responde. "Pero puedes aburrirte de ello. El truco es fingir que todos llevan bolsas de basura".

Me guiña un ojo, y las mariposas vuelan en mi estómago por dos razones totalmente distintas. El guiño obvio y la constatación de que podría calmarme con unas pocas palabras.

Ahogo una risita y señalo con la cabeza su impecable traje azul oscuro. "¿Incluido tú?"

"Lo que te apetezca, Luna". Sonríe y me da un beso en el hombro.

Es la primera vez que me aborda directamente y no me toma el pelo como de costumbre, y no estaba preparada para lo bien que me iba a sentir.

El Todopoderoso Giovanni Matthieson está haciendo bromas conmigo.

Esta misión no es tan mala después de todo.

Sigue mirándome fijamente y la intensidad de nuestras miradas provoca un chisporroteo eléctrico entre nosotros. Es como si dos átomos se encontraran y estuvieran a punto de explotar. Sus ojos recorren mi cara y doy gracias por haber dejado que mi amiga me maquillara. Si no, lo único que habría visto sería el polvo de pecas de mi nariz.

"Estás guapísima", piropea rompiendo el silencio.

Es la segunda vez que me lo dice, pero la sensación es la misma, si no más. Se me calienta la cara y siento una oleada de orgullo ante su cumplido.

Esta vez, una sonrisa genuina inclina mis labios sonrosados hacia arriba. "Gracias", respondo, y luego añado: "Tú también luces guapo".

Su rostro esboza una sonrisa, y entonces me doy cuenta de que es la primera vez que le veo sonreír desde que empecé a trabajar para él. La primera vez que veo una sonrisa de verdad en su cara. No está controlada ni reprimida. Es una sonrisa amplia que deja al descubierto sus hileras de dientes, y sus ojos se arrugan a los lados.

Una punzada de culpabilidad me golpea, aunque sea débil, empañando mi felicidad inicial.

"Al menos no crees que llevo bolsas de basura", responde.

Me río ligeramente para disimular mi rubor.

"Actúa con normalidad", aconseja.

"De acuerdo". Sonrío, todavía admirando sus rasgos.

Lleva el pelo perfectamente despeinado, está pulcramente afeitado y la maldita cicatriz del labio sigue brillando. Solo Giovanni haría que una cicatriz tuviera un aspecto tan perfecto.

"¿Vamos?" Sonríe cuando el coche se detiene ante dos grandes puertas y una alfombra roja que sube las escaleras.

"Recuerda, bolsas de basura", me recuerda mientras se abre su puerta.

Le sonrío agradecida, pero no puedo deshacerme de la horrible sensación que me invade.

Me tiende la mano al salir y, en cuanto lo hago, las cámaras empiezan a enfocarme. Los paparazzi han sido retenidos por una barrera de terciopelo, pero eso no les impide gritar a todo el que pasa.

"¡Señor Giovanni, esta noche ha traído una cita!", exclama uno de ellos mientras me ciega con luces blancas intermitentes; siento que me arden las pupilas.

Los ignora, y yo me aferro a él mientras nos acompaña escaleras arriba y atraviesa las puertas dobles del vestíbulo.

La sala está exquisitamente decorada, con mesas de pie y una banda en directo montada en el centro. La misma pancarta que había fuera está colgada dentro, complementando el interior dorado y aterciopelado. Todo parece deslumbrante; se supone que debo sentirme tranquila, pero mi guardia está más alta que nunca.

Nada parece sospechoso; todos se limitan a ofrecer sonrisas falsas. Mientras tanto, todos llevan pistolas en los bolsillos, listos para disparar. Me pregunto si Giovanni tendrá una. Nunca he visto una en su despacho, pero no la guardaría donde yo pudiera verla, por razones obvias.

"¿Bebidas?", me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Levanta la mano hacia el camarero, que se detiene frente a mí con bebidas. Coge un vaso de la bandeja y me lo da antes de coger uno para él.

"Salud", murmura antes de beber un sorbo.

Es bastante simpático para ser alguien que asiste a una gala mafiosa; por un segundo, me lo imagino peligroso. Sería más fácil espiar a alguien despiadado y peligroso que a un tipo amable y considerado.

"¿Cómo te encuentras?", pregunta.

Que vengan las mariposas. Y la culpa.

"Bastante tranquila. Pero tengo una pregunta".

Sus orejas se levantan ante mis palabras como si estuviera encantado de responder a cualquier cosa que le planteo, lo que me hace sonreír.

"¿Por qué todo el mundo está tan sorprendido de que hayas traído una cita?"

Se ríe entre dientes. "Si por todo el mundo te refieres a los paparazzi, que sepas que su trabajo es hacer preguntas. Pero aparte de eso, es la primera vez que llevo una cita a un evento".

No me gustan los aleteos que me provoca aquella confesión. Me hace sentir... especial y agradecida por ser la primera.

"No me extraña", murmuro.

"¿Qué?"

"No me extraña que corra el rumor de que eres gay".

Una carcajada brota de sus labios al oír mis palabras, y no acaba ahí. Se ríe en voz baja e ignora a la gente que le saluda. Su atención está puesta en mí, riéndose de lo que he dicho.

Tiene los ojos arrugados y me deleito con el sonido de su risa. El pasillo no está en silencio, pero solo oigo el aterciopelado sonido de su risa.

"Es la primera vez", concluye tras reírse.

Levanto la ceja, confundida.

"Los medios de comunicación opinan mucho sobre mi vida sentimental. Desde que salgo con mi madre hasta que soy autosexual o célibe".

"Es demasiado", confirmo, riéndome con él.

No puedo imaginarme una vida en la que estuviera en todas las noticias.

"¿Son todas mentiras?" Me burlo.

"Obviamente. Viendo que estás aquí".

Sus ojos se iluminan y coloca su mano sobre la mía, que está en el pliegue de su codo.

Una sensación de calidez se instala en mi pecho y, por un segundo, imagino una vida en la que nos conocimos en circunstancias diferentes y no le estoy espiando. Una sensación de hundimiento me dice que puedo hablar de eso con él. Por el sentimiento de culpa, sé que debo hacerlo antes de que las cosas vayan demasiado lejos, pero no cuando Lucas aún está en peligro.

De repente, se le borra la sonrisa y parece que está escuchando atentamente los auriculares de sus oídos. Se queda quieto un segundo antes de soltarme el brazo.

"Ahora vuelvo", susurra, me da un beso casto en el hombro desnudo y se aleja sin dejar de hablar por el auricular.

De repente me siento expuesta sin él a mi lado, sé que es una sensación tonta porque he estado expuesta toda mi vida.

Una sensación de calor se apodera de mí como un manto, y la conozco demasiado bien. Alguien me está mirando. La sensación va acompañada de los fuertes latidos de mi corazón.

Aferro con fuerza mi bolso y cuento los minutos que faltan para que vuelva Giovanni. Me siento débil por depender de él, pero no es algo malo.

Saco el móvil para parecer ocupada cuando un camarero choca conmigo y el vaso se vuelca, derramando líquido transparente sobre la parte delantera de mi vestido. Lo más raro es que no se molesta en disculparse; se marcha con la cabeza gacha.

"Puto gilipollas", gruño mientras intento secar el desastre.

Decido que necesito ir al baño. Me alejo a grandes zancadas del vestíbulo abarrotado y me dirijo a otro pasillo, en busca del baño. Las puertas son grandes y altas, demasiado altas para un cuarto de baño.

El pasillo está en silencio, la tenue música se ha vuelto distante, sustituida por mis tacones sobre la baldosa. Me dirijo a una puerta, giro el pomo y me doy cuenta de que

está cerrada. A estas alturas, el líquido ya se filtra a través del material transparente de mi bata, haciendo que la tela se pegue a mi piel.

Me dirijo a otra puerta y la abro, sin importarme que sea alta. Me asomo al interior de la habitación vacía y entro en lo que parece otra sala. Tiene unas cuantas sillas; la única fuente de luz es una bombilla de línea.

Saco una servilleta de mi bolso y empiezo a frotarme el pecho. En ese momento, mi teléfono vibra con fuerza.

Es un número desconocido, pero lo cojo porque aún no tengo el número de Giovanni y puede que sea él quien llame.

"Hola", llamo sin dejar de frotarme el vestido.

"Majors".

Me congelo. La voz que me ha perseguido durante semanas y ha plagado mis sueños. La misma voz del hombre que me secuestró y me envió a esta misión.

Victor Kincaid.

Mis ojos revolotean por la habitación, sintiéndome de repente insegura.

"Sí, señor."

Mi voz es muy diferente a mi aspecto. No me sorprendería que acechara en la oscuridad y me viera perder la calma.

"¿Todavía tenemos nuestro trato?", pregunta fríamente.

"Uhm... sí", murmuro.

Se ríe sádicamente. "¿Sabes por qué pregunté?"

"No."

"Porque parece que estás jugando a las casitas en vez de sacar información, señorita".

Ese maldito.

Mis lágrimas no me avisan antes de que inunden mis ojos.

"Estoy indagando, señor."

Su risita oscura me produce un escalofrío.

"¿Estás cavando por información, o él te está cavando a ti?"

Se oye una carcajada de fondo y me tiembla la boca de vergüenza.

No espera a que yo hable.

"Parece que no puede quitarte los ojos de encima", murmura.

Una cosa es segura, Víctor está aquí vigilándome.

"Espero que estés usando eso a tu favor. A menos que estés demasiado ocupada desmayándote ante él como para recordar tu lugar".

Una lágrima resbala por mi mejilla, pero me tapo la boca con la mano para contener el sollozo.

"Tengo a cuatro hombres fuera del apartamento de Lucas ahora mismo", gruñe, y sé que no va de farol. "Parece que has olvidado lo que está en juego porque no estás indagando".

"No lo he olvidado, señor", respondo.

"¡Eso no es lo que parece!", grita con fuerza, golpea algo y libera un sollozo.

"Dos semanas, Majors. Dos semanas para entregar tu primera tarea. O alguien caerá".

Se ríe al cortar la llamada y siento que me caen más lágrimas. Un pitido en el móvil me avisa de un mensaje.

Es un archivo adjunto. Cargo la imagen y veo una vista clara de la ventana del dormitorio de Lucas. Está leyendo en su cama, sin darse cuenta de los ojos que le observan.

"Siempre estamos vigilando. Haz lo que haya que hacer".

El texto sigue a la imagen y mi corazón palpita de dolor. Grito con fuerza, agarrándome la cabeza con tanta fuerza que casi me arranco el pelo.

Mi respiración se entrecorta y siento que me ahogo. Me agarro el cuello para detener la sensación.

Tengo que ser fuerte. Si no por nadie, por Lucas.

Repito este mantra mentalmente y respiro hondo hasta que vuelvo a sentirme yo misma. La puerta se abre al exhalar.

"Luna".

Su voz inunda mi corazón de alivio, y contengo las lágrimas de alivio para que no se me escapen. Es como si hubiera llegado en el momento justo; justo cuando me estaba hundiendo en un pozo, él entró.

La culpa asoma su horrible cabeza, pero me recuerdo a mí misma que no tengo derecho a sentirme así.

"Hola", respondo y me reúno con él en la puerta.

Me mira y sus ojos se oscurecen de deseo. Casi me hace olvidar mi difícil situación. Casi.

"Te estaba buscando por todas partes."

"Lo siento", me disculpo rápidamente. "Vine a limpiarme".

"¿Estás bien?" Entrecierra los ojos para mirarme mejor.

Su amabilidad casi me rompe el corazón, pero me armo de valor.

"En realidad no, pero estoy bien".

"Si te sirve de algo, estás impresionante", me felicita y me abre la puerta.

"Gracias", respondo y salgo, dejándole atrás.

Si yo actúo raro, él no da señales.

No volveré a actuar de esta forma, porque esta noche es un recordatorio de por qué estoy aquí. Esta no es mi vida. Los paparazzi, los coches lujosos, los eventos lujosos y el traje de diseño que me había enviado. Apenas tengo una vida, y la poca que tengo depende de mi habilidad para sacarle información.

Así que debo pensar en mi vida primero.

CAPÍTULO DOCE - Luna

Se me escapa un suspiro de alivio al entrar en el despacho de Giovanni. No es la primera vez que estoy aquí, obviamente. Sin embargo, es la primera vez que estoy aquí con estos motivos. Parece como si hasta el aire supiera que estoy a punto de hacer algo malo porque está quieto y sofocante al mismo tiempo.

Echo un vistazo mental a la oficina y tomo nota de todo para acordarme de dejarlo exactamente así cuando me vaya. Una de las desventajas de trabajar con un perfeccionista.

O a escondidas de un perfeccionista.

Su silla está torcida, lo que significa que se ha ido con prisas a su conferencia; la reunión está a una pared de distancia, y también me dice que tengo una hora para terminar esto. Vuelvo a comprobar las cámaras de seguridad para ver que las he desactivado, pero el servidor se habilitará dentro de exactamente una hora, lo que hace que esto sea más urgente.

Camino sigilosamente hasta su escritorio y me sitúo ante él, mirando la gran pantalla de su ordenador. De nuevo, con las prisas, se ha dejado el ordenador desbloqueado, para mi suerte.

Un golpe de culpabilidad me asalta cuando abro sus carpetas. Aun así, lo destierro con la imagen de mi hermano, ajeno a ser vigilado como un halcón por hombres terribles.

Su fondo de pantalla es una foto suya sonriendo ampliamente a la cámara. Por alguna razón, no esperaba ver una foto así. Esperaba algo más salvaje como fondo de pantalla, pero Giovanni es imprevisible.

La sonrisa es idéntica a la que me dedicó la noche de la gala, y me siento orgulloso de haberle hecho sonreír así.

Hago clic en la carpeta y me desplazo hacia abajo para ver que todo se ha guardado en números. No puedo distinguir cuál es cuál.

Un vistazo a mi cronómetro me dice que ya he pasado veinte minutos aquí, quiero darme una patada para recuperar esos minutos.

"Mierda", murmuro y sigo desplazándome hasta que veo una carpeta con la etiqueta Territorios Limítrofes.

Lo abro y veo que contiene información sobre toda la mafia italiana que ocupa territorios en América. Los documentos también incluyen las tierras. Estoy seguro de ello porque entre ellos está el documento de tierras de su actual empresa. Se incluye la ubicación y la situación superficial de los territorios.

"Vaya". Me desplazo hacia abajo, y mis ojos se iluminan al ver más de cincuenta partes de esa carpeta.

Me meto los dedos en el bolsillo y saco mi pendrive, el mismo que Victor me ha enviado hoy por correo. Me tiemblan las manos cuando lo inserto en el puerto y hago clic en transferir. Copio los archivos en el pendrive y pulso "sí" mientras los archivos empiezan a transferirse.

Tardo una eternidad en pasar del cuatro por ciento, y me dan ganas de tirarme de los pelos de la frustración porque ya llevo aquí treinta minutos.

Mis dedos tamborilean impacientes sobre la mesa y tocan una llave solitaria. Sin pensarlo, cojo la llave y la introduzco a sabiendas en la cerradura de su cajón.

Desgraciadamente, no se abre como esperaba, devuelvo la llave y sigo escaneando su sistema. La transferencia llega por fin al cien por cien y hago clic en la siguiente carpeta.

Investigación de la Mafia Americana.

Casi sospecho de lo obvio que es el nombre, pero, de nuevo, no esperaba precisamente que su ayudante revisara sus archivos.

Este archivo es una colección de fotos, documentos y archivos de la Mafia Americana. La información ha sido extraída hasta ahora de la Mafia Americana, y también hay una hoja de cálculo que detalla sus movimientos para contrarrestar.

"Vale, ¿qué tan rápido puedo transferir estos?"

Son muchos archivos, y espero que aún me quede tiempo. Selecciono y suelto automáticamente toda la carpeta en la unidad flash, y la transferencia comienza dolorosamente lenta.

"Vamos". Gimo como si el pendrive pudiera oírme.

Siento pánico al darme cuenta de que tengo veinte minutos para terminar y salir de

aquí. Para pasar el tiempo, me apoyo en el escritorio, y es entonces cuando veo otra llave debajo de unos expedientes. Cojo la llave y abro otro cajón, que se abre con un clic.

"Perfecto", susurro y empiezo a mirar dentro.

No hay más que una pila de fotos, y al girarlas veo a un montón de tipos de aspecto duro. Pero con un rasgo similar, el tatuaje.

No sé hasta qué punto le será útil a Víctor, pero mientras la transferencia sigue al setenta por ciento, hago fotos de las copias impresas con mi teléfono y se las reenvío inmediatamente.

También hay un plano ahí, también lo chasqueo. Es confuso, así que no me molesto en escudriñarlo y asumo que Víctor sabrá lo que es.

La transferencia alcanza por fin el noventa por ciento, y es entonces cuando oigo pasos que se acercan al vestíbulo.

"¡Joder, joder!" Gimo, dejo caer con cuidado las fotos y el plano y cierro el cajón, echándole el pestillo y volviendo a colocar la llave.

¿Cómo terminan la reunión tan pronto?

El tiempo me dice que aún me quedan quince minutos, pero la realidad me dice que me atraparán si no salgo de aquí en cinco.

Suena un ping cuando la transferencia se ha completado, y saco mi pendrive del puerto y me lo meto en el pecho frenéticamente.

El sudor se me acumula en la frente y en mi cabeza se forman diferentes escenarios. La decepción en su cara cuando se de cuenta de lo que estoy haciendo y luego el inevitable enfado.

No puedo salir de la oficina sin que me vean, así que recurro a mi plan B.

Justo cuando rodeo su mesa, la puerta se abre y Giovanni aparece en el umbral.

"Buenas tardes, señor", saludo.

Sus ojos revolotean un segundo antes de posarse en mí. Se me estruja el corazón al ver la leve sonrisa que esboza al verme.

Cierra la puerta y camina hacia mí.

"Luna", llama suavemente.

No me pregunta por qué estoy aquí, lo que significa que no sospecha nada, pero eso sólo hace que se me amargue la boca con culpa.

"La reunión terminó pronto", apunto, aspirando su aroma.

"Sí. No había mucho que hacer de todos modos. Pero voy a entrar a una llamada por Zoom más tarde en el día ".

Pasa junto a mí hacia su mesa.

"Se puede establecer de doce en doce", añade.

"Me pondré a ello". Asiento y me doy la vuelta para marcharme.

"¿Estás bien?", pregunta.

"Sí, ¿por qué?" Le doy una sonrisa confiada, enmascarando la culpa que me araña.

"No respondías a los mensajes que te enviaba". Se sienta en su silla giratoria.

Suspiro aliviada.

"Oh, estaba ocupada recopilando los documentos de gestión técnica". Señalo con la cabeza las carpetas manila que había puesto sobre su mesa mucho antes de colarme.

Sus ojos brillan al darse cuenta.

"Ni siquiera me había dado cuenta". Se ríe entre dientes y se los acerca. "Vale, los revisaré y te llamaré".

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta para salir del despacho, intentando que mi precipitada salida no resulte demasiado obvia.

En cuanto salgo por la puerta, expulso un fuerte suspiro por los labios y me aprieto el pecho.

Eso estuvo jodidamente cerca.

Si sospechaba algo, no lo mencionó. Aún así, lo más importante es conseguir la información que necesito.

No voy a poner la culpa de herir a un hombre que apenas conozco por encima de salvar la vida de mi hermano.

Recibo un mensaje de Victor, lo abro y veo que pone "Recibido" con un emoji de pulgar hacia arriba debajo de las fotos que le envié.

¿Cuándo empezaron los delincuentes a usar emojis?

Agarro el pendrive con fuerza y me dirijo a mi despacho, agradecida por lo que he conseguido y temerosa por lo que pueda pasar mañana, porque ¿quién me dice que Giovanni no se dará cuenta de lo que hice entre hoy y mañana?

CAPÍTULO TRECE - Giovanni

Cada vez que subo al ascensor, recuerdo el día en que Luna y yo estuvimos juntos en él. Por cosas del destino, desde entonces no hemos vuelto a subir juntos, y me doy cuenta de que intenta ignorarme.

Nunca he tenido nada sexual con ninguno de mis trabajadores porque, según mi padre, las relaciones sexuales con tus trabajadores pueden destruir un imperio. Sin embargo, no sé por qué siento que esa regla no se aplica a Luna. Por alguna razón, estaba dispuesto a arriesgarme y besarla como un demonio porque, en ese momento, sólo podía pensar en sus labios, que parecían suplicar ser besados.

Sé que tengo el mismo efecto en ella, y es risible cómo se esfuerza por suprimir la tensión entre nosotros.

Sigo pensando en ella cuando salgo del ascensor y casi gimo al ver a Elvira caminando hacia mí.

"Buenos días, señor", saluda alegremente.

No dejo de caminar cuando respondo. "Buenos días".

"Me preguntaba si necesitabas ayuda".

Sus ojos se dirigen a la bolsa del portátil que tengo en la mano, pero intuyo el doble sentido.

"No, Elvira. Vuelve al trabajo", le digo y paso junto a ella.

Su despido está pendiente, pero la única razón por la que sigue aquí es porque es buena en su trabajo. Un desliz y se va. Ha estado reclamando mi atención desde que empezó a trabajar aquí, pero sólo una persona puede tenerla en exclusiva.

Empujo la puerta para abrirla y la visión me hace detenerme en seco.

Ahí está Luna, inclinada sobre mi mesa, haciendo Dios sabe qué. Lleva su habitual falda lápiz, que se ha subido y deja al descubierto sus muslos. Su culo redondo se exhibe detrás de una cremallera que me pican los dedos por tirar. Su larga melena oscura le roza la parte superior del culo, y mis ojos recorren su cuerpo pecaminoso hasta los tacones que lleva puestos.

¡Joder! Ella será mi fin.

Probablemente no oye abrirse la puerta porque está tarareando una melodía y sigue ocupada. Me ajusto los pantalones y carraspeo ruidosamente.

Se levanta de golpe y sus ojos se abren de par en par al verme.

"Buenos días, señor", saluda.

La fulmino con la mirada y avanzo hacia ella. Me mira de frente mientras se apoya en mi escritorio. Sus ojos recorren mi montura; solo un experto diría que se ha oscurecido.

"Giovanni", murmuro, deteniéndome a dos pasos de ella.

Rompe su análisis a mi cuerpo y me mira interrogante.

"Giovanni", repito. "Llámame Giovanni. Déjate de señor".

La primera vez que dijo mi nombre fue cuando estaba en el ascensor conmigo. Sus labios se entreabrieron y emitieron el más leve susurro de mi nombre; desde entonces, he estado deseando volver a oírlo.

"Lo siento". Exhala una carcajada. "Eres mi jefe, y no puedo hacer eso. Es una falta de respeto".

Sonrío y suelto la bolsa del portátil antes de acercarme aún más a ella. Respira hondo e intenta dar un paso atrás, pero no hay sitio.

"Creo que es seguro decir que yo era tu amigo antes de convertirme en tu jefe, ¿verdad?" Pregunto.

"Sí, pero eso fue antes de saber quién eras", responde.

Levanto una ceja. "¿Quién soy yo?"

Suelta una carcajada y tararea.

"Empecemos por el hecho de que eres uno de los hombres más ricos de esta ciudad y también uno de los más poderosos", elogia. "Además, eres mi jefe".

"¿Y eso qué tiene que ver?". Pregunto despacio, fijándome en sus rasgos.

Tiene los ojos muy abiertos y brillantes, y puedo ver desde tan cerca una pizca de pecas bajo el maquillaje claro que lleva. Sus labios carnosos son rosa claro y están entreabiertos.

"Todo", responde ella. "¿Qué dirá la gente si me oye llamarte por tu nombre?".

"Ya me has llamado antes por mi nombre", le recuerdo.

Sonrío porque veo que su memoria se ha transportado a ese día y veo que su pecho se agita.

"Estábamos solos", razona.

Mis dedos se dirigen a su cara y le pasan por detrás de las orejas unos mechones sueltos de su suave pelo. Se estremece y se muerde el labio inferior.

Mi pulgar recorre el lateral de su cara hasta la barbilla. Lo uso para liberar el labio del agarre de sus dientes.

Sus ojos se clavan en los míos ante la acción. Parece sorprendida, pero yo también. No tengo ni idea de lo que hago, pero sigo mis instintos, que me llevan a devorar sus labios.

Mi lengua recorre ligeramente su labio inferior, como el susurro de una pluma, y sus ojos se cierran brevemente.

Acerco mi boca a su oído y le susurro: "Entonces hagamos como si estuviéramos siempre solos".

Sus ojos se abren y sus pupilas se inundan de deseo. El deseo que puedo satisfacer, si ella me deja.

Muevo la cabeza desde su oreja pero me detengo a un palmo de su cara.

"Qué guapa estás, Luna", le digo.

Ella gime, y su mano encuentra mi chaqueta y la agarra, acercándome sutilmente.

En mis labios se dibuja una sonrisa triunfal, que ella no ve porque tiene los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás. Mi cabeza se acerca un poco más y, justo cuando mis labios están a punto de encontrarse con los suyos, el estridente sonido de mi tono de llamada rompe el silencio.

"¡Joder!" Murmuro y quito mi mano de su cara.

Abre los ojos al instante y se aparta de mí. Me dan ganas de abrazarla y mantenerla en su sitio.

Saco el móvil del bolsillo, refunfuñando palabrotas. Me alejo de ella porque mi polla, que está durísima, ha elegido este momento para exhibirse.

"Iván", respondo.

"Jefe, tenemos un problema."

Su voz de pánico me hace estar más alerta porque Iván nunca suena aterrado.

"¿Cuál es el problema?" pregunto en tono apresurado, cerrando los puños.

"Es sobre el almacén, Jefe. Ha sido asaltado".

"¿Qué?" grito antes de girarme para mirar a Luna. Me mira fijamente, así que le dedico una pequeña sonrisa antes de darle la espalda.

"¿Cómo coño ha pasado eso, Iván?". pregunto enfadado. "¿Y la seguridad?"

"Jefe, no sé cómo sucedió. Toda la zona es un desastre. Creo que tiene que verlo usted mismo".

Me pellizco el punto entre los ojos y suspiro.

"Estaré allí en diez minutos", respondo y cuelgo la llamada.

Me pongo las manos en la cintura e intento hacerme a la idea de cómo puede haber una redada en un almacén privado. El lugar es muy discreto y sólo unos pocos de mis hombres lo conocen. A menos que haya sido un trabajo desde dentro.

"Hey."

La voz de Luna me saca de mis pensamientos y su ligero golpecito en el hombro me hace volverme hacia ella.

Está delante de mí, mirándome preocupada.

"¿Va todo bien?", pregunta.

Asiento con la cabeza y me acerco a ella, que no intenta retroceder.

"Lo estará", le aseguro.

"¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?"

Si al menos supiera que este problema dista mucho de editar hojas de cálculo y programar llamadas de Zoom.

"Quizá puedas sustituirme en mi reunión de hoy a mediodía", le digo.

"¿Yo?", pregunta sorprendida.

Nunca se lo había pedido, pero empiezo a confiar más en ella, y no tiene sentido

cancelar una reunión cuando ella puede encargarse.

"Sí, tú". Le doy un beso en la mejilla. "Sólo explícales el documento de PowerPoint. No es una reunión interactiva, así que estarás bien".

Ella sonríe suavemente. "De acuerdo."

"Tengo que ir a ocuparme de algo". Paso junto a ella para recoger la bolsa de mi portátil. "Puede que no vuelva hoy, así que cierra mi despacho cuando te vayas".

Busco en el cajón el plano del almacén. Si puedo estudiarlo, quizá pueda saber por dónde entraron los intrusos. Lo guardo en el bolso y vuelvo con ella.

"Te veré mañana. Prepárame el acta de la reunión, la leeré mañana".

Le dedico una sonrisa que ella me devuelve antes de salir del despacho.

Ella parece ser lo único positivo de mi día. Mi mente sigue yendo a mil por hora intentando descifrar la situación del almacén.

****

Aparco mi coche al azar entre dos coches y salgo antes de cerrar la puerta tras de mí. Fiel a las palabras de Iván, el almacén ha sido asaltado. No es obvio desde el frente, pero las ventanas del primer piso han sido arrancadas cuando se mira hacia arriba. La puerta también está entreabierta e Iván la atraviesa hacia mí.

"¿Cómo ha pasado esto?" Pregunto.

"No sé..."

"¿Qué coño quieres decir con que no lo sabes, Iván?". pregunto enfadado. "Tú eres el jefe de seguridad aquí. ¿Cómo ha entrado una banda de gente sin que tú lo supieras?".

Empezamos a caminar hacia el almacén.

"Estaba siguiendo a uno de los hombres de Víctor cuando Greg llamó y me dio la noticia".

"Entonces, ¿no estabas aquí cuando sucedió?"

Está a punto de responder cuando algo me llama la atención.

Camino hacia la pared y la inspecciono antes de hablar.

"Esto es un agujero de bala", observo.

"Sí, Jefe."

"Significa que esto no fue sólo un grupo de adolescentes rebeldes", deduzco. "Quienquiera que hizo esto tenía intención".

El almacén, habitualmente bullicioso, está ahora en silencio, y hay fragmentos de cristal y madera esparcidos por todas partes.

"¿Dónde están los demás?" Pregunto mientras inspecciono con la mirada.

"Están arriba", me informa Iván.

Asiento con la cabeza y me pongo en cuclillas cuando algo más en el suelo me llama la atención.

Mi dedo rastrea el líquido rojo carmesí del suelo, y al instante me doy cuenta de que es sangre.

Hubo derramamiento de sangre, lo que significa que esta persona quiere algo más que el almacén.

Nuestro escondite está camuflado como un almacén, parece normal desde fuera. En todos nuestros años, no hemos levantado ninguna sospecha ni hemos hecho ninguna inspección aquí, lo que me hace estar más sorprendido por la repentina incursión.

"Echemos un vistazo al sótano", sugiero.

Iván asiente, y ambos bajamos las escaleras hasta el sótano. El sótano suele oler a sangre y carne, pero esta vez es aún más penetrante.

Introduzco el código y las puertas se abren. Iván enciende la única bombilla, revelando lo que queda de mis hombres.

"¡Qué coño!"

Hay cuerpos por todas partes que reconozco que son mis hombres. Están tirados por el suelo. Algunos con heridas de bala en distintas zonas y otros con cuchilladas en el cuello. Mire donde mire, hay más. Lo que puedo deducir es que no los mataron aquí. Sólo unos pocos trabajaban en el almacén como tapadera de lo que ocurrió aquí abajo, así que los mataron arriba y arrastraron sus cuerpos hasta aquí, lo que explica la sangre que vi.

"Esto era una misión", concluyo.

Asiente mientras usa su linterna para mirarlos.

"Quienquiera que hizo esto tenía algo en mente. Matar a mis hombres es una

exageración".

"Creo que planearon llegar a ti".

"Iván, quien esté detrás de esto sabe dónde encontrarme. No es un extraño o una incursión al azar. Alguien envió gente aquí".

"Tenemos que formular un plan entonces", dice Iván.

Subimos las escaleras y volvemos al almacén antes de dirigirnos a la segunda planta. Algunos de mis hombres están allí hablando, pero la conversación se detiene cuando me ven.

Les miro con rabia antes de hablar.

"¿Alguien tiene idea de cómo ha pasado esto?". pregunto y obtengo el silencio como respuesta.

Sonrío y, con destreza, saco mi pistola y disparo a un punto de la pared por encima de sus cabezas. El disparo suena y se acobardan antes de volver a mirarme.

"¡Contestadme!" Grito.

"No sabemos cómo sucedió, Jefe. Acabamos de llegar y encontramos el lugar así".

"Respuesta equivocada", sonrío y disparo otro tiro al aire.

"¿Alguna otra respuesta?" Pregunto, mirándoles expectante.

Es gracioso ver a asesinos entrenados acobardarse en mi presencia, pero eso es lo que consiguen al afirmar no tener ni idea de lo que pasó.

"He recorrido el almacén", empiezo. "Lo que he notado es que quien hizo esto fue muy específico".

Los miro en busca de una reacción, pero todos me miran sin comprender.

"Quienquiera que hizo esto fue conducido aquí. No hubo ningún error. Conocían el camino al sótano, el código y dónde esconder los cuerpos. La persona no vino aquí por primera vez".

Les clavo a todos una mirada acusadora.

"Me ha hecho creer que esto es un trabajo interno. Sólo unos pocos de los aquí presentes conocen ese sótano. ¿Hay algo que necesite saber?"

"Jefe, todos hemos jurado Omerta. No creo que nadie revele esta ubicación".

"Entonces, ¿estoy loco?". Sonrío.

Inmediatamente se echa para atrás. "No, Jefe, sólo estoy diciendo..."

"Tienes dos días. Dos días para dar respuestas", ordeno. "O alguien caerá por ello".

Me meto la pistola en el bolsillo y salgo enfadado. Pueden fingir lo que quieran, pero eso no me quita la sensación de que ha sido un trabajo desde dentro.

CAPÍTULO CATORCE - Luna

Me paro ante las grandes puertas de acero y me planteo dar media vuelta. No puedo volver porque ya estoy aquí y no puedo pagar el autobús de vuelta. Pero además, mi cuerpo aún no está preparado para enfrentarse a él después de nuestro casi beso de ayer.

Llevo pensando en su toque desde que ayer salió abruptamente de la oficina, no me he quitado su voz de la cabeza. Hoy estaba emocionada por ir a la oficina, sólo para decepcionarme de que no estuviera allí. Me convencí a mí misma de que sólo estaba aquí para entregarle el acta de la reunión, pero los aleteos de mi vientre decían lo contrario.

Quiero verle porque le echo de menos. Una emoción por la que me siento culpable después de haberle puesto en evidencia enviando esa información a Víctor. Víctor no me ha mandado mensajes desde entonces, así que asumo que ha conseguido lo que quería.

Me izo el bolso al hombro mientras me dispongo a tocar el timbre de la extravagante mansión de Giovanni.

Me quedé de piedra cuando recibí su mensaje pidiéndome que le llevara los archivos a casa. La sorpresa iba acompañada de la emoción.

"¿Quién es?" me sobresalto cuando suena su voz por el altavoz de su valla tras tocar el timbre.

Su voz suena aturdida, pero tiene el mismo efecto que su tono de mando.

"Es Luna". Hago una mueca. "Vengo a dejar los archivos de las actas de la reunión".

"Luna", respira. "Entra."

Oigo un ping y la puerta automática se abre. Empujo la puerta y entro en el recinto antes de que se cierre.

Su casa es enorme. Parece sacada de una película. La arquitectura es una saludable mezcla de modernidad y antigüedad, con una fuente en el centro y un cuidado jardín al lado. Es la casa más grande en la que he estado nunca.

Dejo a un lado mi admiración por la casa y me dirijo a la alta puerta principal.

Justo cuando cierro el puño para llamar, la puerta se abre de golpe y en el umbral

se encuentra Giovanni en todo su esplendor.

Por un segundo, soy incapaz de formular palabras, sólo estoy perdida mirándole.

Lleva una camisa fina que le ciñe el torso con un par de joggers. Nunca lo había visto vestido así, pero me atrevería a decir que esto supera a los trajes que siempre lleva. Lleva el pelo húmedo y los brazos musculosos.

Además, es la primera vez que los veo desnudos y estoy hipnotizada.

¿Cómo puede una persona tenerlo todo?

"Ya me dirás cuando termines de salivar", bromea.

Parpadeo y siento cómo se me calientan las mejillas de vergüenza antes de mirarle a la cara. Sus ojos bailan juguetones y en su rostro se dibuja una sonrisa de suficiencia.

"Yo no estaba..." Me aclaro la garganta. "No estaba salivando, señor".

Mi negación hace que una sonrisa se dibuje en su cara y me calienta el corazón.

"Giovanni", corrige.

Un rubor me sube por el cuello y me muerdo el labio inferior.

"Giovanni", le respondo.

"Pasa, Luna". Abre la puerta y me hace un gesto para que entre.

Me sorprende la invitación porque pensaba que le daría los expedientes en la puerta y me mandaría a paseo.

Atravesamos su magnífico vestíbulo con una larga escalera a la derecha. Luego, pasamos junto a una sala de estar muy bien amueblada y atravesamos un pasillo antes de detenernos frente a otra puerta.

Introduce un código y entra mientras yo le sigo.

"Siento el desorden", se disculpa.

Arrugo las cejas. "¿Desorden?"

Su despacho está bien amueblado y muy ordenado, y el único desorden que veo es una pila de carpetas dispuestas sobre su mesa, lo que no es un desorden.

"Sí". Asiente y se gira para mirarme. "He estado deprimido desde ayer."

"Si esto es lo que llamas un desastre, entonces eres un infierno de perfeccionista. "

"Orgullosamente". Se ríe entre dientes.

Él no se aparta, y yo tampoco. Ambos nos miramos fijamente mientras aspiro su embriagador aroma. Huele a sándalo y a colonia cara; huele seguro.

Deslizo la mirada por su rostro y me fijo en sus ojos cansados; también tiene los labios agrietados, lo que le da un aspecto diferente.

Levanto la mano con valentía y le pongo la palma en la cara. Al instante se apoya en mi mano y cierra los ojos con satisfacción.

"¿Estás bien?" susurro, frotando mi pulgar en su mejilla.

No sé qué hago acariciando la cara de mi jefe, pero en este momento me siento bien.

"Ahora mismo, sí".

Su admisión me calienta el corazón, bajo la palma de la mano y siento el calor de su cuerpo.

"Tienes fiebre", observo.

"¿Fiebre?" Finge inocencia.

Su mano rodea mi cintura y me acerca unos centímetros hasta que nuestros cuerpos se tocan.

"Sí, estás caliente". Le rodeo el cuello con las manos. "¿Por eso no pudiste venir a trabajar?"

"Pillado", murmura. "Pero también tenía trabajo que hacer desde casa".

Su cabeza se acurruca en el pliegue de mi cuello y sopla un suspiro en mi clavícula antes de depositar un beso húmedo en ella.

"Dios", gimo cuando lo repite tres veces en el mismo sitio.

"Siento lo de tu salud", me disculpo.

"Ya me siento mejor", murmura sobre mi piel antes de succionar mi carne en su boca.

"Gio", respiro, acercando su cabeza.

"Repite eso", me ordena, y cuando no lo hago, me pellizca con dureza la carne.

"Gio".

"Buena chica."

Sus elogios hacen que vuelen mariposas en mi estómago.

Me quita el bolso del hombro y lo deja sobre la mesa mientras se deleita con mi cuello.

Mis dedos le revuelven el pelo mientras jadeo en busca de aire. Meto las manos bajo su camisa y el calor de su cuerpo casi me obliga a sacársela.

"Estás muy caliente", comento.

Sonríe. "Lo sé."

Le hago una palmadita en la cara. "Me refería a tu temperatura corporal".

Tararea. "Eso también lo sé".

Estoy a punto de volver a hablar cuando sus labios rozan ligeramente los míos. Me da un beso casto antes de llevarse mi labio inferior a la boca.

Se me escapa un gemido estrangulado y abro la boca para permitirle la entrada a su lengua. Esto parece desencadenar diferentes emociones. En un segundo está tranquilo, pero al siguiente me agarra el pelo con la mano y me tira de la goma del pelo mientras su lengua me recorre la boca sin piedad.

Sabe a café y a whisky. Intento saborearlo aún más enredando mi lengua con la suya. Sus manos bajan por mi espalda y se posan en mi culo antes de apretarme ligeramente.

El beso es dominante y desesperado, como si hubiéramos estado hambrientos y por fin hubiéramos comido. Me da una cachetada en el culo que me hace gemir y romper el beso. Su boca encuentra mi cuello y sigue chupando.

"Gio", susurro, con los ojos cerrados, y puedo sentir la excitación en mis bragas.

"Joder, eso me gusta". Gime.

Puedo sentir su calor filtrándose a través de mí, y de repente, estoy preocupada.

"No te encuentras bien", le recuerdo, pero sigue volviéndome loca con su lengua. "Te haré un poco de sopa para que te sientas mejor", le suelto.

No sé de dónde ha salido eso, pero le hace detenerse y mirarme.

"¿Lo harías?", pregunta incrédulo.

"Sí", sonrío. "Sólo guíame hasta tu cocina".

Una cálida sonrisa se dibuja en su rostro y sus ojos se iluminan antes de que asienta con la cabeza y ambos salgamos de su despacho.

****

"¿Qué se supone que hace esto?". pregunta Giovanni cuando le paso el plato con sopa.

"Se supone que te hace sentir mejor".

Toma una cucharada de la sopa y dos más antes de sonreírme.

"¿Así de buena está?" pregunto con suficiencia.

"Está bueno", responde, tomando otra cucharada.

Me acerco a su taburete en la isla y le pongo un paño húmedo en la frente.

"Eso ayudará a reducir tu temperatura".

"Pero si ya me siento mejor contigo aquí", dice, acercándome por la cintura.

"¿Ah sí?" pregunto y gimo cuando me besa el cuello. Olvidada la sopa.

"Sí", susurra. "Déjame mostrarte".

Arrugo las cejas y chillo cuando me sube a su encimera y se coloca entre mis piernas.

En un segundo estamos hablando y al siguiente nos estamos dando un apasionado beso. Este es más desesperado que el primero. Es casi como si intentáramos quitarnos algo el uno al otro. Nuestras lenguas luchan por el dominio y mis dedos tiran con fuerza de su pelo.

Sus manos me abren los botones y me bajan el sujetador, palpándome los pechos. Gimo cuando me aprieta y me pellizca los pezones.

"Joder, Luna", exhala mientras sus ojos se oscurecen al mirar mis pechos desnudos.

Antes de que pueda hablar, se zambulle en otro beso y me atrae hacia sí agarrándome por el culo; noto su erección dura como una roca presionándome. Tiro la cabeza atrás y gimo cuando se lleva mi pezón a su boca.

"Gio", gimo mientras su lengua lame mi pezón ya sensible.

Su otra mano me levanta la falda con mi ayuda y, en un segundo, su dedo encuentra mi coño escondido entre mis bragas de encaje. Dirige su atención al otro pezón y empieza a masajearme el coño lentamente.

"Ya estás mojada", susurra.

"Dios..."

Su dedo empuja dentro de mí moviendo mis bragas a un lado, y yo me sacudo hacia delante en respuesta. Tengo los ojos entornados, apenas puedo pensar. Solo siento el calor de mi propia excitación y la que libera su cuerpo.

Sin culpa, sin vergüenza, sólo deseo.

Le quito la camiseta y recorro con los dedos las formas de su perfecto torso. Muerdo el anzuelo y le doy un beso en el pecho, y él exhala mientras me aparta por completo las bragas antes de deslizar dos gruesos dedos dentro de mí a la vez.

"¡Joder!" Gimo cuando empieza a entrar y salir.

Su ritmo es calculado, rozando cuidadosamente las paredes de mi coño y moviéndose entre mis fluidos. Mientras lo hace, me frota el clitoris con el pulgar.

"Dios, se siente tan bien".

Echo la cabeza hacia atrás y le sujeto la mano antes de que tire de mi cabeza hacia atrás y vuelva a unir nuestros labios con fiereza, aumentando el hambre.

Enrosca los dedos en mi interior y, de repente, siento la necesidad de algo más que sus dedos. Parece percibirlo, porque retira los dedos y me baja las bragas, dejándome desnuda y húmeda ante él.

"Condones", susurra y se da la vuelta para marcharse, pero yo tiro de él hacia atrás y le quito los joggers.

"Tomo la píldora", le aseguro, observando su longitud. Su polla es enorme, con venas que sobresalen y un poco de humedad en la punta.

Se sacude cuando la toco, retira mi mano y la clava a mi lado.

Nuestras miradas se cruzan y, con un rápido movimiento, introduce su polla en mi coño.

"¡Joder!" Grito en voz alta por una mezcla de dolor y placer. El placer anula el ligero escozor de su tamaño.

"¿Estás bien?" Hace una pausa y me besa el cuello.

Asiento con la cabeza y él se retira un poco antes de volver a clavármela, lo que me hace soltar una retahíla de palabrotas.

"Eres tan estrecha, Luna".

Jadea mientras me penetra sin piedad tras el lento comienzo. Sus embestidas, tan calculadas como sus dedos, me llevan al éxtasis.

Cuando siento que llega mi orgasmo, busco mi subidón con la misma desesperación que Giovanni busca el suyo. Mantenemos el contacto visual y me pellizca los pezones cuando intento apartar la mirada.

Por primera vez esta semana, no me consume la culpa. La culpa ha sido sustituida por el deseo y la necesidad saciados.

No pienso en que estoy a punto de apuñalar por la espalda a quien acaba de satisfacer mi deseo.

CAPÍTULO QUINCE - Giovanni

Me ajusto la corbata por enésima vez mientras camino hacia el despacho de Luna. Me siento nervioso como un adolescente y agarro el ramo con más fuerza antes de llamar a su puerta. Nunca llamo antes de entrar, pero esta vez siento que debería hacerlo.

Las cosas se han sentido diferentes entre Luna y yo desde que me cuidó en mi casa y, bueno, tuvo un orgasmo en la encimera de mi cocina.

Hemos caído en una cómoda rutina de llamarnos y enviarnos mensajes a menudo. También me ha visitado unas cuantas veces más desde entonces, y hemos estado follando para intentar saciar el hambre que despertó cuando la vi por primera vez. En mi defensa, nunca me había sentido tan bien.

Estar con Luna se siente normal, como si estuviera destinado a ser así. Cuando estoy con ella, me olvido de mis preocupaciones y me centro en el calor que me aporta.

"Adelante", suena su suave voz desde el interior de su despacho.

Giro el pomo y empujo la puerta antes de entrar.

"¡Gio!", exclama levantándose de la silla.

El apodo se le ha quedado, y me satisface oírla llamarme así.

¿Cómo puede una persona tener tanto efecto en ti en unos pocos meses?

"Hola, cariño", le respondo.

Da zancadas hacia mí, sus ojos se iluminan cuando ve las flores, y mentalmente me doy una patada por no haberlo hecho antes.

Mi otra mano encuentra su cintura y se apoya fácilmente en su culo; lo aprieto un poco, ganándome un suave jadeo de ella.

Se ríe de mi gesto primitivo, pero sus manos me acunan la cara y me pasa el pulgar por las mejillas.

"Pareces cansado", comenta, mirándome a los ojos.

Suelto una risita cansada. "Lo estoy, pero me estás haciendo sentir mejor".

Ella sonríe. "Siempre dices lo mismo".

Me aprieto contra ella y le aprieto ligeramente el culo. "Eso es porque es verdad".

Sus ojos escrutan mi rostro y yo vierto cada átomo de sinceridad en mi mirada, asegurándole que no es más que la verdad.

Abre la boca y exhala suavemente. Aprovecho ese momento para acercar mis labios húmedos a los suyos. Como si lo hubiera estado esperando, sus labios me abren de inmediato y mi lengua saborea la suya.

Sabe a galletas y café. Sus dos cosas favoritas en el mundo.

Sus manos encuentran mi pelo y tira de él con tanta fuerza que casi me desarma. Y, como si la hubiera invocado, mi polla se transforma en una roca dura que se presiona contra ella.

Rompe el beso pero deja mi labio inferior entre sus dientes antes de soltarlo.

"Alguien tiene hambre". Sonríe, apretándose más contra mí, y yo gimo en respuesta.

"Siempre hay alguien con hambre", respondo suavemente, amasándole el culo.

Tararea. "Al chef no le importa", se burla.

Le sonrío. "¿El chef o la comida?"

Su respuesta es un gemido estrangulado, porque mis labios recorren su cuello y le plantan besos húmedos hasta el pecho.

"Te echo de menos", susurro, chupando un punto.

Sonrío al notar dos chupetones en el mismo sitio, que están empezando a borrarse. Me gusta que no se haya molestado en disimularlo con maquillaje. Mi parte posesiva está feliz.

"Yo también", gime ella, inclinando la cabeza hacia un lado para dejarme más espacio.

"No quiero que te vayas nunca, Luna".

Rompo el beso y digo las palabras con un deje de seriedad. Ella traga saliva sin dejar de mirarme a los ojos.

"Los últimos días han sido los mejores que he tenido en mucho tiempo. Desde que

perdí a mis padres". Reanuda acariciando mi cara en señal de consuelo.

"No quiero que se acabe. Quiero ver tu sonrisa cada vez que me hables, quiero oír tu risa cuando diga algo gracioso y quiero oír tus gemidos cuando te esté follando tontamente."

Gime, y me doy cuenta de que mi grosería la excita.

Joder. Es perfecta.

Le cojo ambas manos y la miro a los ojos, preparándome para mis siguientes palabras.

"Te quiero, Luna", admito, pero no me detengo ahí. "Muchísimo. Me encanta cómo te preocupas por mí, cómo se iluminan tus ojos cuando estoy en una habitación y lo lleno que se siente mi corazón cuando estoy cerca de ti."

Sonríe y veo que se le llenan los ojos.

"Me encanta tu sonrisa y tus ojos y este cuerpo pecaminoso tuyo del que soy esclavo".

Se ríe suavemente y yo acerco las flores entre los dos.

"Te compré estas", le digo. "Recordé que dijiste que las rosas son las únicas flores que una chica merece, así que, te traje estas".

"Gio", empieza, pero la interrumpo porque sé lo que viene.

"Antes de que digas que no tenía que hacerlo", susurro, refiriéndome a todas las veces que ha dicho eso cuando le he comprado cosas. "Que sepas que tengo que hacerlo. Voy a demostrarte mi amor cada día".

"No iba a decir eso". Se ríe entre dientes e intenta contener las lágrimas.

Me encojo de hombros. "Bueno, siempre lo haces".

"Lo digo cuando me compras regalos extravagantes. Como cuando me regalaste un bolso Hermes y un juego de joyas Van Cleef", señala.

"Mi riqueza es tuya, Luna, y te guste o no, voy a gastarla en ti a manos llenas".

No espero su respuesta para lanzarme otro beso. Me rodea el cuello con la mano y tira de mí mientras enreda su lengua con la mía. Empieza a retroceder y queda atrapada entre mi cuerpo y su escritorio.

Exactamente donde la quiero.

Estamos en su despacho, en un edificio público, pero lo único en lo que puedo pensar es en follármela hasta que sólo pueda decir mi nombre.

Su blusa de cuello bajo y su corta falda lápiz no hacen más que acelerar las cosas.

La subo a su escritorio y deja las flores olvidadas, sin darse cuenta del collar de diamantes que hay entre ellas. Lo verá más tarde, pero por ahora es mi presa.

Le doy besos húmedos en el cuello y ella responde con suaves gemidos, abrazándome con fuerza. Mi polla está a punto de estallar y me muero de ganas de penetrarla.

No creo que le parezca bien que se la follen en la mesa de su oficina en horas de trabajo.

"¿Estás de acuerdo con hacerlo aquí?" Busco su consentimiento.

"Sí, joder", responde ella, acercándose al borde.

Le quito los botones y sonrío al darme cuenta de que no lleva sujetador.

"¿Es una coincidencia que no lleves sujetador?".

Ella sonríe. "La camiseta es ajustada, así que el sujetador sólo la habría apretado más".

Le agarro el pecho derecho. "Te estás volviendo creativa con tus excusas".

"Te estás volviendo creativo con tus habilidades", se burla, pero se le cierran los ojos cuando le pellizco un pezón duro.

"¿Lo soy?" Pregunto y me la meto en la boca.

Deslizo las manos entre sus muslos mientras le subo la falda, y mi lengua lame sus pezones.

"Oh, Dios", gime, agarrándome la cabeza con fuerza y manteniéndola en su sitio.

"Creo que querías decir Gio", sonrío y aparto sus bragas inmediatamente, introduciendo tres dedos a la vez en su calentura.

"¡Gio!", exclama, echándose hacia atrás.

La agarro de la cadera, la coloco en su sitio y me sumerjo en su calor.

"Así me gusta más". Sonrío, me encanta cómo mi nombre sale de sus labios con

facilidad.

"Por favor, Gio", murmura.

"¿Qué quieres, princesa?" Pregunto, usando mi pulgar para acariciar su clítoris.

"Quiero que ..."

Enrosco mis dedos dentro de ella. "Dime, lo que sea."

Le pellizco el clítoris con fuerza y noto que se contiene.

"Quiero que me folles", jadea.

"Córrete, Luna", le ordeno, y ella obedece.

Pasa el orgasmo con las piernas temblorosas y los ojos cerrados. Su coño expulsa sus deliciosos fluidos, y yo no dejo de meterle los dedos lentamente hasta que se echa hacia atrás, lo que significa que es suficiente.

Aún no he terminado.

Me arrodillo frente a ella e inhala cuando le doy un beso en la rodilla y le doy una sucesión de besos húmedos por las piernas y la cara interna del muslo. Se estremece y me agarra la cabeza.

Mis dedos agarran la cintura de sus bragas por debajo de la falda. Se las bajo lentamente mientras le beso las piernas.

"Dios, Gio."

Con la cabeza hacia atrás, se apoya en los codos mientras observa mis movimientos con ojos entrecerrados.

Sus ojos se oscurecen aún más cuando me llevo las bragas a la nariz y las huelo ruidosamente antes de metérmelas en el bolsillo del traje.

"Dios, eso es sucio", respira.

"Un pajarito me ha dicho que te gusta lo sucio", bromeo levantándole la falda.

"El pajarito tenía razón".

Mi lengua sube por su muslo y se detiene en su coño. Le echo una última mirada antes de zambullirme en su húmedo coño. Como si no se hubiera corrido antes, su coño está húmedo de jugos frescos. Bebo sus fluidos con avidez mientras sus gemidos bajos alimentan mis movimientos con la lengua. Dos de mis dedos separan sus labios y uso la

lengua para lamerle aún más el coño.

Retiro la boca y me bajo la cremallera cuando sé que está cerca.

Ella gime en señal de protesta, pero su gemido muere en su garganta cuando introduzco mi polla en su calor.

"Dios, qué rica estás". Hago una pausa y me permito saborear la estrechez de su coño y las sacudidas que hace inconscientemente.

"Muévete, Gio. Por favor", suplica.

No quiero privarla de nuevo, así que empiezo a empujar dentro de ella, viendo cómo se le cierran los ojos.

"Mírame, princesa". Le pellizco los pezones justo antes de que lo haga.

Sus ojos caídos consiguen abrirse y permanecer fijos en mí antes de volver a cerrarse cuando echa la cabeza hacia atrás.

"Quiero que veas quién te está follando", gruño por lo bajo, agarrándola por la barbilla y llevándole la cabeza hacia delante.

"Estás tan estrecha para mí, Luna".

Le introduzco el pulgar en la boca, y ella lo rodea y chupa desesperadamente. Un día, será mi polla la que esté allí, y puedo sentir mi orgasmo a punto de golpearme con solo pensarlo.

Me hace sentir como si follara por primera vez.

"Voy a correrme, Gio. Por favor."

Se le escapa un gemido, se lleva la mano al pecho y se masajea los pechos. Observo sus movimientos mientras me relamo los labios y empujo con más fuerza dentro de ella.

"Córrete conmigo", le ordeno.

Ambos nos dejamos ir y caemos en espiral hacia el placer, coreando palabrotas y los nombres de los dos mientras nos lanza al vacío.

Mi respiración se vuelve más agitada a medida que mi semen se derrama dentro de ella. Para cuando acabemos, la estaré abrazando y ella estará jadeando.

"¿Cómo lograste superar la última vez?", pregunta al cabo de unos segundos.

"Me dijiste lo mismo la última vez". Sonrío y beso sus labios.

Se ríe entre dientes. "Bueno, porque superaste la vez anterior a esa".

Se me escapa una carcajada mientras trazo círculos en su brazo.

"¿Entonces debería acostumbrarme a que digas eso cada vez?" me burlo.

"¿Muy traviesa?", pregunta, enarcando una ceja y mirándome.

"Te quiero, Luna", repito sinceramente.

Se le ponen los ojos vidriosos. "Yo también te quiero, Gio."

Su confesión me alivia el pecho y de repente me siento más ligero.

"Mañana es cuatro de julio".

Arruga las cejas, confundida.

"Significa que es festivo".

Le doy otro beso en el cuello.

"Quiero invitarte a salir, nena, a una cita como Dios manda".

Me llevo sus dedos a los labios y le beso los nudillos.

"¿Adónde?", dice sonriendo alegremente.

Levanto una ceja. "¿Crees que voy a contestar a eso?".

Ella gime. "Sabes que no me gustan las sorpresas".

Me río entre dientes y beso sus labios. "Te gustará éste, te lo prometo. Y el de tu ramo".

Me mira con desconfianza y yo solo muevo las cejas.

"Tengo una reunión de Zoom a las tres."

Me siento mal arruinando el momento, pero es en treinta minutos.

Ella gime. "Que tengo que preparar".

"No importa, nena". Le beso la nariz y salgo de ella suavemente, viendo cómo abre la boca. "Todavía tienes que recuperarte".

Me regaña y yo me río mientras le enderezo la falda y le abrocho la camisa. Me ayuda con el cinturón y la cremallera antes de darle un último beso en la frente y darme la vuelta para marcharme.

"¿De verdad vas a ir a una reunión con mis bragas en el bolsillo?"

"Pues sí". Me acaricio el bolsillo. "Me dará algo que esperar".

Le guiño un ojo y salgo de su despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

Todo está en su lugar. Yo soy feliz, Luna es feliz. Sin embargo, por experiencia, no puedo evitar la molesta sensación de que pronto dejará de ser así.

CAPÍTULO DIECISÉIS - Luna

Juro que mi alarma podría despertar a alguien de entre los muertos. Entrecierro los ojos, molesta por la intrusión de luz, y golpeo al reloj, entonces la alarma se calla. Dormir la siesta no es sano, pero intento dormir una hora más antes de empezar el día.

Mi sueño se ve interrumpido de nuevo, pero esta vez por el fuerte sonido de mi tono de llamada. Al principio lo ignoro y me alejo de la mesilla. El tono de llamada continúa y, a continuación, se oyen fuertes pitidos que indican una serie de mensajes de texto.

¿Qué puede ser tan importante?

Me doy la vuelta y cojo el teléfono mientras de mi boca salen palabrotas. Abro el teléfono y veo que tengo llamadas perdidas de un número desconocido.

"Seis, tres, dos", recito y compruebo si tengo alguna otra llamada con la persona, pero resulta que no.

Un nuevo barrido revela que tengo mensajes del mismo número.

Un ladrillo se instala en mi pecho mientras me dispongo a comprobar los mensajes. Estaría bien recibir mensajes de números desconocidos, pero cuando la vida de Lucas está en peligro, me asusta más lo que pueda ser.

Abro el chat y veo que la persona me ha enviado textos y archivos adjuntos.

"Hola, señorita."

Por el texto, me doy cuenta inmediatamente de que es de Víctor. No me ha mandado ningún mensaje desde que le envié la información territorial, y solo una tonta le mandaría un mensaje a su acosador o, en este caso, secuestrador.

Su siguiente texto hace que me suba la bilis a la garganta.

"Tengo algunas cosas que creo que deberías ver".

El emoji del guiño junto al texto me da arcadas.

De repente me sudan los dedos y me preparo mentalmente para ver lo que me tiene preparado.

Como si me estuviera observando, llega otro mensaje.

"No te asustes, sé que has visto cosas peores".

Mis temores aumentan y mis ojos se dirigen a la ventana y recorren mi habitación para no encontrar nada raro.

Podría haber sido fácilmente un golpe de suerte.

"Cuanto antes lo abras, mejor".

Justo después de leer su último texto, hago clic en el primer archivo adjunto y el contenido tarda en cargarse, lo que no hace sino aumentar mis nervios.

Cuando se carga, no estoy preparado para la imagen que me devuelve la mirada.

"¿Qué demonios?"

Es una foto de Giovanni y mía en la gala. En la foto, posamos para los paparazzi justo antes de abandonar el evento. Su mano está en mi cadera, la mía en el pliegue de su codo. Me mira con cariño y yo sonrío. Parece que me estoy riendo de algo que ha dicho.

Después del escrutinio, recibo un mensaje.

"Ambos parecen bastante cómodos, tal vez necesiten un despertar".

Los latidos de mi corazón se aceleran cuando abro el segundo archivo, y la sangre abandona mi cara al instante.

La imagen hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Miro impotente a Lucas, atado a una silla. Está hecho papilla y sus ojos abiertos de par en par.

"¡No!" Grito y abro el siguiente archivo adjunto para ver la misma foto desde un ángulo diferente. "¡No, joder!"

Un gemido estrangulado sale de mi garganta y me agarro el pecho por el dolor físico que me produce ver a mi hermano sufriendo.

Me doy cuenta de que me ahogo, y es un duro recordatorio de lo que está en juego. Ya es hora de que corrija mis prioridades y, para ello, tengo que meterme suavemente en la boca del lobo.

***

"Estás preciosa, nena".

Los ojos entrecerrados de Giovanni recorren mi vestido rojo y brillante, deteniéndose en mis muslos para contemplarlos desde la alta abertura antes de volver a mi cara.

Sé que hago una mueca de dolor, pero intento sonreírle. Pase lo que pase, su mirada siempre me provoca una emoción que no logro identificar.

He decidido apartar los pensamientos sobre mi hermano para centrarme de verdad en esta noche y recordarme a mí misma que esta es la última noche que pasaré con él. Después de esta noche, mi misión entra en primer plano.

"Estás guapísimo", digo, examinando su traje perfectamente entallado.

"Bueno, eso significa que estoy haciendo algo bien".

Deja la puerta abierta y camina hacia mí, todavía devorándome con la mirada. Me siento culpable por el líquido que se filtra en mis bragas.

"Lo estás", le respondo.

Sus ojos recorren momentáneamente mi rostro antes de bajar la cabeza y besarme suavemente los labios. Le respondo con un gemido, pero me suelto en dos segundos.

"Jen se pasó horas en mi cara", hago un mohín.

Sonríe y me acaricia la cintura. "A Jen le pagaron quinientos dólares por pasarse horas en tu cara", me recuerda.

Jadeo con incredulidad.

"¿Quién gasta quinientos dólares en maquillaje?" Pregunto.

"¿Quieres adivinar?" Me guiña un ojo y me guía hasta el coche.

Pongo los ojos en blanco.

Nos detenemos ante la puerta trasera abierta y me giro para mirar a mi cita.

Le arrullo la cara y la forma en que se apoya en mi mano me hace tragarme la culpa.

“De verdad no te ves nada mal”

"Es un cumplido terrible a juzgar por el hecho de que llevo un traje de catorce mil dólares".

Suelta la cantidad descuidadamente como si hablara de cien dólares.

"Dios sabe lo que haces con el dinero". Suspiro, deslizándome dentro del coche, y él me sigue.

"No creo que hables de este modo si supieras el costo de tu vestido."

Le miro bruscamente. "No me digas que son miles de dólares".

El vestido, los zapatos y las joyas habían llegado a mi puerta esta mañana, así que no tengo ni idea.

Sonríe satisfecho. "Vale, no te diré que son miles de dólares".

Me río y le doy una bofetada juguetona antes de que me atraiga hacia sí y me robe un beso. Nuestras bromas continúan hasta el restaurante y, justo antes de entrar, me levanta la barbilla y me besa en los labios.

"Te quiero", susurra.

Me duele el corazón por la culpa y se me nublan los ojos por una emoción distinta de la que él cree que es. Quiero callármelo para no tener que mentirle. Sin embargo, incluso yo sé que no sería una mentira si se lo dijera, pero no en estas circunstancias. Su sonrisa sigue en su rostro y quiero que permanezca, así que fuerzo mis labios para decir las palabras que él quiere oír.

"Yo también te quiero".

****

"Es la mejor comida que he probado nunca", comento y me limpio los labios con la servilleta antes de volver a dejarla sobre mi regazo. Levanto la vista y veo a Giovanni agarrándose el pecho en un intento de fingir dolor.

"¿Qué?" Sonrío.

"Espera a probar el mío", declara con orgullo.

Parpadeo sorprendida. "¿Tú cocinas?"

Sonríe. "El mejor chef autodidacta que jamás conocerás", se regodea, con la cabeza bien alta.

"¿Cómo no lo sabía?"

Se encoge de hombros. "Nunca preguntaste. Quizá algún día demuestre mis habilidades".

Algún día. Un día que quizá nunca llegue porque, después de esta noche, me enfrento a mis responsabilidades.

Me aclaro la garganta y decido cambiar de tema.

"Siempre he querido probar el vino blanco", murmuro con sinceridad.

El camarero viene a nuestra mesa con la cuenta.

"¿Me pone el vino Rossi, por favor?". pregunta Giovanni, refiriéndose al vino blanco del menú.

"Gio, era sólo un pensamiento", empiezo.

"Sólo lo vendemos por botellas, señor", responde el camarero. Exhalo.

"Tomaremos la botella". Giovanni me dedica una sonrisa triunfante cuando el camarero se va.

"¿En serio? Según el menú, son mil dólares". exclamo.

Sonríe y me coge de la mano. "Pero dijiste que querías probarlo".

"Sí, pero..."

Me calla besándome los nudillos.

"Relájate y deja que te cuide, Luna. Porque quiero hacerlo".

Sonrío ante su sinceridad y asiento con la cabeza, luego aligero el ambiente.

"Me alivia que me trajeras a un restaurante en nuestra primera cita y no a algo demasiado extravagante".

Sonríe tímidamente.

"¿Eso significa que no debo mencionar el tour privado en helicóptero que tenemos en una hora?"

"¡Gio!" Me río. "Sabía que era demasiado simple para ser verdad".

Poco sabe él que mis palabras tienen doble sentido. Esta vida es demasiado simple para ser verdad, demasiado fácil para ser verdad. Muy pronto, todo volverá a la normalidad. Él a su mansión y yo a mi lucha por escapar de los asesinos.

CAPÍTULO DIESCISIETE - Giovanni

"Tiene un invitado, señor", dice Elvira después de que le pida que pase.

Frunzo el ceño y compruebo mentalmente mi calendario. "Mi última reunión del día terminó hace treinta minutos. No tengo ninguna otra cita".

"El invitado no tiene cita, señor", murmura.

Suspiro. "Elvira, ¿cuántas veces te he dicho que no tengo reuniones si no es con cita previa?".

Esto puede ser lo que necesito para despedirla. Debe de intuirlo porque empieza a pedir disculpas.

"Acaba de decir que querrías verle, y no necesita cita".

"¿Quién será?" murmuro, dándome golpecitos con el bolígrafo en los labios.

Nadie que yo conozca haría eso, y mis hombres siguen ocupados intentando averiguar quién está detrás de el asalto a mi almacén, así que no pueden ser ellos.

"¿Conseguiste al menos un nombre?". Le lanzo una mirada tonta.

Mira hacia abajo y sacude la cabeza.

"Hazle pasar".

Siempre me pica la curiosidad. Por lo que sé, podría ser un chivatazo de la redada o alguna información sobre la muerte de mi padre. Mantengo la mente abierta al respecto.

Un minuto después de que Elvira salga, mi puerta se abre de golpe. No levanto la vista hasta que oigo la voz.

"¡Ahí está mi hermanito!", retumba la voz, que me hace detenerme sorprendido.

Sólo hay una persona que me llamaría así, y está en la cárcel. A menos que...

Levanto la vista y veo a mi hermanastro, Rocco, mirándome con una sonrisa burlona. Tiene un aspecto distinto al que tenía cuando entró hace cuatro años. Tiene una fea herida en un lado de la cara y los labios agrietados.

"Rocco", llamo, levantándome. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Se ríe entre dientes y se acerca. "¿Así es como recibes a tu hermano? ¿Al que no has

visto en años?".

"Medio hermano", corrijo.

Se encoge de hombros. "Lo mismo."

Se acomoda en la silla frente a mi escritorio.

La ira hierve en mis venas y respiro agitadamente mientras espero a que diga algo.

"Vamos, hermano, al menos un abrazo estaría bien".

Separa las manos.

"Vete a la mierda."

La risa brota de su garganta mientras ladea el cuello y ríe durante segundos.

"Eso fue lo último que me dijiste antes de dejar que me llevaran", comenta.

"¿Dejar que te lleven? Suenas como si no fueras culpable".

"Pareces olvidar que todos somos culpables en este mundo de crímenes".

Cierro el puño y golpeo con fuerza la mesa. "No te atrevas-" digo entre dientes apretados.

Se estremece ligeramente antes de soltar otra carcajada.

"¿Te he tocado un nervio, hermano?", se burla.

"¿Qué haces aquí, Rocco?" Voy directo al grano.

Su presencia me hace hervir de rabia, y me cuesta un gran esfuerzo no abalanzarme sobre él y duplicar la cicatriz de su cara.

Se encoge de hombros. "No mucho". Saca una petaca de bolsillo y le da un trago. "Sólo estoy aquí para recuperar lo que es mío".

Esta vez, me toca reír a mí. Me mira sin comprender mientras yo me río sádicamente.

"¿Y qué es eso?"

"No te hagas el despistado, Giovanni".

"¡Es Don para ti!" Disparo, golpeando mi puño sobre la mesa de nuevo.

"Pues debería haber sido al revés", grita.

Levanto la ceja interrogante.

"Debería haber sido yo detrás de ese escritorio, yo como el CEO, y yo como el maldito Don".

"¡Pero no lo es!" Bramo. "Así que supéralo".

Se ríe maníacamente. "¿Crees que es tan fácil?"

"Dímelo tú". Me cruzo de brazos. "¿Crees que es fácil dirigir la mafia durante años y que venga un criminal a quitártelo?".

"¡Soy un hombre libre!", grita.

"¡Libre bajo palabra!" Le respondo. "Probablemente volverás allí en unos meses si no tienes cuidado".

"Todo esto es culpa tuya", dice tranquilamente, dando otro trago a su botella.

Con sólo mirarle, me doy cuenta de que está borracho, desde sus ojos enrojecidos hasta su aspecto demacrado.

"¿De verdad crees que papá querría que un borracho se quedara con esto?" Me burlo.

"¡No te atrevas a mencionar a mi padre!" Se levanta enfadado.

"¿He tocado un nervio?" Sonrío, devolviéndole sus palabras.

Me mira fijamente y sus ojos reflejan mi ira.

"¿Dónde estabas cuando murió papá?" Pregunto, observándole atentamente.

"¿Qué estás insinuando?"

"Digo que no me extrañaría", replico.

"Y tampoco me extrañaría que lo mataras para que todo esto fuera tuyo".

Ya está.

La abrumadora necesidad de ponerlo en su sitio se impone a mi necesidad de ser maduro. La rabia me desborda y sólo puedo ver el rojo mientras fulmino a Rocco con la mirada.

"¡Cabrón!" Grito, me abalanzo sobre él y le doy un puñetazo en la cara.

Me devuelve el puñetazo en la cara inmediatamente, y siento como si se me hubiera

movido la mandíbula. Me toco la cara y veo que hay sangre en ella por el corte causado por su anillo.

"Estás muerto para mí", susurro.

Le doy un fuerte puñetazo en la nariz y me deleito con el satisfactorio crujido. Se aprieta la nariz de dolor antes de dirigirme un puñetazo al estómago. Lo esquivo rápidamente, le tiro uno a la espalda y un rodillazo a su estómago.

Gime de dolor e intenta apartarme de él, pero le doy un uppercut, que él repite dándome otro puñetazo en la mandíbula.

Ouch, ese dolió.

Le agarro por el cuello y, justo cuando estoy a punto de darle otro puñetazo, la puerta de mi despacho se abre de golpe.

"¡Gio!" Luna grita, viniendo hacia mí.

Su voz me tranquiliza al instante, y, con sus manos en mi espalda, veo al cabrón marcharse.

"Por favor, cálmate", susurra, besándome la espalda y frotándome el pecho.

Me giro en sus brazos para mirarla y le acaricio ligeramente la barbilla.

Acuna mi cara al instante, enviando una dosis de calor a través de mí.

"Siento que hayas tenido que ver eso", me disculpo.

Como la adrenalina está desapareciendo, noto el dolor del corte. Coloca un pañuelo sobre la herida y la frota suavemente.

"Está bien", susurra, deteniéndose cuando hago una mueca de dolor. "A veces golpear algún cabrón nos ayuda a sentirnos mejor".

Me río por lo que ha dicho y la atraigo hacia mí, poniendo las manos en sus nalgas.

"En realidad, otra cosa me haría sentir mejor", anuncio y acerco mi cabeza a su cuello.

Tararea en respuesta e inclina el cuello para mí. Le doy besos húmedos en el cuello mientras la hago retroceder.

"Estás herido, Gio", me recuerda como si eso apagara el fuego que hay en mí.

"Lo sé". Le desato el cuello de la camisa. "Esto hace que el dolor desaparezca".

"Entonces podrías haberlo dicho antes", se burla.

"Bueno, ahora ya lo sabes".

Intento quitarle la camisa, pero su cuerpo está bastante rígido. Normalmente responde mejor.

"¿Pasa algo?" Pregunto, pasando mis manos por sus costados.

Me siento como un cabrón egoísta por querer acostarme con ella justo después de pelearme, pero la verdad es que me alegrará el día, ya que Rocco casi me lo arruina.

"Sí". Ella sonríe. "¿Por qué?"

Su sonrisa parece un poco forzada, pero no le doy mucha importancia. Me concentro en leer su lenguaje corporal.

"Estás un poco distraída", observo.

Se ríe. "Bueno, no todos los días tienes sexo en la oficina de tu jefe".

Me pateo mentalmente por preguntarle eso. Por supuesto, se siente rara conmigo follándomela al azar en mi oficina. Además, parezco un adolescente desesperado.

"Si no estás cómoda, podríamos...", empiezo a regañadientes y doy un paso atrás.

Me tira hacia atrás justo cuando me muevo y se pone de puntillas para reanudar el beso. Nuestras lenguas bailan salvajemente. Succiono su suave lengua en mi boca, intentando disfrutar el sabor a vainilla de su lengua.

Gime, me muerde ligeramente el labio inferior y me sorprende apretándose contra mi furiosa erección.

Hago una pausa. "¿Estás segura? No quiero que te sientas obligada a...".

Me hace callar poniéndome el dedo en el labio. "Sí, estoy segura. Quiero esto".

Hay algo en la forma en que lo dice que me inquieta, pero estoy demasiado caliente para analizar mis pensamientos en este momento, así que los aparto a un segundo plano.

"Lo que quieras, lo tendrás".

Se ríe. "Bonita forma de decirme que no quieres esto tampoco".

Me encojo de hombros y deslizo las manos dentro de su camisa, complacido una vez más de encontrarla sin sujetador.

"¿Supongo que la camiseta era demasiado ajustada otra vez?" Me burlo de ella tocándole los pezones. Está demasiado colocada para responderme, así que le pellizco los pezones para llamar su atención.

"¿Por qué no llevas sujetador, princesa?". gruño mientras mi otra mano pasa por debajo de su falda y sube por su muslo.

"Tenía prisa", jadea cuando mis dedos rastrean el interior de su muslo.

"¿Tienes prisa por que te folle?". Levanto una ceja.

"Prisa por venir a trabajar".

Le corto la palabra pellizcándole el coño a través de las bragas, y ella gime e inclina la cabeza hacia atrás.

"¿Te gusta?" Pregunto, frotando mis dedos en su coño mientras simultáneamente froto sus pezones.

"¿Qué?", respira.

"Te gusta que te folle, ¿verdad?" Le suspiro al oído. "Te gusta complacerme".

"Sí, me gusta", hace un mohín. "Por favor, déjame complacerte".

Estoy confuso por sus palabras y aún más sorprendido cuando se arrodilla ante mí.

"Joder, estás tan perfecta ahí abajo", susurro, metiéndole el pulgar en la boca.

"Estás tan perfecto ahí arriba", dice admirada, quitándome el cinturón y bajándome la cremallera.

"Pero te verás aún más perfecta con mi polla en tu boca".

Canturrea en señal de aprobación ante mi crudeza y me baja los calzoncillos, liberando mi polla dura como una roca.

Está tan dura que casi duele, y cuando me coge los huevos con una mano y me pasa los dedos por la polla, casi me saca de mis casillas.

"Joder, Luna", gimo. "Si sigues así, puede que me corra antes de follarte".

"No es tan mala idea".

Justo cuando estoy a punto de decirle que sí, su lengua rodea suavemente la cabeza de mi polla. Mis manos tocan su nuca y la atraigo hacia mí.

"¿Muy impaciente?" Puedo oír la sonrisa en su voz.

Su boca se abre, y toma mi polla por completo, golpeando la parte posterior de su garganta.

"Así, nena", alabo cuando empieza a mover la cabeza.

Tararea y noto mi orgasmo a la vuelta de la esquina. Me toca las pelotas con los dedos, la penetro aún más y me pasa la lengua por la punta. Sigue haciéndolo durante un rato antes de que pueda sentir cómo se me cruzan los ojos por el inminente orgasmo.

La levanto sin esfuerzo y la tiro en el sofá. Se abre de piernas y me mira fijamente mientras me pongo encima de ella.

"Gio", gime.

En un segundo, aparto sus bragas húmedas a un lado.

"Por favor, Gio", gime frustrada.

Aprovecho para meterle la polla hasta el fondo y dejarla sin aliento.

"¡Joder! Se siente bien cada maldita vez".

Sonrío y aprieto la polla intensamente contra su calor antes de retroceder y volver a penetrarla. El sofá se mueve con las sacudidas, pero eso no me impide follarla con fuerza; noto las paredes de su coño y oigo su respiración agitada.

Mira hacia un lado, pero la agarro por la barbilla y hago que me mire. Sus ojos se cierran casi al instante y le masajeo las tetas con fuerza para que me mire.

Nuestras acaloradas miradas se fijan la una en la otra, pero la suya es distante. La follo aún más fuerte para librar mi mente de los pensamientos negativos, y ella gime con fuerza. Mis embestidas animales están a punto de llevarla al límite; noto cómo sus paredes se cierran con fuerza en torno a mi polla.

"Vas a venirte conmigo", le ordeno, levantando su pierna derecha por encima de mi hombro, dándome más espacio para entrar más profundamente.

Chilla ante la nueva posición y se le ponen los ojos en blanco.

Unas cuantas embestidas más y ambos caemos al vacío, gimiendo sin poder evitarlo y abrazándonos con fuerza.

"Estuvo tan bueno", gime.

Incluso con la sonrisa de satisfacción en su cara y el deseo en sus ojos, no puedo apagar la sensación de que algo va mal. Algo que tiene que ver con lo lejos que la siento

aunque esté justo debajo de mí.

Algo que no quiero explorar porque no quiero arruinar el momento.

CAPÍTULO DIECIOCHO - Luna

Me masajeo las sienes justo cuando termino de compilar los archivos por orden alfabético. Es una tarea tediosa, y aún no he tomado mi dosis de café del día. Gio ha estado en una larga reunión desde el mediodía, así que no le he visto. Una pequeña parte de mí le echa de menos, pero la parte más sensata me asegura que es mejor así.

Quizá sea hora de que empiece a poner distancia entre nosotros, cosa que siempre resulta imposible en cuanto me mira con esos ojos inquietantes.

Desbloqueo el teléfono y voy al chat con Víctor. Las fotos de mi hermano siguen mirándome y se me llenan los ojos de lágrimas por la cantidad de dolor que hay en ellas. Estoy dolida y decepcionada por no poder salvarlo. También estoy disgustada conmigo misma, porque si Lucas hubiera estado en mi lugar, seguro que no estaría follándose a su jefe cuando debería estar salvándome a mí.

Me enjugo las lágrimas rebeldes y decido volver a llamar al cabrón después de casi veinte llamadas fallidas. Me pongo el teléfono en la oreja y espero a que descuelgue, pero no lo hace; en su lugar, salta el buzón de voz.

De ninguna manera voy a dejarle un mensaje de voz a un criminal.

Decido dejar de llamar al número desconocido y marco el número de Victor con la esperanza de que descuelgue. Sorprendentemente, contesta.

"Bueno, mira quién llamó".

Su voz engreída me da ganas de tirarme de los pelos.

Controlo mi respiración. "Victor".

Se ríe entre dientes. "Si no es la puta espía".

Oigo fuertes risas de fondo.

"No me llames así", le advierto.

"Te estás volviendo atrevida, por lo que veo", se burla. "¿O prefieres la puta de Giovanni?"

"¡No soy su puta!" Grito.

"Entonces, ¿cómo explicas las fotos?"

"Era un evento de trabajo. Ya sabes que tenía que asistir o de lo contrario descubriría mi tapadera".

"Bueno, ambos se veían demasiado acogedores para un evento de trabajo".

"¿Qué? ¿Se suponía que tenía que estar a dos metros de él?". Me burlo.

"Alguien estará a dos metros bajo tierra si no cuidas tu tono al hablarme", brama.

Me sereno al instante y me concentro en el motivo principal de mi llamada.

"¿Dónde está mi hermano?" Pregunto, intentando sonar tranquila.

"Donde tú no estás", se ríe entre dientes, seguido de otra sonora carcajada.

Quizá me estoy perdiendo el chiste.

"¿Qué quieres?" Le pregunto.

"Ya era hora de que preguntaras". Oigo encender un mechero y le oigo echar humo.

"Te he dado todo lo que me pediste". Intento mantener un tono bajo, pero es difícil con la rabia y el miedo en las venas.

"¿Sí?", pregunta.

Arrugo las cejas. "¿Qué quieres decir?"

"No te hagas la tonta, Luna. Eres más lista que eso", reprende. "La información que me diste apenas llega a los veinte mil".

Los latidos de mi corazón se detienen y el sudor rueda por mi espalda.

"¿Qué quieres decir?"

"Apenas diste información, Luna. Porque estabas demasiado ocupada siendo follada por tu enamorado famoso".

"Te di toda la información que pude encontrar sobre él", contraataco.

"¿Se han dado cuenta de que no ha negado la última parte?", pregunta, y los hombres vuelven a estallar en carcajadas.

"Puta de mierda", gime, y se me saltan las lágrimas.

"No sé de qué me hablas", niego.

"Lo que hagas con tu coño no es de mi incumbencia. Lo que sí es de mi

incumbencia, sin embargo, es que aún no has proporcionado la información que limpiaría el nombre de tu padre."

"Pero te he dado todo lo que encontré", le aseguro.

Se burla. "Apenas suficiente".

Miro hacia mi ventana y veo que me han corrido las cortinas. Es sólo cuestión de tiempo que termine su reunión y venga a buscarme.

"¿Intentas decir que la información sobre los límites del territorio no era suficiente? ¿O que el plano del almacén que tus hombres destrozaron no era suficiente? ¿Y el código que te di para la puerta y los documentos del contrato de alquiler?". pregunto. "¿No eran suficientes?

"Ni de lejos", responde con indiferencia.

"¡Dios!" Grito, agarrándome el pelo con fuerza. "¿Qué quieres exactamente, Victor?"

"Buena chica". Me encojo de asco al oír eso, pero espero su respuesta.

"Lo que quiero es simple", empieza. "Y si sigues haciendo el papel de putita obediente, será aún más sencillo".

Escucho con atención.

"Lo quiero muerto", grita.

"¿Qué?" Grito.

Un gran peso se asienta en mi pecho y, de repente, incluso respirar me resulta difícil al oír sus palabras.

"Ya me has oído".

"¿Cómo se supone que voy a hacer eso?" pregunto.

Se ríe entre dientes. "No sé, quizá cuando estés montándolo como vaquera podrías coger un cuchillo y clavárselo en el pecho. Fácil".

Se me llenan los ojos de lágrimas al imaginarlo. Yo nunca lo haría, pero no puedo evitar contemplarlo si eso salva la vida de Lucas.

"¿Y si me pillan?"

"No se preocupe por ser atrapada, señorita. Sólo haz tu parte, y yo me encargaré

del resto".

Inhalo. "Después de esto, hemos terminado, ¿verdad?"

"Ya está", responde.

"De acuerdo. No te atrevas a ponerle otro dedo encima a Lucas".

La puerta de mi despacho se abre de golpe en cuanto esas palabras salen de mi boca. Levanto la vista y veo a Giovanni en la puerta. Aparto rápidamente el teléfono y me limpio los ojos, prestándole toda mi atención.

"Hola, Gio", saludo, levantándome de mi asiento y caminando hacia él.

Frunzo el ceño cuando noto que no me devuelve la sonrisa ni camina hacia mí como de costumbre, y es entonces cuando me doy cuenta de que tiene la mandíbula crispada y los puños apretados. Señal de que está enfadado.

"¿Qué pasa?" pregunto con calma.

En mi cabeza se forman una docena de hipótesis sobre su enfado. Aun así, lo atribuyo a que su hermano podría haberle hecho otra visita.

"¿Me preguntas eso?", pregunta con calma.

Su voz es tranquila, pero puedo ver la ira arremolinándose en sus pupilas y una pizca de dolor que me debilita las rodillas.

Asiente con la cabeza. "Déjame enseñarte algo".

Mete los dedos en el bolsillo y saca su teléfono mientras el corazón casi se me sale del pecho, pero debo mantener una fachada tranquila.

"¿Cómo explicarías esto?" Me pasa el teléfono mientras está en su galería y lo miro.

"Vamos, cógelo". Me pone el teléfono en la palma de la mano.

Parpadeo y abro la galería para ver la primera foto. Mis ojos se abren de par en par cuando veo el plano del almacén. Lo habría descartado fácilmente como una coincidencia, pero puedo ver mi uña asomando desde que la sujeté para tomarla.

Me quedo con la boca abierta y siento como si el mundo entero se derrumbara sobre mis hombros.

"Sigue desplazándote", me dice, pero puedo oír el dolor en su voz.

No soporto mirarlo, así que sigo desplazándome. Es casi como si me desplazara por

mi teléfono. Todas las fotos que le envié a Victor están ahí, mirándome burlonamente, incluido el código que saqué de una nota adhesiva de su cajón.

"¿Cómo...?"

Se burla. "Por supuesto, eso es lo que te preocupa".

Doy marcha atrás. "No, yo-"

"¡Cállate, Luna!", brama, y yo le miro.

Nunca le había visto tan enfadado, así que se me saltan las lágrimas. Le tiembla la mandíbula, tiene los ojos enrojecidos; una vena le recorre la cara.

"Sabes, empecé a tener mis sospechas", empieza. "O más bien las tuvo Iván. Después de interrogar a mis hombres para encontrar al topo y no encontrar nada, Iván me sugirió que clonara los teléfonos de todos mis trabajadores para buscar cualquier cosa que pudiéramos encontrar porque estábamos convencidos de que era un trabajo desde dentro. Así que le dejé".

Aprieto los labios y reprimo un sollozo.

Me mira. "¿Sabes que no quería clonar el tuyo? Le ordené a Iván que no lo hiciera porque confiaba en ti, pero lo hizo de todos modos, y mira lo que me ha traído esta mañana".

Resoplo. "Puedo explicarlo, por favor".

Sonríe. "Sabía que dirías eso".

Mete los dedos en el bolsillo y saca otro aparato que parece una grabadora. "¿Pero también puedes explicar esto?"

Pulsa un botón y empieza a sonar mi voz de la llamada que hice a Víctor hace unos minutos.

Estoy congelada en mi sitio. Demasiado sorprendida para hablar o moverme.

Me levanta la barbilla y me la agarra con dureza.

"Confié en ti, Luna". Su susurro roto me atraviesa el corazón. "Confié en ti más que en mí mismo. Me abrí a ti como no lo había hecho con nadie en el mundo. Te amaba, Luna".

Me estremezco ante su uso del tiempo pasado.

"Te quiero, Gio", grazné.

Sus ojos se oscurecen por la ira; echo de menos la luz que hay en ellos cuando están sobre mí.

"Tu definición de amor es perturbadora".

Aprieto los ojos y contengo los sollozos.

"¿Sabes lo que se siente oír que estabas dispuesta a acabar con mi vida? Que no eres quien yo creía que eras".

"Por favor".

No sé lo que estoy suplicando. Puede que sea para que me escuche o para que el suelo se abra y me trague; sea como sea, no puedo con su ira.

"Puedo tolerar cualquier cosa, Luna. Pero no la traición".

Sacudo la cabeza cuando sus dedos se separan de mi barbilla. Me quita el teléfono.

"Volveré en tres horas. Para cuando vuelva, no quiero verte ni a ti ni a tu propiedad por ningún lado".

La firmeza de su tono me hace dar un grito ahogado y casi caigo de rodillas.

"Gio, puedo explicarlo."

"Deberías tener suerte de que te deje salir con vida". Se aparta de mí. "Será mejor que lo hagas antes de que cambie de opinión".

Abre la puerta y sale, cerrándola de un portazo.

"¡Joder!" Grito en agonía.

Nada me preparó para el dolor y el vacío en mi pecho. Nada me preparó también para darme cuenta de que lo había perdido todo.

CAPÍTULO DIECINUEVE - Giovanni

Descuelgo la llamada de Iván y la pongo en el altavoz mientras conduzco muy por encima del límite de velocidad en un intento de despejarme. Desde que descubrí que Luna era una espía, he pasado la mayor parte de mis días montado en la adrenalina de las carreras. Ha pasado un mes, pero el dolor aún está fresco en mi memoria.

Cenar con ella y estar en el helicóptero con Luna parece un recuerdo lejano. A veces, parece como si nunca hubiera sucedido. Después de una semana de ignorar sus llamadas y mensajes, dejó de ponerse en contacto, y tal vez sea lo mejor.

"Iván", respondo.

"Los tenemos, Jefe."

Sus palabras hacen que mi coche derrape hasta detenerse, haciéndome acreedor a fuertes bocinazos de otros conductores.

"¿Tienes a quién?" Pregunto para confirmar.

"Pude seguir a los hombres de Victor Kincaid hasta su escondite, y ahora, lo tenemos".

Lentamente, una sonrisa de satisfacción cubre mis labios.

"Estaré allí en diez."

Dejo la llamada, doy media vuelta y giro en dirección al almacén. Siento que las venas me laten con impaciencia.

Mi velocidad acorta un trayecto de diez minutos a cinco y, antes de darme cuenta, estoy llegando al almacén.

Ha sido reformado desde la redada, y ni siquiera parece que hubiera habido una redada en primer lugar. Salgo del coche y me dirijo al interior de las puertas, cerrando los puños con fuerza. Espero refrenar mi ira porque, con lo alta que está, le meteré una bala en el cráneo a Víctor antes de sacarle información.

Doy los pasos de dos en dos e introduzco el nuevo código en el sótano. Cada vez que vengo aquí, me acuerdo de lo fácil que Luna pudo encontrar y dar el código a alguien más.

Una vez que entro en el sótano, me recibe el sonido de los lamentos y el penetrante olor a sangre y carne quemada. Mis hombres han estado ocupados con Victor, pero ya es hora de que intervenga.

Abro la miserable puerta de la habitación y casi sonrío ante la visión. Víctor está bien atado a una silla eléctrica; tiene las piernas y las manos atadas. No está ensangrentado, pero por el sudor que cubre su cuerpo, me doy cuenta de que ha sufrido tanto que desearía haber sido golpeado.

Hay otra persona a su lado. No está en una silla eléctrica, y no me sorprendo cuando veo quien es.

"Si no es el hijo perfecto", Rocco gruñe y escupe.

Me limito a reírme mientras avanzo a grandes zancadas hacia él.

"Si es el hermano traidor". Sonrío al verlo, la sorpresa delinea sus rasgos.

"No sé lo que has oído, Giovanni, pero que sepas que no es verdad".

"Entonces, ¿qué hay de cierto?" Jugueteo con la navaja en mi bolsillo. "Y por última vez, ¡es Don para ti!"

Antes de que pueda reaccionar, le clavo la punta del cuchillo en el muslo, disfrutando de cómo escapan de sus labios gemidos de dolor.

"Joder, ¿quieres matarme?", respira cuando saco el cuchillo.

"No hasta que haya conseguido lo que quiero". Me encojo de hombros, mirándole.

"¿Que es?", pregunta.

"No mucho. Sólo quiero saber tu parte en todo esto".

"Si crees que maté a papá, estás equivocado".

Lo rodeo como si fuera mi presa.

"No creo que mataras a papá. Sé que te estabas pudriendo en la cárcel cuando murió".

Parece suspirar aliviado ante mis palabras, pero le corto en seco colocando la palma de la mano en su hombro desde detrás de él.

Una postura intimidatoria que le dice que podría estar muerto en cualquier momento.

"Sólo sé que hay más", le informo y me enderezo.

"¿Más qué?"

"Fingir inocencia no te va a ayudar mucho, Rocco".

"No lo hago."

"Tampoco lo hará mentir", agrego.

"¡Dios, jódete!"

Me encojo de hombros y me pongo delante de él. "He oído eso muchas veces".

"¿Qué quieres saber, maníaco?"

"Mis hombres han estado sobre tu trasero desde tu última visita. Según las últimas investigaciones, se te ha visto a menudo en casa de Victor Kincaid. ¿Te importaría explicar por qué?"

"No sé..."

"Es una pregunta simple, Rocco."

"Joder, solo fue una visita".

Le doy un puñetazo en la cara.

"Inténtalo de nuevo."

"¡Vale, bien! Psicópata". Sólo sonrío ante su insulto, disfrutando de su dolor. "No iba sólo de visita, nos hicimos íntimos".

"¿Por qué esa repentina cercanía? Ni siquiera le conocías antes de ir a la cárcel".

Resopla. "Se puso en contacto conmigo cuando volví. Incluso antes de que fuera a verte".

"Interesante". Tarareo. "¿Para qué te contactó exactamente?"

Escupe. "Juré silencio, tío. No puedo decir eso así como así".

Me río entre dientes. "La última vez que lo comprobé, Omerta implica que si rompes el silencio, mueres. Morirás de cualquier forma, así que es mejor que lo cuentes".

Me mira con incredulidad. "¿Vas a matarme?"

"Ese ha sido el plan desde que entraste en mi radar".

"Dios", gime de dolor.

"El día que viniste a mi despacho, ¿cuál era el plan?". pregunto con complicidad.

"Me pidió que pusiera... cámaras en tu oficina para rastrearte".

"Eso no salió tan bien, ¿verdad?". Señalo con la cabeza su nariz torcida.

"¡Hijo de puta!"

"¿Para qué te buscó?"

"No puedo".

"Te olvidas de que la persona que se supone que debe matarte está ahora a mi merced. Parece que se te da bien cambiar de equipo, así que esto no debería ser un problema para ti".

Se vuelve hacia Víctor y lo ve inconsciente en su silla.

"No quiero volver a pedírtelo, Rocco", advierto, jugueteando con el aparato.

"¡Bien!", grita. "Me pagó para matarte. Igual que mató a nuestro padre".

Me quedo atónito en silencio mientras miro fijamente a Rocco. Tras meses buscando al asesino, mi hermano sabía quién era y, por extensión, Luna. Sé que Víctor debió de presumir de sus conquistas ante ella.

Debe verme cerrar los puños porque empieza a gritar.

"No sabía que lo había hecho. Era un hombre desesperado. Acababa de salir de la cárcel para enterarme de que me habían echado de la mafia. Necesitaba el dinero que me prometió".

"¿Qué más sabes?" pregunto con calma.

Mi calma parece asustarle aún más.

"Eso es todo lo que sé. Por favor, tío", jadea. "Podemos... Podemos empezar de nuevo y dejar esto atrás".

Me río a carcajadas ante la imposibilidad. Es lo mismo que quería Luna. ¿Cómo es que la gente que te traiciona siempre es la primera en pedir que se repita?

Extiendo la mano e Iván deja caer una pistola en ella.

Los ojos de Rocco se abren de par en par cuando me inclino a su altura.

"Eso es. Mantén los ojos abiertos", le digo. "Quiero que me mires mientras te llevo al infierno, donde perteneces".

"Por favor, por favor, no puedes hacer esto".

Sonrío. "Oh. Puedo, y lo haré".

"Pero te dije todo lo que sé".

"Por eso ya no me sirves".

Le apunto a la cabeza y le disparo entre los ojos, y muere al instante. Sus ojos siguen abiertos de horror y su boca se cierra.

"Despierta a este cabrón", ordeno, dándole la pistola a Iván mientras me limpio las manos y la cara.

Iván pulsa un botón de la silla y despierta a Víctor de una sacudida. Se despierta gimiendo y chisporroteando mientras mira a su alrededor.

Me vuelvo hacia él y sus ojos se abren de par en par antes de enmascararlo con una mueca de dolor.

"Dime lo que necesito saber, Víctor", exijo, caminando hacia él.

"Te lo he contado todo", respira Víctor.

¿Qué le pasa a la gente con las respuestas erróneas?

Le pego un golpe en la barbilla, grita de dolor y cierra los ojos.

"¿Qué tal si me cuentas tu versión?". Pregunto, poniéndome frente a él.

"¿Qué quieres saber?"

"No me respondas con otra pregunta".

Le golpeé en la sien con la culata de mi pistola.

"¡Joder!"

"Ahora responde a mi pregunta".

"¿Esto es por Luna?"

"¡Joder, lo siento!", grita cuando se da cuenta de que ha hecho una pregunta.

"Es una buena pregunta, así que te la permito". Saco un paquete de cigarrillos del bolsillo y se lo tiendo a Iván para que lo encienda. Él lo hace, me lo pongo entre los

labios y le doy una calada satisfactoria.

"Es una larga historia, tío."

"Corta el rollo, Victor." Le echo humo en la cara. "Tan corto como tu vida."

Su expresión asustada me hace reír maníacamente, e Iván se une a mí.

"Le presté dinero a su padre cuando estaba vivo". Tarareo. "No pudo devolverlo antes de morir. Así que decidí que su hijo iba a tener que pagar el dinero".

Hace una pausa y resopla.

"Ella tampoco podía pagar así que... llegué a un acuerdo con ella".

"No me hagas preguntar cuál era el trato".

Le doy otra calada y se la echo en la cara, y el cabrón tiene el valor de toser.

"El trato era que ella obtendría información de ti que... me ayudaría a atraparte".

"¿Eso es todo?"

"Sí..."

Le coloco la colilla del cigarrillo en la muñeca y grita mientras las cenizas le atraviesan el cuerpo y le queman la piel.

"No me van bien las mentiras, Víctor. Puedes preguntarle a Rocco cuando lo conozcas".

"Bien, eso no es todo". Asiento con la cabeza. "Al principio no quería hacerlo, pero cuando la amenacé con que iba a matar a su hermano... no le quedó más remedio".

Una pequeña parte de mi corazón se ablanda un poco por Luna, por supuesto.

"Ella se vio obligada a traer la información para mí porque yo lo mantenía como rehén ..."

"¿Dónde está?" Pregunto.

No lo duda. "En mi sótano".

Lanzo una mirada a Iván, que asiente con la cabeza y envía a algunos hombres para que vayan directamente allí.

Me digo a mí mismo que no lo hago por Luna, sino por el inocente niño atrapado en el lío de su padre. Aunque una parte de mí siente por lo que ha tenido que pasar.

"Basta de Luna", decido. "Hablemos de Aldo Matthieson".

Levanto una ceja cuando hace una mueca de dolor. "¿Te suena?"

Se queja. "Lo siento, tío. Matar a tu padre no estaba en las cartas".

"¿Pero matarme sí?"

"Estábamos desesperados por recuperar nuestro territorio, y nuestros padres tuvieron años de enemistad que acabaron cuando murió mi padre, así que tenía que vengarme".

"Tu padre murió de cáncer, Víctor". Decido tocar un nervio. "Un hombre débil, si me preguntas."

No reacciona, pero sé que está hirviendo por dentro.

"Bueno, al menos no fue asesinado."

Mi pistola le golpea el costado de la cabeza en un instante porque lo vi venir.

"¿No es una pena que también lo seas?" pregunto.

"Mis hombres irán a por ti y a por esa zorra tuya".

Levanto la pierna y le doy una patada en los huevos. Sus ojos se abren de par en par y grita.

"Se llama Luna, y a menos que sus hombres puedan operar cuando están muertos, creo que estás equivocado".

Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta.

"Eres el único de la mafia americana vivo". Puedo ver sus ojos vidriosos. "Así que, a menos que tengas un hijo ilegítimo en alguna parte, serás borrado para siempre."

"Por favor". Tiene la voz quebrada.

Me río de sus súplicas.

"Eso no hará nada por ti".

Sujeto el cuchillo con firmeza e inclino su barbilla hacia arriba. Una lágrima cae de sus ojos justo cuando le corto el cuello.

"Limpia este desastre", ordeno y me voy.

Siempre he imaginado cómo sería este día. El día en que atrapara al asesino de mi

padre y le hiciera justicia. Imaginaba que estaría en la luna y extasiado, y que incluso iría a tomar algo para celebrarlo. Nunca imaginé que me sentiría tan vacío incluso después de haber cumplido mi misión.

Entonces me doy cuenta de que no es mi venganza lo que me hace sentir vacío, sino Luna. Así es exactamente como era mi vida antes de que ella entrara con sus rayos de sol y le diera color.

Mi cuerpo y mi alma la anhelan más de lo que me gustaría admitir. Después de escuchar la versión de Victor, me siento mal por haberla alejado, pero una parte de mí desearía que me lo hubiera contado. Habría hecho todo lo posible para protegerla de ellos.

Sin embargo, no puedo volver atrás las manecillas del tiempo, así que tengo que vivir con ello.

CAPÍTULO VEINTE - Luna

Entrecierro los ojos y hago fuerza para abrirlos cuando siento que la luz se cuela por las persianas que Ashley está abriendo agresivamente.

"Para", gimo, apartándome de la luz.

"¡Son las once de la mañana, chica, despierta!" Ashley dice y se sienta en la cama.

"Todavía tengo sueño", miento.

Tararea. "Ambos sabemos que has estado despierta desde que lloraste".

Pongo los ojos en blanco y ella me hace un mohín.

"¿Cuánto tiempo vas a seguir así?" Ashley pregunta. "Todo lo que haces es deprimirte y llorar y meterte poca comida en la boca".

"Bueno, ¿qué otra cosa se puede hacer?" pregunto.

Llevo una semana en su casa. Aún no le he contado lo de la mafia, pero sí que Giovanni y yo nos separamos y que secuestraron a mi hermano, ya que ella quería saberlo todo. No se entrometió y se ha quedado conmigo en mi apartamento desde entonces.

"¿En serio estás haciendo esa pregunta en Nueva York?", exclama.

"Sígueme la corriente".

"Un nuevo club acaba de abrir en el centro, y he oído que su arcade es genial. ¿Qué tal si vamos a verlo?"

"No me apetece mucho", digo.

"Sabes que lamentarte no lo traerá de vuelta, ¿verdad?", dice.

"Nunca he dicho que quisiera que volviera. Sólo echo de menos a mi hermano".

"Y Giovanni", añade.

"Yo no he dicho eso", murmuro.

"Sí, como quieras. Pero no puedes quedarte aquí cuando hay tanto que hacer".

Me salva el timbre cuando estoy a punto de responder. Me lanza una mirada llena

de dagas y sale de mi habitación.

El dolor de mi pecho se calma. Duele aún más porque me duele por dos razones distintas. Sigo sin tener noticias de Víctor, lo que significa que no sé nada de mi hermano, y desde que Giovanni empezó a ignorarme, le he dado un respiro. Nunca me he sentido más sola que ahora, por eso necesito a mi mejor amiga a mi lado.

Oigo la voz fuerte de Ashley, pero ¿cuándo no es fuerte? Grito contra la almohada cuando mis emociones se desbordan. Ojalá pudiera volver a empezar de cero.

Mi puerta se abre bruscamente y me quedo helada al oír la voz.

La voz que ha perseguido mis sueños y me ha traído una mezcla de felicidad y agonía.

"Quiero verla".

"¡Bueno, ella no quiere verte, así que por favor vete!"

Levanto la vista de la almohada y veo a Giovanni. Está apoyado en el umbral de la puerta, y ver cómo la pequeña Ashley intenta apartarlo es un espectáculo risible.

Levanta la vista cuando lo hago y una pequeña parte de mí se cura en cuanto hacemos contacto visual. Dios, le he echado de menos. Incluso con ropa informal y barba incipiente, tiene tan buen aspecto.

"Gio", susurro más para mí.

Todavía tengo la sensación de estar soñando como los primeros días.

"Nena", llama, pero Ashley le bloquea el paso.

"Sí, claro." Se burla.

Me agarro la cabeza. "Ashley, por favor."

"Sabía que dirías esto". Ella se aleja. "Lo que sea, estaré justo en tu puerta."

Cierra la puerta y nos deja solos en la habitación.

La tensión es asfixiante y quiero cortarla. Ninguno de los dos habla porque estamos esperando a que el otro hable.

"Gio..."

"Yo-"

Hacemos una pausa para que el otro hable. Suelto una ligera risita porque hemos

decidido hablar al mismo tiempo.

"Tú primero", digo.

"No, tú primero", replica, caminando hacia mí.

Hago una mueca de dolor porque ahora que tengo la palabra, me doy cuenta de que no sé qué decir.

"Siento cómo acabaron las cosas", empiezo después de respirar hondo. "Siento haberte mentido y utilizado, pero quiero que sepas que nunca fue mi intención. Sólo era una persona desesperada que quería vivir una vida normal y salvar la vida de su hermano. Siento que mis acciones te pusieran en peligro. Si pudiera volver atrás las manecillas del reloj, juro que no lo haría".

Durante mi pequeño discurso, se había movido de la puerta y ahora está sentado a mi lado en la cama.

Su silencio me pone más nerviosa. Me doy palmaditas en las manos para matar los nervios. Me desenreda los dedos y me coge las manos.

"Entiendo por qué hiciste lo que hiciste, Luna".

"¿En serio?"

El shock tiñe mi tono. Hace apenas un mes no quería verme, y su comprensión parece demasiado fácil para ser verdad.

"Sí", me asegura, acariciándome los dedos. "Hablé con el cabrón, y me siento como un monstruo por alejarte cuando más me necesitabas. Sólo actué por impulso, y no debí dejarte marchar".

Sacudo la cabeza. "No fue culpa tuya".

"No lo era, pero debería haber actuado de otra manera. Has sido una fuente de luz en mi vida incluso antes de saber tu nombre. Debería haber sabido que alejarte sólo empaparía mi mundo de oscuridad". Sonríe. "Te echo de menos, Luna".

Resoplo mientras se acerca.

"Lo siento. Estaba haciendo todo eso por mi hermano y sin embargo fue en vano".

"Tu hermano está a salvo".

Parpadeo. "¿Qué?"

Me acuna la cara entre las manos y me mira fijamente a los ojos.

"Lucas, tu hermano. Mis hombres pudieron salvarlo de la mafia. Está a salvo, cariño".

Se me llenan los ojos de lágrimas. "Dios mío".

Sin pensarlo, le estrecho en un fuerte abrazo y mis malditas hormonas empiezan a hacer de las suyas.

De repente siento que la bilis me sube a la garganta, me alejo de él de un tirón y corro al baño, dejándole confuso.

Me inclino sobre el inodoro y vacío el contenido de mi estómago hasta que me quedo vacía y me duele la garganta. Me enjuago la boca y vuelvo a la habitación para encontrarme a Giovanni mirando un kit de prueba de embarazo.

Me quedo inmóvil en la puerta y veo cómo levanta la cabeza y sus ojos vidriosos se clavan en los míos.

"Estás..."

Asiento con la cabeza a su pregunta no formulada, y él suspira.

"¿Es mío?", pregunta, y detecto una pizca de miedo en su tono.

No he estado con ninguna otra persona desde que terminamos.

"Sí, tres semanas", respondo.

"¿Cuándo ibas a decírmelo?"

"Me enteré anoche", respondo y camino hacia él. "Por eso seguía en mi mesilla de noche".

"Dios", susurra y me acerca más a él.

Su barbilla se apoya en mi pecho mientras me mira.

"Lo siento mucho, Luna."

"No fue culpa tuya".

Le paso las manos por el pelo y suspiro satisfecha.

"No debería haberte ignorado durante tanto tiempo".

"Sí, fue bastante duro", admito.

"Para ti y el bebé".

Sus manos serpentean alrededor de mi cintura, y dos de sus pulgares se deslizan por dentro de mi holgada camisa y me acarician la barriga.

"Para mí y nuestro bebé", le digo.

"Dios, qué bien sienta oír eso".

"¿Sí?" pregunto retóricamente, a horcajadas sobre él, sin importarme el hecho de que sólo llevo bragas debajo de mi camisa holgada.

Tararea. "¿Sabes qué más sienta bien escuchar?"

Inconscientemente, aprieto su polla, que se cuela a través de sus vaqueros.

"Oírte gritar mi nombre cuando te vienes".

El corazón me da un vuelco al oír sus palabras, y al instante noto cómo el calor recorre mis bragas y las cubre de líquido.

"Entonces, ¿a qué estamos esperando?" pregunto.

Sus ojos se oscurecen ante mi pregunta, y sólo tarda un segundo en quitarme la camisa y apretar sus labios contra los míos. Espero que el beso sea ferviente y desesperado como todos los demás, pero este es tranquilo y lento. Como si estuviera saboreando el sabor de mis labios después de tanto tiempo. Nuestras lenguas se entienden para no dominarse y nos chupamos los labios.

"No sabes cuánto te he echado de menos", jadea, besándome el cuello y el pecho desnudo.

"Yo también".

Se me escapa un gemido cuando me toca una teta y se lleva un pezón a la boca.

He echado de menos esto, el calor de su lengua y su tacto. Incluso mi cuerpo lo ha echado de menos.

Mis manos recorren su pecho, le desabrocho el cinturón y le bajo la cremallera. Me levanta brevemente y se baja los vaqueros y los calzoncillos. Me guía suavemente por su gruesa polla sin dejar de chuparme los pezones.

"Gio", gimo.

La adictiva mezcla de dolor y placer me ciega porque hace tiempo que no tengo

nada de él. Cuando está completamente dentro de mí, me acomodo y me tomo unos segundos para serenarme.

"¿Estás bien?" Me besa suavemente el cuello.

Le respondo levantándome antes de volver a golpear su polla hasta la empuñadura.

"Dios, estás tan apretada", gime, con los ojos cerrados, y empieza a empujar dentro de mí.

Nuestras manos recorren el cuerpo del otro desesperadamente mientras él me complace con su lengua, sus dedos y su polla.

En un tiempo récord, me estoy sobre el borde, coreando su nombre en voz alta, sin importarme que Ashley había dicho que esperaría junto a la puerta.

Nada importa ahora excepto la sensación familiar de su lefa dentro de mí.

****

"Echaba de menos esto", tarareo, pasándole las manos por el pelo que descansa sobre mi pecho.

"¿Estar recién follada?", bromea.

Me río ligeramente y le doy una palmada en la espalda.

"Cerca, pero no sólo eso".

Levanta la cabeza y me besa la mandíbula. "Dime lo que echabas de menos, cariño".

"Todo", confieso. "Echaba de menos tu olor, tus ojos, tu sonrisa, tu tacto, tu risa, tu...".

Me interrumpe apoderándose de mis labios en un apasionado beso.

"Podemos recuperarlo todo, nena", susurra, soltando mis labios.

Mis entrañas zumban de satisfacción mientras contemplo el motivo de esa satisfacción.

"Me gustaría".

"Empecemos de nuevo, nena. Hagamos esto real y pasemos al siguiente nivel".

"Cariño", susurro.

"Considera esto mi forma no oficial de pedirte que seas mi novia", declara.

Arrugo la nariz. "Creía que eso era para adolescentes".

"Entonces, ¿qué prefieres?" Menea las cejas. "¿Mi mujer?"

Me río entre dientes. "Mucho mejor".

"Vale, una forma no oficial de pedirte que seas mi mujer para siempre".

Sonrío y le masajeo el cuero cabelludo. "¿Y cómo sería la vía oficial?".

Sonríe. "Prefiero que esperes y lo averigües".

"¿Tal vez un viaje al espacio?" Me burlo de él, pero me echo atrás cuando me mira fijamente.

"¿Querrías eso?"

"Cristo, estoy bromeando."

"Sabes que haría cualquier cosa por ti".

Asiento con la cabeza. "Lo has demostrado un par de veces".

Nuestros labios se encuentran a medio camino y compartimos un sensual beso que sella nuestras promesas y esperanzas de seguir adelante.

Sienta bien no contenerse. Se siente bien no sentirse culpable después de decirle cosas bonitas y no hacer la cuenta atrás para cuando todo termine.

Esto no parece que vaya a terminar. Por primera vez, no siento un persistente sentimiento de culpa o miedo; todo lo que siento es satisfacción. Mi hermano está a salvo y Giovanni ha vuelto. Todo parece encajar en su sitio y mi mundo se siente completo.

Giovanni me frota suavemente la barriga. Nuestro mundo estará aún más completo cuando demos la bienvenida a nuestro bebé.

EPÍLOGO

Seis meses después.

Empieza a sonar la conmovedora melodía del piano y sé que es mi señal. Agarro el ramo con más fuerza e inhalo cuando se abren las altas puertas de la iglesia. Mis entrañas cantan de emoción mientras doy el primer paso.

Los bancos están llenos y la iglesia se levanta a mi paso.

Este es el día que he estado esperando, el día en que por fin podré decir "sí, quiero" al amor de mi vida y pasar para siempre con él. Coloco una palma protectora sobre mi estómago, agradecida de que mis hormonas hayan decidido calmarse el día de hoy.

Los ventanales de la iglesia están bien decorados y hay pétalos de rosa esparcidos por el pasillo. Miro a mi derecha y veo a Lucas lanzándome una amplia sonrisa y a Ashley enviándome un pulgar hacia arriba con los ojos llorosos.

Mi sonrisa se ensancha cuando miro hacia el frente de la iglesia y veo a mi novio esperándome en toda su gloria.

Lleva un traje negro con una corbata roja a juego con mi ramo, y tiene una amplia sonrisa en la cara. Sus ojos se quedan pegados a los míos mientras camino hacia el altar.

La lenta canción termina justo cuando llego a él. Alarga la mano y me atrae hacia sí.

"Estás preciosa, nena", susurra.

"Estás muy guapo, marido", le digo, y me besa ligeramente.

El sacerdote se aclara la garganta y se endereza, ganándose las risitas suaves de la multitud.

Empieza la presentación habitual, pero estoy demasiado perdida, mirando al hombre perfecto que tengo delante. El hombre que me ha dado más alegría y felicidad que nunca. El hombre que será el padre perfecto para nuestro hijo.

"¿Tienes votos escritos?", pregunta el sacerdote.

"No", responde Gio. "Pero tengo algo que decir desde mi corazón".

El corazón me da un vuelco y levanto la mano para atrapar una lágrima perdida.

Ilusa por pensar que las hormonas me perdonarían hoy.

"Luna", empieza. "Has sido más un ángel en mi vida que un humano. El último año que he pasado contigo ha sido el mejor. Hemos tenido nuestros altibajos como cualquier pareja normal. Pero esos meses me han enseñado a quererte más y a apreciarte aún más porque me han enseñado lo corta que es la vida. Mientras emprendemos este viaje eterno, quiero que sepas que pienso quererte y protegerte hasta que muramos".

La iglesia le aplaude, y las mariposas vuelan en mi estómago. Mi corazón salta de alegría y cada grieta en mí se llena de amor.

"¿La novia?" El cura se vuelve hacia mí.

Resoplo y agarro mi ramo con más fuerza.

"Mi salvador", empiezo. "Eso fue lo primero que fuiste para mí cuando te vi por primera vez. Sin siquiera conocerme, me protegiste. Me has enseñado el amor y me has demostrado que merece la pena luchar por él. Gracias por no renunciar a nosotros, ni a nuestro amor. Te amaré todos los días de mi vida, porque tú lo haces fácil".

Estalla un aplauso más fuerte y veo que a Gio se le ponen los ojos vidriosos.

"Te quiero", me arrullo.

"Te quiero mucho más", responde.

Él desliza el anillo de diamantes más hermoso en mi dedo, y yo deslizo un anillo en el suyo.

"Por el poder que me ha sido conferido por el Altísimo, os declaro marido y mujer. Sr. y Sra. Giovanni Matthieson. Pueden compartir un beso."

Giovanni da un paso adelante sin dejar de mirarme a los ojos. Me acuna suavemente la cara e inclina la cabeza hacia abajo. Sus labios rozan ligeramente los míos antes de llevarse el labio inferior a la boca para darme un suave beso.

Este beso es como una promesa, una promesa para siempre. Mi corazón está tan lleno porque por fin todo ha encajado. Mi hermano está a salvo, estoy casada con el hombre de mis sueños y tengo una niña en camino.

Por primera vez en mi vida, no tengo miedo del futuro. Quiero ver la alegría que me traerá.

Acerca de Sarah Sterling

Hola, compañeros de aventura.

Soy tu intrépido capitán del romance y la fantasía, que navega por los mares de la narración con estilo. Imagíname como tu fiel guía a través de mundos donde el amor reina supremo y la risa es la salsa secreta de la vida. Tanto si se trata de crear romances de infarto como de hilar historias que le hagan cosquillas en el hueso de la risa, estoy aquí para llevarle en un viaje de puro deleite literario. Así que abróchense los cinturones y prepárense para un viaje en montaña rusa por los reinos de la pasión y la hilaridad. Juntos exploraremos territorios inexplorados del corazón y nos embarcaremos en escapadas que te dejarán con ganas de más. Bienvenidos a bordo, amigos míos, ¡naveguemos hacia el ocaso de la imaginación!

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a anticiparte a los próximos lanzamientos de la serie 'Ruthless Mafia Kings'.

Su opinión sincera es muy valiosa para mí. Haga clic AQUÍ para compartir su opinión.

Gracias.